



Universidad de Chile
Facultad de Ciencias Sociales
Departamento de Sociología

**Subjetividad política de jóvenes en el Chile que dejó la
transición.**

**Sentidos presentes en la conversación de las y los
estudiantes de Enseñanza Media en Melipilla el año 2016.**

Memoria para optar al título de sociólogo.

Raimundo Echeverría Lara

Profesor guía: Claudio Duarte Quapper

13 de Junio del 2019.

Índice

Resumen	4
Introducción	5
Capítulo I: Introducción al problema de investigación	8
1.1 Algunos apuntes sobre el auge y declive de la política de la transición.....	9
1.2 Pregunta de investigación.....	17
Objetivo general y objetivos específicos.....	17
Capítulo II: ¿De qué hablo cuando escribo subjetividad política?	24
2.1 La conflictiva y nunca acabada producción social de subjetividades.....	24
Individuos, Sujetos y Subjetividad.....	24
Subjetividad política: una subjetividad de lo político.....	27
Subjetividad política y representaciones sociales.....	29
2.2. Consideraciones teóricas para el estudio de juventudes en Chile: opción por una epistemología de lo juvenil.....	30
Sobre la matriz adultocéntrica.....	31
Enfoques teóricos sobre mundos juveniles: preferencia por el enfoque generacional.....	32
Enfoque generacional desde lo juvenil.....	33
2.3 Las subjetividades políticas se articulan generacional y territorialmente...34	
Sobre la generación de prácticas articuladoras estructuradas generacionalmente.....	34
Sobre la generación de prácticas articuladoras estructuradas generacional y territorialmente.....	36
Capítulo III. Análisis: Sentidos presentes en la conversación las y los jóvenes que cursaban la Enseñanza Media en los colegios de la comuna de Melipilla el año 2016	39
3.1 Sentidos presentes en la conversación sobre la política institucional.....	39
3.2 Sentidos presentes en la conversación sobre la participación política y social.....	59
3.3 Apuntes sobre la conversación que me ayudó a descubrir el discurso autoritario-castigador.....	81
Conclusión: ¿Cuáles son los sentidos que estructuran la subjetividad política de la/os jóvenes que cursaron la Enseñanza Media el año 2016?	88

Bibliografía	96
Anexo I: Duración de grupos de discusión y cantidad de palabras habladas, por colegio.....	100
Anexo II: Fotografías de marchas y conversatorios tomadas entre los años 2014 y 2015.....	101

Resumen

La investigación tiene como objetivo central comprender los sentidos que articulan la subjetividad política de las y los jóvenes que cursaban la Enseñanza Media en la comuna de Melipilla durante el año 2016. La subjetividad política se inscribe en el campo de la discursividad (Laclau & Mouffe, 2015) y, por lo tanto, sufre los efectos de desestabilización de la crisis hegemónica de la política de la transición. En efecto, sostengo que las revueltas estudiantiles del 2006 y del 2011 permiten una discontinuidad en la trama de poder transicional y abren un ciclo sociopolítico que ha permitido la emergencia de novedosas prácticas articularias, cuyos principios de producción de sentido se regulan generacional y territorialmente.

En los objetivos específicos interpreto los sentidos presentes sobre las representaciones de la política estatal; y sobre las representaciones los procesos de participación político social que viven y conocen las/os jóvenes. El enfoque de la investigación es cualitativo, opté por realizar grupos de discusión en trece colegios de la comuna de Melipilla, recorriendo municipales, particulares subvencionados y particulares pagados.

La investigación cuenta con tres capítulos, en el Capítulo 1 expongo un ensayo sobre el auge y crisis de la política de la transición, y presento la pregunta de investigación, los objetivos y la estrategia metodológica; en el Capítulo 2 detallo de qué hablo cuando escribo “subjetividad política”, en el Capítulo 3 interpreto los sentidos presentes en la conversación de la/os jóvenes y finalmente cierro con algunas reflexiones y síntesis que ofician como conclusión.

Palabras clave: Subjetividad política, generación, territorio, Melipilla, hegemonía.

Introducción

La investigación que escribí pretende aportar a la comprensión del ciclo político inaugurado por la crisis hegemónica de la política neoliberal de la transición, a través del análisis de la subjetividad política de jóvenes que cursaron la Enseñanza Media en la comuna de Melipilla el año 2016. La subjetividad política es un concepto que inscribo en el campo de la discursividad (Laclau & Mouffe, 2015) y se estructura a partir de los sentidos presentes sobre “lo político”, entendido como aquello que en una sociedad se establece como susceptible de ser decidido colectivamente (PNUD, 2015). Así, la subjetividad política no corresponde a una subjetividad individual o psíquica; sino que es social, pluri-discursiva (su coherencia no es un atributo exigible a priori) y dada su formación históricamente determinada, conflictiva y nunca acabada.

Me interesa comprender el Chile que dejó la transición. Planteo que durante la década del 90', la Concertación instaló un modo específico de construir y gobernar a las/os individuos/os del territorio nacional, acuñando mecanismos disciplinares extendidos por todo el cuerpo social, orientados a modelar la subjetividad política hacia un destino de desarme. Esta articulación hegemónica orientada a hacer imposible la construcción de un nosotras(os) agencial, de un pueblo, hizo posible un nosotros no agencial, un nosotros construido desde la vulneración, desde la invocación de los temores pinochetistas, y luego reducido al nosotros familiar, igual de atemorizado de la sociedad y ahora encandilado con las luces de televisores y centros comerciales. Los efectos de estas tecnologías se desplegaron desde el presente hacia el futuro, siendo producciones de sentidos generacionalmente construidas que han permeado hasta los nuevos tiempos: los hijos de la modernización capitalista (Ruiz, 2012) también somos los últimos hijos de la transición neoliberal.

Me interesa comprender el Chile que dejó la transición. Las revueltas estudiantiles fueron la punta de lanza que hizo estallar a los mutismos autoritarios que organizaron la agenda posdictatorial. Las impugnaciones movilizadas al sistema educacional confirmaron las descreídas sospechas del statu qui sobre la profundidad del malestar en la subjetividad chilena, relacionado a la vertiginosa mercantilización de la vida social que se venía gestando desde los primeros años de la década de los noventa (PNUD, 1998) Fueron fundamentalmente los enfrentamientos del 2006 y del 2011 los que posibilitaron la obsolescencia de las modalidades de generación de sentidos concertacionistas, y que dejaron ver a la transición como un peso muerto de la dictadura. El viejo orden y sus producciones marchitas ya no parecen estructurar los sentidos presentes de la subjetividad política que nació en el nuevo siglo.

La perspectiva de análisis es generacional: sostengo que la crisis hegemónica de la política de la transición ha provocado principios de producción de sentido que se

producen generacionalmente. Por eso es realicé trece grupos de discusión en que colaboraron jóvenes (81 en total) nacida/os entre el 1998 y el 2002, es decir, quienes se socializaron plenamente en un contexto caracterizado por profundas transformaciones sociopolíticas, entre las cuales destaca la irrupción de los movimientos sociales -principalmente el estudiantil- y sus cuestionamientos al modo en que los actores de la transición administraron la política. Estos jóvenes cursaban, aproximadamente, primero básico para la revolución pingüina y sexto en el año 2011, por lo que resulta relevante poner atención, de acuerdo a su posición histórica, cómo les aparece una sociedad en que las preguntas sobre el sentido del orden han dejado de tener respuestas evidentes (PNUD, 2015). Analizar las conversaciones de estos estudiantes es una apuesta por sumergirme en los remolinos de la crisis.

La perspectiva de análisis es territorial: sostengo que la crisis hegemónica de la política de la transición toma sus formas definitivas en sistemas territoriales cuyas reglas de producción de sentido se comprenden solo a partir de su historia e identidades. Catalogo a Melipilla como una agrópolis: su actividad productiva agropecuaria y las formas de dominación social asociadas a una historia rural me permiten establecer una diferencia con el modo en que los poderes centrales se expresan en los grandes centros urbanos. Acá analizo los efectos de los poderes centrales en una territorialidad no central, en un intento por deshomogeneizar los efectos subjetivos de la crisis del territorio nacional y de producir conocimiento científico que sea un acercamiento a la invisibilizada realidad del Chile ha hecho su vida en este tipo de territorios.

En el Capítulo 1: Introducción al problema de investigación, repaso en clave ensayística las estrategias de gubernamentalidad diseñadas y ejercidas por la Concertación neoliberal, relevando continuidades y discontinuidades que dan luces sobre los nuevos movimientos y sus antiguos temores. Ahí expongo la pregunta de investigación, los objetivos y el modo en que decidí acercarme al objeto.

En el Capítulo 2: ¿De qué hablo cuando escribo “subjetividad política” ?, realizo algunas precisiones sobre esta subjetividad no psíquica, este espacio en que los discursos y sus prácticas articuladoras contienden una lucha hegemónica. Las lecturas de Durkheim, Lechner, Foucault, Canales., Mannheim y principalmente Mouffe y Laclau resultaron decisivas para dar con el concepto que guía la investigación.

En el Capítulo 3: Una propuesta de análisis de los sentidos presentes en la subjetividad política de las y los jóvenes que cursaron la Enseñanza Media el año 2016, realizo una interpretación de la subjetividad política a través de la operacionalización realizada: las representaciones sobre la política estatal y sobre la participación político-social. Destaco la investigación de Nicolás Nieto (2010) sobre cultura política en jóvenes estudiantes secundarias/os de la comuna de Santa Cruz -

también ciudad agraria-, pues me ayudó a fijar estas dimensiones cuando me encontraba iniciando la investigación. Aprovecho de destacar su generosidad cuando me acerqué a pedirle orientaciones sobre el trabajo de campo, fue una ayuda fundamental en un momento importante de la tesis.

Para finalizar la apertura, me interesa situar mis categorías. Investigo sobre Melipilla porque soy de ahí. En la revolución pingüina nos tomamos el colegio, en el 2011 realizamos conversatorios con la/os estudiantes movilizada/os. Milité en la UNE con varia/os compañera/os jóvenes estudiantes secundaria/os. Organizamos marchas, cortamos la autopista, pintamos lienzos en la plaza. Ahora escribo, escribo desde el interior. Escribo intentando una objetivación, nunca posible, del modo en que las articulaciones discursivas han estado ocurriendo dentro del sistema territorial. Escribo de las luchas que torcieron caminos y de las luchas que organizamos para que se siguieran torciendo. Escribo de las luchas que hicieron posible esta escucha. Escribo desde la rebeldía que aprendí en Melipilla.

Melipilla, miércoles 17 de abril del 2019.

Capítulo I: Introducción al problema de investigación.

El objetivo de esta investigación es comprender la subjetividad política de las/os jóvenes estudiantes secundarios/as de Melipilla, a través de la interpretación del sentido de algunos de los discursos que la estructuran.

A modo de operacionalización del objeto, acoté el trabajo a la observación de las representaciones sociales sobre la política institucional y de sus procesos participación político-social, desde donde analicé algunos efectos, en el campo de la discursividad (Laclau & Mouffe, 2015), de la emergencia de un nuevo ciclo sociopolítico, abierto por la crisis hegemónica de la política de la transición y de su modo de procesar la conflictividad social.

El territorio en el que transcurren las vidas de las/os jóvenes que colaboraron con la investigación es Melipilla. Emplearé este concepto lejos de su acepción reduccionista, que lo restringe a un espacio geográfico delimitado por el poder estatal y, en cambio, lo consideraré como un espacio de relaciones sociales caracterizado por una identidad e historia común del que las/os individuos son parte (Schejtman & Berdegué, 2004). Su especificidad rural, en tanto agrópolis (Canales & Canales, 2013) implica un alejamiento intencionado de la tradición investigativa que dirige sus observaciones a las juventudes de grandes centros urbanos, en una apuesta por relevar procesos de cambio social en los territorios en que los poderes centrales se expresan mediados por modalidades de dominación específicamente asociadas a una historia productiva vinculada a la actividad agrícola. Esta consideración permite deshomogeneizar los efectos subjetivos del nuevo ciclo sociopolítico nacional, ubicándolos en el sistema territorial en el que los discursos toman su forma real.

Si bien la idea del nuevo ciclo político está marcada por la interpretación de una discontinuidad en la trama política de dominación transicional, las movilizaciones sociales que desbordan el consenso elitario son susceptibles de ser leídas como continuidad de las propias contradicciones y exclusiones que profundizaron los gobiernos neoliberales de la transición. Son aquellas fracturas, de profunda historicidad, las que otorgan los marcos de construcción de juventudes en el Chile de hoy, y que exigen un análisis que recorra los claroscuros que sus formas irregulares permiten apreciar. Es por esta razón que realizaré una somera revisión de algunos mecanismos de poder que han acompañado el auge y decadencia de la transición neoliberal, seleccionados en los aspectos que resultan relevantes a la construcción de subjetividad política en Chile.

1.1 Algunos apuntes sobre el auge y declive de la política de la transición.

El viento ya no sopla

La boca bien cerrada

Amárrate los pies

Piensa en tu madre y déjate caer

Álvaro Henríquez- Déjate Caer(1995)

El informe del PNUD “Las paradojas de la modernización” (1998) y el ensayo de Tomás Moulián “Chile Actual. Anatomía de un Mito” (1997) son hitos en la sociología chilena de fin de siglo. Hitos-estocadas al relato oficial trazado por la Concertación de Partidos por la Democracia, fuerza política que se pavoneaba ante el continente como la expresión más virtuosa las nuevas izquierdas de mercado integradas a la globalización neoliberal. La única voz admitida, la del hablante tecnocrático, escamoteaba cualquier amago de disenso ante los apabullantes indicadores de desarrollo económico: en el período 1990-1998 la pobreza se había reducido desde 38,6% al 21,7% (Larragaña & Rodríguez, 2014), el PIB promediaba una tasa de crecimiento cercana al 7% (Shmidt-Hebbel, 2006) y el primer mundo veía en Chile un país bien portado ante las sacrificiales exigencias del capitalismo global.

La crisis asiática cayó como un balde de agua fría en el hasta entonces impermeable modelo chileno. El 99’ el jaguar pierde el ritmo y la recesión golpea de cara al verso ingenieril del presidente Frei Ruiz-Tagle. Las alarmas de los datos duros, en conjunto a los rumores sociológicos, instalaron un incipiente relato de desestabilización, a saber, la economía develaba su constitutiva fragilidad y además estaría produciendo impensados efectos subjetivos: el malestar, esa categoría casi difamatoria¹, irrumpía como esfuerzo académico-político por nombrar al enorme caudal de angustia que atravesaba los patios interiores de la democracia chilena. Resultó ser que debajo de la borrachera consumista de la ciudadanía crediticia se producía a borbotones desconfianza, incertidumbre, individualismo, produciendo un estado de marasmo subjetivo que flotaba sobre la pulsión de muerte exacerbada en el inconsciente colectivo (García, 1982) producto de las estrategias de gobierno del proyecto modernizador neoliberal.

La relación entre el desarrollo económico globalizado y una subjetividad orientada al mercado empezaba a observarse desde prismas críticos, que indicaban que las tensiones, más que consecuencias no deseadas, constituían el núcleo de la maquinaria de producción. En efecto, el PNUD señala “tal vez sea precisamente la estrategia actual de desarrollo la que provoque malestar” (1998, p. 53), abriendo una

¹ El informe del PNUD del año 1998 se iba a titular “El malestar de la modernización” y no “Las paradojas de la modernización”. El gobierno de Frei, financista del PNUD, presiona para que se modifique la rúbrica, según cuenta el profesor Urrutia (Urrutia & Vergara, 2014).

grieta insospechada en el mito autocomplaciente elaborado por la renovada cúpula concertacionista. Este malestar se caracterizaba como una emoción difícil de poner en habla, construida ante la incerteza de la expansión de los sistemas funcionales y su racionalidad instrumental, que no proveían certidumbres en los procesos de integración social de los individuos y familias integrados forzosamente a la vertiginosa dinámica de modernización.

El informe da cuenta de individuos que mayoritariamente confían en su progreso económico -8 de cada 10 creía que su situación iba a ser igual o mejor al año siguiente- (PNUD, 1998), no obstante, las estrategias de ascenso recaían estrictamente en diseños individuales, descartando la asociación colectiva como un repertorio de acción significativo en esta dimensión. Los sindicatos, altamente burocratizados, caen en su prestigio social y la política, espacio que históricamente albergó las grandes disputas sobre la conducción general de la sociedad, cae aletargada bajo las confrontaciones de ficción de las elites de la transición. La respuesta es el repliegue ante lo público, un enclaustramiento hacia la familia, un espacio que aún parece seguro, en el que los individuos encuentran el sentido que no otorga la vida en sociedad.

Una familia que consume. Padres, madres y niñas/os encontraban en el mall el sucedáneo aséptico de la vida en sociedad. Las vitrinas iluminaban los pasillos de los centros comerciales por donde desfilaban encandiladas, en el goce de cumplir la moral televisiva. El consumo cobró una centralidad inédita en la constitución subjetiva de las/os chilenos, a un punto tal de reemplazar el “YO” por el arsenal de imágenes y sentidos espurios con que el mercado capturaba sus vidas. Y la fantasía no era solo una ensoñación: la extensión rampante del crédito a sectores medios y populares le permitió a las familias habitar la vida prometida en la pantalla a costa de hipotecar el futuro y “encalillarse” a varios meses con intereses leoninos que consolidaban un pujante nicho de acumulación a costa de la buena conducta del/la trabajador/a chilena. Porque el “ciudadano credit-card” (Moulián, 1997) no solo sucumbe ante los cantos de sirena de publicistas, sino que es parte de una estrategia política de disciplinamiento: es “puesto en orden” a través de la domesticación que suponen las estrictas exigencias impuestas por la industria bancaria y del retail, que castigarán, DICOM mediante, con la expulsión de este mundo de brillos cualquier mala conducta en el pago. Así esta/e ciudadana/o debe subordinar sus estrategias de conflicto al resguardo de su identidad como trabajador confiable y por lo tanto manso, bien portado, a la medida de los mecanismos de explotación de este capitalismo de nuevo cuño.

Los modos de hacer, pensar y sentir hegemónicos en los 90s se imponían televisivamente desde el living de las casas y reforzaban la representación del espacio público como peligroso. El Mercurio, desde de la Fundación Paz Ciudadana, nos enseñaba a las/os niñas/os de la época a través de un perro detective a no salir

del hogar, a aprender a ver patos malos -el flaite aún no cuajaba en su construcción discursiva- en los jóvenes que usaban las plazas y los asientos traseros de las micros. La representación de un “otro” como una figura amenazante, el imaginario del delincuente dispuesto a actualizar su condición marginal en cada esquina entregada a la oscuridad, ha sido fundamental en la construcción de subjetividades desde la narrativa política de la transición (PNUD, 1998, 2002). La pérdida de la confianza interpersonal y su correlato psicológico, el temor instalado como primera certeza ante el descubrimiento del otro-desconocido, son elocuentes del despliegue neoliberal de tecnologías de poder orientadas a modular emociones y comportamientos, que propician el enclaustramiento individual y el desarme de la polis, de la arena pública, territorio de constitución de los desarmados actores sociales subalternos.

El miedo al desborde desborda a la vulnerada subjetividad chilena. Es la emoción que tiñe las relaciones con lo público, vivido como exterioridad amenazante, como orden precario ante las amenazas reales e imaginarias que se vertían sobre la conciencia. La privatización de numerosos ámbitos de la vida social, tales como la educación, la salud o las pensiones, proveen incertidumbres acerca del devenir individual y familiar; y en paralelo se ubica al “delincuente” en un lugar fronterizo cargado de las angustias del este abrupto proceso de modernización neoliberal. El informe del PNUD (1998) afirma: “Cuanto mayor es la confianza en el orden, mayor es la disposición al cambio, por el contrario, cuando crece el temor al desorden, prevalece la defensa del orden establecido” (p. 68), ilustrando la conveniencia de la circulación de un imaginario de sociedad pre-caótico, construido y explotado por las fuerzas del orden transicional. Por un lado, invocaron la amenaza de la regresión autoritaria, manteniendo al dictador en una situación de visibilidad ambigua, invistiéndolo del suficiente prestigio como para que apareciera como una amenaza verosímil; por otro, saturaron de imágenes que hacían del delito como la principal amenaza en las esforzadas trayectorias individuales. En definitiva, técnicas que permitieron un cierre en torno al orden transicional, introyectando en los individuos temerosos el deseo de su defensa.

Y los jóvenes de los 90’, hijos de padres y madres socializados en la noche dictatorial, no escapaban como objeto de la estrategia política transicional. Por ascendencia se transmitió una “memoria del engaño” que opuso el “nosotros” de la familia, los amigos, el país real que quiere trabajar en tranquilidad; a los “otros”, los que viven de intereses ajenos, los políticos sordos que parecen hablar en otra lengua, escuchándose como mensaje tácito “hijos, no se metan en política” (Lechner, 2002). El repliegue también es por experiencia propia: ante el páramo de sentidos que representa la política institucional el voto cae en su valoración práctica entre los jóvenes y la abstención electoral baja decididamente, en una tendencia que se prolonga hasta la actualidad. Esta desafección de la política institucional es interpretada por una parte del mundo adulto no como un problema, sino como un atributo positivo de una robusta democracia que hacía funcionar el país sin conflictos de relevancia (Muñoz, 2011);

mientras que voces críticas interpretan desde la actualidad las causas “geológicas” de este distanciamiento, una brecha de profundo alcance producto de la indiferenciación de los proyectos políticos que presentan los partidos de la transición (Aguilera, 2016; PNUD, 2002; Ruiz, 2015). Así se cierra un círculo en que conecta la memoria desengañada de los padres y madres, con la experiencia desencantada de las/os jóvenes.

Las imágenes de juventud diseminadas por los publicistas y aparatos de comunicación masivos de la transición encontraron en Marcelo Ríos un modelo identitario a partir del cual impostar una sinécdoque generacional: su ejemplo de éxito individual y desidia radical fue masificado como el espíritu juvenil más genuino. “No estoy ni ahí” respondía el tenista, fastidiado, cada vez que se le interrogaba por asuntos que escaparan de la realidad tenística que habitaba. Esa voz antisocial se le atribuía, desde la prensa y los políticos, a los jóvenes que también estarían “ni ahí” en cuanto al destino de los grandes asuntos que deberían interesarles, como las votaciones, cada vez menos convocantes. Esta imagen homogeneizante, unida y apolítica que con la que se cubría a “la juventud” (Muñoz, 2004) se lee desde el presente como una interesada estrategia hegemónica para subordinar a un grupo social profundizando las estéticas del desinterés y la desafección, y ejemplifica la sofisticación del pacto de la transición su intento por fijar cierres actorales, institucionales, discursivos y estéticos que traían a la práctica su proyección imposible de una sociedad clausurada, o abierta, en simulacro, hacia los impotentes horizontes de lo posible.

Es que en el fin de siglo el futuro parecía haberse ido para siempre (González, 1994). Muros abajo y rascacielos arriba, los ideologismos de mercado arrasaron con las ideologías vetustas y sus promesas de emancipación. El sentido se ubicaba en el presente, promovido a vivirlo como si no hubiera nada más puesto que, en efecto, intencionadamente las elites construyeron representaciones de futuros en donde no aparecía en la mirada más que el horizonte inmediateista que la ubicuidad mercantil dibujaba. Los actores del pacto de la transición arrojaron una bomba de morfina sobre la capacidad imaginativa de la sociedad chilena, haciendo que lo constitutivamente volátil apareciera sólido y trascendente. Su audacia promovió la experiencia de un orden social sin alternativa, como un hecho tan natural e inimpugnable como las leyes del mercado que gobernaban a las/os ciudadanos del mundo (Moulián, 1997; Lechner, 2002)

El peso de muerte pinochetista continuaba irrigando de sangre podrida a la desfalleciente política chilena. En torno a su figura se contorneaban los clivajes admitidos como posibles, en la ineludible operación de reducir el conflicto a la clausura excluyente impuesta por el consenso elitario. Por eso su detención en Londres en el año 1998 marca un hito en la transición: ahí aparecen en su cara más

desvergonzada la Concertación y la derecha unidas, explicitando la magnitud y alcance de los pactos al cuadrarse tras la orden militar de traer al dictador a casa para terminar con el traumático examen al pasado que había significado su juicio europeo (Eltit, 2014). En este contexto transcurren las elecciones presidenciales del año 2000, estructuradas por el clivaje pinochetista interpretado en clave gatopardista: Joaquín Lavín, militante de la UDI popular -el partido enclave autoritario (Garretón, 2007)- vestía fingidos ropajes democráticos; enfrentando a Ricardo Lagos, quién movilizó todo su capital simbólico como referente de la gesta antipinochetista, para ganar estrechamente y convertirse en la vanguardia democrática del neoliberalismo instalado en dictadura.

Con Lagos la Concertación alcanza el apogeo del incólume relato de un Chile pletórico de desarrollo y democracia, con el que la coalición pretendió pasar a la historia; y a la vez su período significa el inicio de la decadencia de las estrategias de gubernamentalidad que permitieron aplacar-apartar el conflicto social de la agenda institucional. Su perorata patriarcal nos insistía que “en Chile las instituciones funcionan”², frente a los cuestionamientos por las coimas del caso MOP-Gate y otros reiterados pillajes institucionales de menor calaña que facilitaron la articulación de una representación de un sistema político falto de legitimidad.

Quizá lo intuía Lagos y su mantra era un intento neurótico de fijar desde el discurso una realidad que se descomponía en su capacidad de reproducir el orden y la fidelidad de las/os ciudadanas/os a él. Quizá el héroe de la gesta antipinochetista -ahora autoinvestido como el fundador portaliano de la nueva república constitucional-, escondía en la seguridad impostada de su timbre autoritario la desconfianza hacia el poder totalitario de la mordaza consensual; la sospecha de la ilegitimidad de los acuerdos espurios con el poder militar, la derecha, la iglesia, el empresariado, ese enjambre de macropoderes forjadores de una ciudadanía dócil; el sinsentido ante la certeza de un futuro obsequiado a los designios castigadores del mercado; en definitiva, quizá el rezo institucional de Lagos obedecía al pavor frente a la idea de que los términos de la dominación del orden transicional no fueran tan impermeables como verso teatral que salía de su garganta desgastada.

Y llega el 2006. Llegamos la/os pingüina/os rebeldes a pedir, desde el sentido común, un poco de orden, algunas certezas para nuestros padres y madres, a interpelar al Estado para que se hiciera cargo de sus ideologismos meritocráticos, para que valiera la pena la competencia terrible a la que nos habían arrojado por un puñado de falsas oportunidades. Las marchas en los centros urbanos alcanzaron una masividad no vista desde las protestas para acabar con la dictadura, y la toma, emblema de la

² Emol (2003) “Gobierno insiste: Las instituciones funcionan”. Recuperado el 15-03-2019 de <https://www.emol.com/noticias/nacional/2003/01/21/102987/gobierno-insiste-las-instituciones-funcionan.html>

nueva revolución, se instaló en los colegios por todo Chile a una velocidad que desbordó todas las estrategias de control del gobierno de Michelle Bachelet. La revolución pingüina irritaba a los poderes censuradores de la transición, desencajados ante el imprevisto alzamiento popular que además instalaba incodificables lógicas de construcción política, caracterizadas por la figuración de voceras/os -ya no dirigentes- que respondían a las decisiones de la asamblea, crisol de sentido de la horizontalizada democracia estudiantil.

El gobierno se repuso al desconcierto inicial y los actores de la transición planearon su rearticulación. El partido del orden criollo se cuadró en una estrategia de desarme, vía invitación a mesas de trabajo, cooptación de voceros devenidos en dirigentes, tecnificación del debate y transformaciones legales cosméticas, coronadas por el acuerdo de manos en alto estrechadas por la Concertación, la derecha y las/os estudiantes. La derrota pingüina quedó inmortalizada en la paradigmática postal que fijaría el último cierre que la transición conseguiría en sus estrechos términos.



Fotografía 1: El pacto de la transición. Octubre 2006

No obstante el paso en falso, no hubo vuelta atrás. El 2006 revolucionario significó una radical discontinuidad en la forma en que el poder disciplinar de la transición había conseguido aplacar cualquier política que escapara a su racionalidad. Las/os jóvenes rompimos los moldes apáticos y bien portados a los que la historia oficial nos había reducido, para movilizar profundos malestares hacia las tomas y las marchas. Los directores de escuelas y los directores del país, igualados en su escándalo, vieron tambalear la naturalidad con que gestionaban el orden y no comprendían el desviado panorama social que se estaba forjando en el seno de sus colegios. El 2006 explosivo desata su onda expansiva hacia al futuro, pues los cierres sordos y los televisivos acuerdos no serían suficientes para detener la articulación de nuevas éticas y

rebeldes estéticas, la emergencia de cuerpos indóciles, rebelados al miedo, arrojados a una revuelta que traería de vuelta el horizonte a la política.

Cinco años más tarde el movimiento estudiantil volvería de desestabilizar el país, esta vez con aún más potencia y bajo el gobierno del empresario-presidente Sebastián Piñera. Fuimos las/os mismas/os que nos movilizamos contra la LOCE quienes continuaríamos manifestándonos el 2011, exigiendo esta vez educación pública, gratuita y de calidad, bajo una demanda económica orientada a alterar el centro del mercado educativo: el fin al lucro en los establecimientos de educación superior. En efecto, las protestas estudiantiles del 2006 y del 2011 fueron como dos párpados del mismo pestañear. Los indecibles malestares producidos por el maduro neoliberalismo chileno tuvieron su expresión más politizada en las/os jóvenes de esta generación, en los hijos primogénitos de la modernización capitalista, socializados plenamente en la experiencia democrática concertacionista (Ruiz & Saez, 2012). De ahí la perplejidad de las elites: ¿cómo podía ser la juventud con mayores oportunidades en la historia de Chile la que acusara malestar?, ¿qué clase de ideología se había cernido sobre las/os universitarios que llamaban a acabar con los cimientos estructurantes del virtuoso modelo? Los mapas que habían sido útiles para interpretar y moldear la política destacaban por su anacronía: la Concertación y la Derecha, signadas como equivalentes en la autoría privatizadora del modelo educacional, quedaron expuestas en su abismal distancia con los anhelos y las conflictividades de la sociedad, haciendo evidente la hondura de la crisis de representación del sistema político.

Pese a que el año 2011 la pugna quedó trabada y solo se resolvió años después, gracias a una deslavada gratuidad diseñada para seguir aumentando el caudal de recursos públicos destinados a empresarios de la educación, la movilización fue una estocada profunda a la forma en que el pacto de la transición procesaba la conflictividad, silenciando cualquier disidencia actoral que trastocara su autoritaria agenda. Si bien la voluntad popular no logró que se legislara a su favor, el proyecto neoliberal dejó de tener en el sistema de partidos el bastión de contención que lo blindó durante los gobiernos de la Concertación, y en general, quedó trizada la capacidad hegemónica de la transición para hacer pasar por necesarias las condiciones absurdas del presente. Como nunca antes en la historia reciente, se abrieron interrogantes sobre el (sin)sentido del orden social en Chile y, de ahí en más, se ha desarrollado una abierta disputa por la construcción de novedosas e inestables prácticas articulatorias.

Son tiempos inciertos en la sociedad chilena³. Es la inauguración de una época para preguntarse colectivamente por las cuestiones básicas, antes naturales, del orden

³ Prefiero hablar de incertidumbre, en vez de politización, pese a que adscribo a la caracterización de los tiempos actuales que realiza el PNUD. Creo que la significativa politización, definido como “la

social. Aquello que puede y debe ser socialmente decidido se instala como un territorio habitable, y, en efecto, la presión epocal haría difícil sustraerse de los cuestionamientos. (PNUD, 2015). Ahora bien, los actores del viejo orden, sus discursos e instituciones continuarán pujando por la supervivencia reinventada de las modalidades de control social que tantas glorias les trajeron; mientras que las fuerzas vivas y su diversidad realizarán esfuerzos articulatorios para dar con formas propias de actoría que puedan otorgar sentidos a la nueva sociedad. Son tiempos que quedan tensados por disputas entre actores sociales con diversos intereses, que hace imposible trazar un destino cierto a su desenlace.

El criterio teórico para trabajar con jóvenes estudiantes secundarios tiene como preocupación los mecanismos de poder a partir de los cuales la apertura politizadora permitirá abrir y cerrar cauces históricos. Las/os estudiantes invitadas/os a participar en la investigación nacieron entre el año 1998 y el 2002: aproximadamente cursaban primero básico para la revolución pingüina y sexto básico el 2011. No participaron de esas marchas e incluso alguna/os nunca han asistido a una. Con suerte, algunas/os recuerdan que “los de la media” se tomaron el colegio cuando ellas/os eran muy niño/as. A sus 16 años ya no se les presentaba como fuerza progresista la Concertación, sino que una efímera Nueva Mayoría. Camila Vallejo, Gabriel Boric y Giorgio Jackson y sus conflictivos liderazgos ya habían pasado del idílico movimiento social a la despreciada fauna política nacional; ya no es novedad que un multimillonario gane elecciones (en efecto, las seguiría ganando), en síntesis, los mecanismos de dominación social se realizan en unos términos imposibles de poner en relación de equivalencia con los de diez años atrás, dada la crisis de la hegemonía neoliberal transicional y su producción de sentidos.

Transcurridas transformaciones de esta magnitud la pregunta por la construcción identitaria de quienes han sido fogueados por las representaciones circulantes en el nuevo ciclo político se torna necesaria ¿Cómo se relacionan con el orden aquellas/os jóvenes que se han socializado plenamente en el Chile que dejó la transición? Y en lo que concierne a esta investigación, situada territorialmente: ¿Cuáles son los sentidos que estructuran la subjetividad política de los/as jóvenes estudiantes secundarios de la comuna de Melipilla en el año 2016?

incorporación de asuntos al campo de lo político” (PNUD, 2016, p,6) teleologiza un destino cuya principal característica es mostrarse abierto los resultados de una incierta disputa política.

1.2 Pregunta de investigación:

¿Cuáles son los sentidos que estructuran la subjetividad política de los jóvenes estudiantes secundarios de la comuna de Melipilla en el año 2016?

Objetivo general

Comprender la subjetividad política de los jóvenes estudiantes secundarios de la comuna de Melipilla en el año 2016.

Objetivos específicos

- Comprender las representaciones sociales sobre la política institucional de los jóvenes estudiantes secundarios de Melipilla.
- Comprender las representaciones sobre la participación política y social de los jóvenes estudiantes secundarios de Melipilla.

1.3 Estrategia metodológica: cubrir el territorio para descubrirlo

Acabo de llegar

No soy un extraño

Conozco esta ciudad

No es como en los diarios, desde allá.

Charly García- No soy un extraño (García, 1983)

Durante el desarrollo de esta investigación –ya quisiera poder fijar la fecha de inicio– tuve que tomar muchas decisiones. Esta tesis es el resultado de las decisiones que tomé sobre los efectos de las decisiones que ya había tomado. La espiral asciende verticalmente (o quizás sobre algún eje descentrado) sin nunca volver atrás. No es posible avanzar sin hacerse cargo.

El trabajo de campo me llenaba de ansiedad. ¿La/os cabra/os me van a pescar?, ¿Van a querer conversar de política? ¿Y si estoy haciendo puras hueás? Inseguridades de un joven investigador en un mundo de gente tan seria. A nivel teórico esta etapa me proponía desafíos mayores. Me preocupaba lo que yo sentía como una reflexión poco crítica sobre el principio de representatividad estructural. En una investigación exploratoria, ¿es posible asumir de antemano las variables que estructuran el objeto?; si selecciono colegios municipales, particulares subvencionados y particulares a secas, ¿me aseguro la representatividad estructural de un concepto que se estructura en el campo de la discursividad? La duda -y el interés- era poner escucha a todas las frecuencias, esforzarme en ampliar el rango auditivo para oír los altos y bajos en alta fidelidad.

Y como solo se aprende a escuchar escuchando, mandé cartas a todos los colegios que pude y, en donde tuve permiso, organicé una conversación. Sin demasiadas certezas empíricas sobre lo que se debería o no mirar (según lo que yo quería investigar), me dediqué a hablar y a escuchar, total, lo disfrutaba caleta y después podía decidir si transcribir o no. Lo pasé muy bien esos dos meses en que propicié

las conversaciones. El sentido histórico de esta investigación descansa en ese ejercicio: yo y mis categorías modeladas en el territorio, preguntándole a otra/os jóvenes del mismo territorio sobre las suyas. Fue lindo cuando uno de los chiquillos de mi ex colegio recordaba la toma que nosotros habíamos hecho el 2006: en la memoria hablada de Nicolás aparecía el nosotra/os que cerró el colegio para irse para adentro, para abrir la palabra en la asamblea de la toma.

Disfrutaba también transcribir, una anomalía sociológica. Todas las transcripciones son de mi autoría y recomendaría a quienes investiguen el habla colectiva que también lo hagan. La información que produje la terminé conociendo muy bien, recuerdo los nombres de varias/os jóvenes hasta el día de hoy. Eso fue, en parte, gracias a esa segunda escucha, una escucha escrita y corporalizada: de los audífonos al teclado, del teclado a la pantalla, de la pantalla a mis ojos, y en la lectura una tercera observación. Es volver a caminar por el territorio para mirar lo que nunca se termina por descubrir.

Esa fue la estrategia. Torpe, romántica, curiosa. Abrir bien las pepas, estar atento al detalle. Advierto que fue desgastante, muchas horas de trabajo hay en lecturas, escuchas, caminatas y escrituras. Pero valió la pena, me alegra terminar la carrera así, escribiendo sobre metodología, justo antes de finalizar el texto final de la tesis.

¿Estudio de caso? Melipilla: una agrópolis metropolitana.

La conversación con los y las jóvenes que cursaban la Enseñanza Media en Melipilla me llevó a realizarme algunas preguntas sobre la especificidad de la construcción de subjetividad política en los territorios. La noción de “estudio de caso”, en particular, se presentaba como refractaria a mis intereses: ¿De qué fenómeno general Melipilla sería un caso? No concibo la discusión exactamente en estos términos, pues, me parece, que no hay tal cosa como un caso general situado en experiencias particulares: es desde la particularidad del fenómeno, de los lugares en que se estructura realmente, desde dónde se podrían realizar intentos por articular un fenómeno general.

Melipilla es una agrópolis en los términos en que Canales & Canales (A. Canales & Canales, 2013) las definen: aquellos territorios en los que actividad económica predominante está vinculada al agro, ya sea como actividad primaria, secundaria o terciaria. Los aportes del informe del PNUD “Desarrollo humano en Chile rural” (2008) también son útiles para comprender a Melipilla y su relación con la ruralidad: aquí se plantea que la modernización del campo chileno ha generado procesos de cuestionamiento de las identidades tradicionales (“¿Rural yo?”, p.87) y que los sentidos emergentes podrían estar relacionándose con los sentidos territoriales (“¿Será acaso la apelación a una conciencia del territorio, con toda la diversidad que pueda contener, la fuente de una nueva identidad?”, p.89). A esa hipótesis adscribo cuando me propongo estudiar una subjetividad política territorialmente situada.

Estas consideraciones sobre “lo rural” y “lo urbano” me permiten superar los abismos explicativos que se instalan al acercarse a una comprensión de la sociedad chilena en esos términos y, en particular, asociar la historia de Melipilla a la agricultura, a la ruralidad, a una historia de relaciones sociales en donde las formas de dominación se han construido desde modalidades de producción de sentido no comparables a las que han caracterizado a las metrópolis.

No obstante, es necesario recordar la posición de subordinación que Melipilla tiene con respecto a la metrópolis. Administrativamente la provincia es parte de la Región Metropolitana, lo que implica procesos políticos dependientes de la dinámica Santiaguina-Nacional -por ejemplo, la venidera elección de Gobernador Regional-, y en términos funcionales, múltiples dimensiones de la vida social del territorio dependen directamente de Santiago: son miles de Melipillanos/os que se ven obligados a viajar diariamente hasta las comunas centrales de Santiago por la escasez de empleos y de oferta educacional en la comuna. Este punto es especialmente crítico porque trae asociada una fuga de capital humano, en tanto no existen espacios laborales de inserción en la comuna para quienes estudiamos en Santiago; y también genera una lógica de “ciudad dormitorio”, pues la vida social de mucha/os melipillanos ocurre más en Santiago que en la comuna.

Los flujos humanos en la provincia de Melipilla se realizan desde las comunas periféricas de la provincia (Alhué, María Pinto, Curacavi, San Pedro) a la capital de la agrópolis, Melipilla, y desde la agrópolis hacia el centro de la Metrópolis, territorio en donde circula y se reproduce el gran capital nacional e internacional. La situación de subordinación se explica por las dificultades estructurales que tiene la construcción un polo económico, autonomizado del capital financiero, que pueda propiciar procesos de desarrollo hacia adentro, y también permite comprender los procesos de aumento demográfico en la comuna. Melipilla crece a la medida de Santiago, pues son familias integradas a esos circuitos del capital las que han poblado la comuna de manera significativa en los últimos años. En efecto, la conflictividad política ha estallado en estos términos: las movilizaciones de los y las estudiantes de la quebrada Universidad del Pacífico -expresivo de cómo el mercado golpea en las zonas periféricas de inclusión-, y el movimiento en contra las empresas de los buses que ejercen una posición dominante en el mercado del transporte de personas entre Melipilla y Santiago, en diciembre de 2018⁴, son elocuentes de los puntos críticos de este desarrollo agropolitano-metropolitano.

Algunas consideraciones geográficas y demográficas ayudan a poner en relación a Melipilla con otras urbes del país. Según los datos de la encuesta Casen 2017, la

⁴ CNN (2018) Vecinos cortaron el tránsito de la autopista del sol por nueva alza de pasaje. Recuperado el 15/05/2019 de https://www.cnnchile.com/pais/vecinos-cortaron-el-transito-de-la-autopista-del-sol-por-nueva-alza-de-pasajes-de-buses_20181221/

comuna aloja a 92.152 habitantes, de los que un 61,4% vive en zonas urbanas y un 38,6% en zonas rurales (Ministerio de Desarrollo Social, 2017), en una superficie de 1.338 km². Estas dimensiones y su actividad económica le permitieron a Berdegué y Schejtman (Berdegué et al., 2011, p.3) inscribirla como una ciudad intermedia, junto con otras similares en el país, a saber: “se trata de ciudades y territorios como Vallenar, Ovalle, Los Andes, Quillota, Buín, Melipilla, Rengo, Santa Cruz, Curicó, Constitución, San Carlos, Chillan, Los Ángeles, Traiguén, Villarrica, Valdivia, Puerto Montt, Castro o Coihaique”, que se caracterizan por articular a lo largo el territorio nacional gracias al desarrollo de actividades primarias que se produce en ellas. Los investigadores les atribuyen una centralidad estratégica a estas ciudades porque confieren capacidad de crecimiento económico y aceleran la reducción de la pobreza de los territorios que se articulan en torno a ellas. Como hipótesis, sostengo que la subjetividad política de las/os estudiantes secundarios de Melipilla se ha sometido a una disputa hegemónica en términos históricamente similares a la del mismo grupo a lo largo de estas ciudades en Chile, en tanto su igualdad en términos generacionales y su similitud en cuanto a su posición histórico-territorial. Queda pendiente comparar los resultados de esta investigación con otras del mismo estilo en esta clase de territorio.

El enfoque cualitativo: la imposible reproducción de la estructura del otro.

La investigación se realizará según un enfoque metodológico cualitativo. Esta decisión se fundamentó en concordancia con el diseño planteado, especialmente a partir de la pregunta y objetivos de investigación, aspiran a una comprensión de la subjetividad política de las/os estudiantes.

Siguiendo a Canales, afirmo que el objetivo del saber cualitativo es “tratar de alcanzar la estructura de observación del otro” posibilitando así “una reproducción de la comunidad o colectivo de hablantes de una lengua común para su análisis y comprensión” (Canales, 2006. p.16). En efecto, “los investigadores cualitativos tratan de comprender a las personas dentro del marco de referencia de ellas mismas” (Bodgan & Taylor, 1984, p.20) siendo así este enfoque adecuado a una investigación como esta, que pretende abordar los discursos de jóvenes estudiantes secundarios.

Adscribo a este paradigma como principio. Objetivar es siempre un esfuerzo parcial de observación y se debe tener muy en cuenta esta dificultad constitutiva en la producción de conocimiento. El error es parte del ejercicio porque el campo en que se constituyen los discurso nunca se cierra, lo social está atravesado por su permanente sobredeterminación. Cada observación es una toma de posición. Yo me he preocupado de relevar desde donde miro y qué hago cuando digo que escucho.

En el hablar la sociedad se subjetiviza y la subjetividad se socializa. Opción por el grupo de discusión.

Entre las otras técnicas disponibles, se decide por el grupo de discusión en cuanto facilita la re-construcción de la estructura de sentido que existe de manera latente entre el grupo social estudiado. En efecto, al permitir “investigar los tópicos y lugares comunes que recorren la intersubjetividad y en los que ésta se reproduce” (M. Canales & Binimelis, 1994), se logra poner de manifiesto la lengua social que comparten los miembros del grupo, cuestión que no permite la entrevista en profundidad y la historia de vida –por su carácter individual- o el focus group – en el que no se logra una conversación grupal (solo un habla individual y una escucha grupal)-. El grupo de discusión se asume, entonces, como una técnica que tiene por objeto el habla. Lo que se dice es tomado en cuenta como el punto a través del cual lo social se reproduce y cambia, articulando simultáneamente el orden social y la subjetividad.

Otro aspecto de los grupos de discusión es que su emergencia queda dada solo en el desarrollo del mismo, a saber, “no es grupo ni antes ni después de la discusión: toda su existencia es llegar a ser un grupo en la conversación” (Canales & Binimelis, 1991: 112). Por ello es que se puede afirmar que el grupo nace y termina con la conversación. Ahora bien, esta constitución surge mediante dos movimientos desarrollados con simultaneidad: mientras los participantes se encuentran con el propósito de cumplir una tarea –la encomendada por el investigador que los insta a hablar de un tema-, también, al reconocerse como iguales, se constituyen como grupo en la conversación. Es una dinámica con una dimensión hacia afuera, en el trabajar para producir algo; como hacia el interior, en la conversación que los convierte en grupo. Esta tensión se expresa entre el vagar del habla, sin dirección, como encuentro y placer grupal; y las irrupciones del investigador cada vez que se ve obligado a reconducir la conversación grupal hacia el objetivo de la reunión.

Trece conversaciones para acercarme a una representatividad estructural

Con respecto a la muestra cualitativa, ésta tiene que asegurar representatividad con respecto al colectivo que forma parte del objeto de la investigación. Para ello, no se requieren modelos estadísticos o poblacionales, sino que se busca un criterio de orden estructural, de modo tal que queden representadas las relaciones que configuran el colectivo estudiado. Entonces, cada participante es convocado, precisamente, en nombre de la posición y de la perspectiva diferencial que ocupa en la estructura (Canales & Binimelis, 1991), constituyéndose así una muestra que permite reconstruir la estructura interna del objeto que se estudia. Los límites de la muestra quedan dados según el principio de saturación, esto es, un criterio según el cual se produce información hasta que los nuevos hallazgos no representan adicionales posibilidades de representación de la estructura y sus relaciones.

En la comuna existen 19 establecimientos que imparten educación media, 3 rurales y 16 urbanos, dividiéndose la matrícula entre un 35,9% que corresponde a establecimientos municipales, un 57,5% a particulares subvencionados y el 6,6% a particulares pagados (Casen, 2017). Considerando el criterio de representatividad estructural, incorporé a la muestra colegios de todos los niveles socioeconómicos (Bajo, Medio Bajo, Medio, Medio Alto, Alto)., y de los tres tipos de dependencia (Municipal, Particular Subvencionado, Particular). Lo que espero es que dentro de los grupos de discusión exista homogeneidad y entre ellos heterogeneidad, pues la/os estudiantes hablan desde la misma posición al ser grupo, y, a su vez, cada grupo habla desde una posición distinta.

La estrategia para abordar el territorio fue, como comenté, ir a todos los colegios en donde me permitieran realizar las conversaciones. Envié cartas, en papel, y logré conseguir 10 permisos para 12 grupos. En principio mi idea fue trabajar solo con integrantes de Centros de Estudiantes y directivas de curso, pero en la medida que transcurría el trabajo de campo y después de constatar que los grupos eran muy similares, introduje entropía a la conversación y solicité estudiantes al azar. También me encargué de realizar tres grupos de estudiantes de la formación técnico-profesional, pues ahí percibí un habla que no hablaba en la misma lengua. Por efectos del azar, el grupo del Colegio Ercilla fue una conversación de mujeres, lo que me permitió recorrer otro tipo de discurso. También realicé un grupo con integrantes de organizaciones político-sociales de la comuna. Fue el único grupo, de los trece, en que la conversación no se realizó dentro de un colegio.

Tabla 1: Grupos de discusión realizados según tipo, NSE, formación, participación de los estudiantes en directivas, y género

N°	Colegio	Tipo	NSE	Formación	Zona	Selección de participantes	Género
1	Liceo Gabriela Mistral	Municipal	Bajo	C-H	Urbano	Azar	Mixto
2	Liceo Bollenar CH	Municipal	Medio Bajo	C-H	Rural	CC.EE. y directivas de curso	Mixto
3	Liceo Bollenar TP	Municipal	Medio Bajo	T.P.	Rural	CC.EE. y directivas de curso	Mixto
4	Liceo Politécnico	Municipal	Bajo	T.P.	Urbano	CC.EE. y directivas de curso	Mixto
5	Colegio San Agustín	Subvencionado	Medio Bajo	C-H	Urbano	CC.EE. y directivas de curso	Mixto
6	Colegio Melipilla	Subvencionado	Medio	C-H	Urbano	CC.EE. y directivas de curso	Mixto
7	Colegio Ercilla	Subvencionado	Medio	C-H	Urbano	CC.EE. y directivas de curso	Mujeres
8	Colegio San Manuel	Subvencionado	Medio	C-H	Urbano	CC.EE. y directivas de curso	Mixto

9	Colegio San Sebastián	Subvencionado	Medio	C-H	Urbano	Azar	Mixto
10	Colegio San Agustín	Subvencionado	Medio Bajo	T.P.	Urbano	Azar	Mixto
11	Colegio Marambio	Particular	Medio Alto	C-H	Urbano	CC.EE. y directivas de curso	Mixto
12	Colegio Cristóbal Colon	Particular	Alto	C-H	Urbano	Azar	Mixto
13	Grupo de integrantes de organizaciones	No aplica	Sin info.	No aplica	Urbano	Azar	Mixto

Análisis de contenido: hacer aparecer los sentidos presentes en el metatexto.

La estrategia empleada para analizar la información producida en los grupos de discusión será el Análisis de Contenido Cualitativo (en adelante ACC). Lo peculiar de esta técnica es que el contenido que busca “no es algo que estaría localizado dentro del texto en cuanto tal, sino fuera de él, en un plano distinto en relación con el cual ese texto define y revela su sentido” (Navarro & Díaz, 1999: 179). De este modo se puede definir el ACC como una técnica interpretativa, orientada a develar el contenido oculto o latente de los textos, a partir de una lectura que siga las reglas del método científico, siendo “sistemática, objetiva, replicable y válida” (Andréu, 2001: 2). Por lo tanto, toda metodología que aborde el análisis de un texto de un punto de vista puramente sintáctico, no se puede considerar como un ACC.

En términos prácticos, el ACC tiene por objeto la producción de un metatexto, esto es, una representación transformada del corpus textual, que permite realizar los análisis de manera contextualizada. La desarticulación del texto, “de lo que es una realidad funcionalmente unitaria”, se realiza con el propósito de acceder “a un plano distinto, virtual”, logrando “la emergencia de ese sentido latente que subyace a los actos comunicativos concretos y subtiende la superficie textual” (Navarro & Díaz, 1999: 188). Siguiendo los criterios expuestos por Navarro & Díaz (1999) se empleará una estrategia intertextual en el análisis del corpus, esto es, se buscará determinar el sentido de un texto en relación con otros, lo que para esta investigación se traduce en poner en relación los diferentes grupos de discusión en el análisis.

Capítulo II: ¿De qué hablo cuándo escribo “subjetividad política”?

2.1 La conflictiva y nunca acabada producción social de subjetividades.

El objetivo de la presente investigación es comprender la subjetividad política de los jóvenes estudiantes secundarios de Melipilla. En función de ese propósito, es que realizaré una exposición de la arquitectura conceptual que da sostén a este trabajo, exponiendo los límites y potencialidades de un análisis realizado a partir de las categorías señaladas. Si bien la centralidad teórica recae sobre la idea de “subjetividad política”, ésta solo se entiende a partir de la correspondencia que establece con otros conceptos, tales como ‘subjetividad’ o ‘generación’. En efecto, al ponerlos en relación y considerarlos en perspectiva histórica, se busca aportar al entendimiento de la conflictiva y nunca acabada producción social de subjetividades.

Individuos, Sujetos y Subjetividad.

La idea de 'sujeto' ha tenido gran desarrollo en el marco del estudio de las relaciones entre individuos y política. Contemporáneamente ha sido problematizada como una categoría en tensión: por un lado se emplea para referir a la dimensión asociada al proceso emancipatorio y autoconstitutivo del individuo, y por otro, para destacar su etimología clásica asociada a la 'sujeción', relevando fundamentalmente el proceso de fijación de identidades producto de las relaciones de poder en las que está inmerso (Angelcos, 2008). Ahora bien, en ambas acepciones se conceptualiza al sujeto como resultante de un proceso de constitución mediado socialmente, ajeno a principios ontológicos trascendentes.

Esta noción contemporánea de sujeto, producida socialmente, surge como crítica a la que la tradición moderna elaboró, en la que sujeto, razón e historia se articulaban en el mismo devenir. En este caso, como respuesta al problema político que provocó la secularización del mundo y el desmembramiento de las referencias teológicas para significarlo; la razón apareció como una fuente de sentido autocontenida, como un medio y un fin para lograr la realización del individuo y la sociedad, a partir de la cual el hombre se hacía parte del destino emancipatorio de la historia. Así, en este esquema, la racionalidad del sujeto tiene la capacidad de modificar la realidad, pero manteniéndose referida a sí misma, constituyéndose de manera independiente de los procesos sociales en que se inserta. Esta configuración entre sujeto y razón da cuenta de uno de los principales mitos modernos, el sujeto trascendental, pues se plantea modificando la historia, y, simultáneamente, definiendo sus contenidos fuera de ella. (Angelcos, 2008)

Lo planteado en esta investigación se distancia de aquella mirada canónicamente moderna y se posiciona desde un paradigma histórico: tanto en el caso de la subjetividad y del sujeto, se asumirá que les subyace una vaciedad esencial, entendida como una ausencia de contenido determinado a priori (Angelcos, 2008) que implica su carácter socialmente determinado. Este estatuto permite avanzar en

los conceptos de individuo, subjetividad y sujeto, asumiendo que la posibilidad de fijar sus identidades se juega dentro de un campo histórico y político contingente.

Al problematizar, desde la sociología, los efectos subjetivos de los procesos de transformación y reproducción social, las alusiones al 'individuo' aparecen con menor frecuencia y capacidad explicativa que las referencias al 'sujeto'. La doble cara del sujeto contemporáneo: producto modelado del poder y sus estrategias, o en lucha por constituirse en el campo de relaciones en que se inscribe; le permite al concepto emplearse en ámbitos investigativos diversos, en casos siendo ubicado simultáneamente en ambos polos, en constitutiva tensión. Sin embargo, en estudios empíricos la idea de 'sujeto' -como la de subjetivación- aparece mayoritariamente asociada a la segunda acepción. Existe amplia bibliografía latinoamericana⁵ que se apropia de esta tradición conceptual con la finalidad de estudiar movimientos sociales y los procesos de construcción de subjetividades asociadas a ellos, enfatizando su identidad en resistencia, como desidentificación de las orientaciones culturales dominantes. No distanciarme de esta línea teórica sería apropiarme de una matriz conceptual que no se corresponde ni con los objetivos, ni con la metodología, ni con los individuos con quienes se trabajó. En esta ocasión la centralidad investigativa no está en el análisis de los posibles procesos de subjetivación -como constitución de sujetos autónomos- que pudieran estar viviendo los jóvenes estudiantes secundarios de Melipilla, sino en la comprensión de su subjetividad política, atributo socialmente producido.

Adscribiré, en los aspectos que se detallan, al marco conceptual que elabora el PNUD (2015) en el estudio del proceso de politización de la sociedad chilena, pues expone con notable claridad conceptual algunas distinciones relevantes para esta investigación:

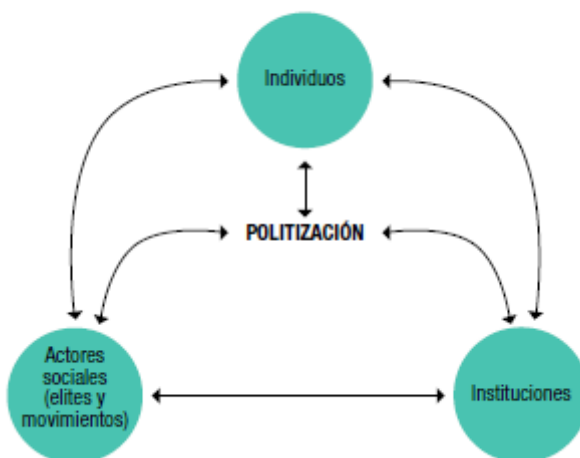
- En el proceso global de politización de la sociedad, distingue analíticamente tres “ámbitos”: actores sociales, instituciones e individuos, que afectan y se ven afectados por el proceso y por las interacciones entre ellos mismos.
- Diferencia al individuo del sujeto, al definir al segundo como un individuo con capacidad de agencia.
- Los individuos y los sujetos se asumen como históricamente producidos.

⁵ Sugiero revisar, como ejemplos: Angelcos (2010) Estructuración de la subjetividad popular y el problema de la política, trabajo sobre pobladores en la comuna de Cerro Navia; Bonvillani (2012), Saberes apasionados: horizontes de construcción de conocimiento de las subjetivade(s) política(s), desarrollado con jóvenes de diferentes sectores sociales de Córdoba; González, Aguilera, Carrillo (2012), Investigar subjetividades y formación de sujetos en y con organizaciones y movimientos sociales, producido a partir de conversaciones con integrantes de organizaciones de educación popular y movimientos sociales en Bogotá.

- La subjetivación es aquel “proceso social de constitución de un individuo como sujeto” (PNUD, 2015, p. 59). Si este proceso se realiza a partir de la vinculación con otros, de manera colectiva, se define como subjetivación política.
- La politización de la sociedad tiene efectos en el tipo de “subjetividades individuales” posibles (PNUD, 2015, p. 54), que se consideran como un atributo de los individuos.

Diagrama 1: Politización y sociedad. PNUD (2015)

Espacio público



La distinción entre individuo y sujeto radica en la agencia, un concepto central en el enfoque de Desarrollo Humano que promueve el PNUD, diferenciada como agencia individual en el caso de un individuo que posea la capacidad de moldear sus condiciones de vida; y como agencia colectiva, en el caso que una persona, en conjunto con otras, se oriente a realizar fines individual y socialmente definidos (PNUD, 2015). El PNUD no solo emplea estas categorías para el análisis, sino que se posiciona normativamente al recomendar promover procesos de subjetivación política, orientados a desarrollar agencia colectiva, en tanto incentivan la pertenencia social y otorgan legitimidad a la deliberación en el espacio público.

¿Y qué sería específicamente la subjetividad? En su informe del año 2002, el PNUD la ha definido como “el ámbito donde se van constituyendo los sujetos: emociones, percepciones, motivaciones, representaciones, reflexiones, voluntades” (PNUD, 2002, p. 37), es decir, como el sustrato sobre el cual operan las transformaciones que le permiten al individuo desarrollar su capacidad de agencia. Güell (2002, p.6) entrega un significado similar: “subjetividad es aquella trama de percepciones, aspiraciones, memorias, saberes y sentimientos que nos impulsa y nos da una orientación para actuar en el mundo”, enfatizando su relación con los repertorios de acción disponibles para el individuo. Para Lechner (p. 479) “la subjetividad es el espacio en que se

articula la vivencia cotidiana como elemento propio de la vida en sociedad”, apareciendo una imbricación entre los procesos del mundo social y los individuales. En efecto, Güell comparte que la subjetividad es parte de la cultura, “pero aquella parte que es inseparable de las personas concretas” (2002, p.2) destacándola como irreductible a un epifenómeno de las estructuras sociales de las que forma parte.

Al plantear analíticamente a la subjetividad como parte de la cultura, y a la vez, procesada por una individualidad que no la permite comprender como su expresión mecánica, conviene precisar los vínculos entre los aspectos individuales y colectivos que la configuran. Lechner, en concordancia con su idea de subjetividad asociada a la experiencia cotidiana, sintetiza: “aunque el significado concreto de la vida diaria sea una definición singular (vivencia de un hombre particular), ésta siempre participa de una significación colectiva” (Lechner, 1988, p. 62), descartando lecturas que puedan concebir a un individuo por fuera de las relaciones sociales y, en términos ontológicos, les otorga necesariamente un estatuto socialmente construido. En la misma línea, (Gonzalez Rey, 2012) asume que lo subjetivo es irreductible a lo individual, configurándose como una realidad cultural que resulta disruptiva a la separación entre estructuras sociales e individuos.

Pues bien, la subjetividad, al ser socialmente producida, es parte de una historia de relaciones y estrategias de poder que la configuran. Independientemente del tipo de subjetividad que se considere, ya sea una tradicionalmente asociada a la política, como las de aquellos sujetos asociados colectivamente por algún fin socialmente compartido; u otra que exprese los rasgos arquetípicos del proceso de modernización neoliberal, como la despolitización, la violencia, el consumismo o la apatía; todas son expresiones políticas de la construcción de imaginarios colectivos (Angelcos, 2008). En concordancia con la vaciedad histórica que se asumía anteriormente, la subjetividad “es entendida en sí misma como una operatoria política” (Bonvillani, 2012, p. 193) y será abordada como una categoría “compleja, histórica y cambiante, por tanto, posible de ser transformada” (Martínez & Cubides, 2012, p. 170)

Subjetividad política: una subjetividad de lo político.

La literatura sociológica ha empleado el concepto 'subjetividad política' en diversos contextos y con significados dispares, cargando con la complejidad propia de precisar el ámbito de las relaciones existentes entre individuos y política. Propongo algunos acercamientos que otorgan luces sobre cómo lo entenderé en esta investigación: Rocha (2002, p.3) la define como “el conjunto de cogniciones y emociones cuyos contenidos están referidos al ámbito político (...) y que finalmente se traduce en las variadas expresiones en las que manifiesta su comportamiento” ; Bonvillani (2012, p.84) especifica que: “entendemos la subjetividad política como una configuración de sentidos subjetivos que los sujetos vamos construyendo en las experiencias cotidianas que tramamos con otros en orden a la resolución de todo aquello que implica nuestra vida en común”; Díaz (2005) problematiza: “propongo asumir la

subjetividad política como un proceso constitutivo de la subjetividad en el cual el sujeto reflexiona sobre su condición como integrante de una colectividad y los procesos de corresponsabilidad social que de ello se deriva”

En el caso de Rocha (2002) se realiza un ejercicio aparentemente tautológico al definir la 'subjetividad política' en relación a un 'ámbito político', no obstante, ayuda a hacer aparecer con claridad el problema: en el contexto de una subjetividad constitutivamente política, ¿qué es lo específicamente político de la subjetividad política? La respuesta aparece incipiente en los otros autores mencionados: la referencia a la “resolución de todo aquello que implica nuestra vida en común” (Bonvillani, 2012, p. 84) y al análisis del propio individuo sobre “su condición como integrante de una colectividad y los procesos de corresponsabilidad social” (Díaz , 2005) aluden a la representación del ámbito de los asuntos que los individuos, en tanto pertenecientes a una comunidad, deben problematizar para construir los órdenes que los gobiernan. Rescato de esta discusión la referencia de la subjetividad política a “lo político”, entendido este concepto como la esfera en que la sociedad ejerce sus procesos de autodeterminación (PNUD, 2015). Me alejo, en cambio, del remanente de individualidad que se impregna de contrabando al concepto, pues los principios de constitución de la subjetividad política no son posibles de dilucidar en el sistema psicológico (sistema de sentido también), por más que sea en ellos sobre los cuales los discursos provoquen sus efectos de poder.

Del mismo modo que los modos de hacer, pensar y sentir que definen lo social son externos al individuo (Durkheim, 2001), la interpretación de la subjetividad política no es rastreable en la dimensión individual de la subjetividad. En efecto, la subjetividad política se inscribe en el campo de la discursividad (Laclau & Mouffe, 2015) y los sentidos que la estructuran se fijan según la forma en que los discursos se articulan, es decir, están mediadas por prácticas hegemónicas y, fundamentalmente, por el carácter sobredeterminado de lo social, que solo admite articulaciones parciales, conflictivas y nunca acabadas. Trabajar con el concepto 'subjetividad política' implica, por lo tanto, renunciar a cualquier principio de totalidad subyacente a partir del cual se pretenda fijar el conjunto del campo de las diferencias.

Entonces, la subjetividad política, inscrita en el campo de la discursividad, incorpora a los elementos de sentido no psicológicos de la subjetividad, que se articulan en torno a significantes que fijan sentidos sobre modos específicos de comprender el orden social. Esta subjetividad de lo político está construida pluri-discursivamente, a través de contingencias que fijan y desestabilizan su identidad, y, por lo tanto, la coherencia no es un atributo exigible a priori, al contrario, es elocuente de la imposibilidad de cierre en un sentido último que relacione todos los elementos como parte de una totalidad articulada de diferencias.

Para efectos operacionales, estudiaré la 'subjetividad política' según las representaciones sociales que realice el grupo estudiado sobre la política institucional, y sobre sus procesos de participación político-sociales. La política institucional la definiré según la tradición más extendida en la sociología chilena, que la considera como el campo institucional en el que se cristalizan, en un momento determinado, los antagonismos propios de 'lo político'⁶ (Garretón, 2007; Muñoz, 2011b; PNUD, 2015). Lo político, por su parte, lo entiendo como el campo de autodeterminación de la sociedad (PNUD, 2015) ya mencionado anteriormente.

Subjetividad política y representaciones sociales.

En términos epistemológicos, el estudio de la subjetividad política exige una observación de segundo orden (Luhmann, 2009), pues a través de las distinciones del investigador, situadas históricamente, es que se hace aprehensible la reflexividad -en tanto operación de auto observación colectiva- de los individuos involucrados en el grupo de discusión -la escucha de la escucha en términos de Canales (2014). Es por eso que se hace pertinente una breve revisión del concepto 'representaciones sociales', empleado en esta investigación como guía para acceder al objeto.

Para Moscovici (1979) las representaciones sociales son una elaboración psicológica y social que refieran a imágenes y modelos explicativos que los grupos sociales poseen sobre algún fenómeno de la realidad social. Jodelet profundiza al respecto, situando a las representaciones como una forma de conocimiento que se sitúan en un punto de intersección entre lo psicológico y lo social, destacando la importancia del contexto particular que confiere sentido a la experiencia (Jodelet, 1988). Las representaciones sociales, de este modo, tienen una relación estrecha con la estructura social, pero no a modo de un isomorfismo que reflejaría las condiciones estructurantes, sino que como fenómeno social irreductible a las condiciones sociales e históricas en que se desarrolla su emergencia (Avendaño, Krause, & Winkler, 1993)

Pese a su estatuto simbólico, las representaciones sociales poseen una orientación eminentemente práctica. Es por ello que son configuradas por los sujetos como un conjunto de significados, como “sistemas de referencia que nos permiten interpretar lo que nos sucede, e incluso, dar un sentido a lo inesperado” (Jodelet, 1988, p. 472), teniendo una función clasificadora y explicativa que permite crear y recrear teorías sobre los fenómenos e individuos con los que se relacionan. Se dirigen así hacia “la comunicación, la comprensión y el dominio del entorno social, material e ideal” (Jodelet, 1988, p. 474), cumpliendo un rol significativo análogo al del lenguaje.

⁶ En rigor, el campo institucional en el que se cristalizan los antagonismos de lo político usualmente es denominado “la política”. Yo prefiero trabajar con la idea de “política institucional”, pues me parece que “la política” es un ámbito más amplio, que atañe a otras esferas de lo social, y que emplearla solo para designar su dimensión estatal implica una reducción de la potencia conceptual del significante. La política es también la lucha por significar qué es la política.

En definitiva, la 'subjetividad política' de un colectivo es un efecto de las relaciones de poder históricamente determinadas en una sociedad y brindan, en su comprensión, un acercamiento privilegiado a los procesos macrosociales que constituyen el orden social. Si las investigaciones de los individuos y sus vivencias personales son útiles para entender el cambio social (Lechner, 1988; Martuccelli, 2007), es porque la arquitectura específica que adquieren las subjetividades políticas muestra el alcance, la profundidad y las formas heterogéneas que las transformaciones histórico-sociales desarrollan. Estas representaciones permiten ilustrar el proceso colectivo-conflictivo de transformación del orden que vivimos (PNUD, 2015; Ruiz, 2015) y configuran emergentes fijaciones de sentido a partir de las cuales los sujetos políticos podrán desplegar su novedad histórica.

2.2. Consideraciones teóricas para el estudio de juventudes en Chile: opción por una epistemología de lo juvenil.

La comprensión de los sentidos que estructuran la subjetividad política de los estudiantes secundarios de Melipilla se abordarán desde la epistemología de lo juvenil propuesta por Duarte (2000, 2005). Esto significa avanzar en la profundización de herramientas teóricas y metodológicas que consideren como información relevante para el análisis la comprensión que los propios jóvenes realizan de sus experiencias vitales. Con este propósito es que se exige un “esfuerzo epistemológico de salir a la calle, vincularse con las y los jóvenes, oír sus hablas, mirar sus acciones, sentir sus aromas” (Duarte, 2005, p.178)

En ese sentido es que la aprehensión de las juventudes se vuelve una tarea compleja, en tanto no basta un acercamiento estándar ni en lo teórico, ni en lo metodológico; al contrario, se requieren nuevas estrategias de conocimiento que permitan comprender la singularidad de cada uno de estos mundos juveniles y sus respectivos discursos y prácticas. Por eso es que se propone superar miradas telescópicas, que otorgan miradas fijas y desde la lejanía, para utilizar miradas caleidoscópicas que, desde los mundos juveniles, permitan recoger la riqueza de la pluralidad ya mencionadas (Duarte, 2005). Este tipo de observación, múltiple y diverso, permite una construcción de conceptos en torno al mundo juvenil que no se pretenden totales y universales, sino que dinámicas y flexibles, de tal manera que se acerquen progresivamente a los sujetos de estudio: las y los jóvenes, las juventudes, las expresiones juveniles y sus procesos de juvenilización (Duarte, 2000).

Otra consideración que debe hacerse con respecto al estudio de juventudes es el distanciamiento de miradas que la consideren de manera homogénea, como si se pudiera hablar de un grupo etario con las mismas características, al que se le asignarían valores intrínsecos más allá de los contextos específicos en los que se produce. Aquí se plantea que la juventud no existe como tal y que, al contrario, se advierte “la necesidad de mirar y reconocer a las juventudes como portadoras de

diferencias y singularidades, que construyen su pluralidad y diversidad en distintos espacios sociales” (Duarte, 2005, p.177). Es el reconocimiento de esta heterogeneidad, diversidad y pluralidad el que permite superar las teorizaciones universalistas de lo juvenil, para pasar a hablar de la existencia de las juventudes.

Por ese motivo es que en la investigación me distancio del intento por definir los límites de lo juvenil a partir de un criterio etario, tal como se suele abordar a las/os jóvenes para realizar política pública en Chile (INJUV, 2016) Si bien la edad es un dato que aporta elementos contextuales, el problema surge cuando se quiere definir la juventud como grupo social solo a partir de este elemento de naturaleza biológica. Entonces lo que se cuestiona aquí no es la pertinencia de la edad como elemento del análisis, sino la capacidad explicativa que tendría la edad en sí misma. Como dice Bourdieu: “La edad es un dato biológico socialmente manipulado y manipulable; muestra que el hecho de hablar de los jóvenes como de una unidad social, de un grupo constituido, que posee intereses comunes, y de referir estos intereses a una edad definida biológicamente, constituye en sí una manipulación evidente” (Bourdieu, 2002). Por ello, habría que avanzar desde esta lectura biologicista a una que entienda la juventud como construcción social historizada, como parte de una relación en la que diferentes clases de edad aparecen en disputa.

Finalmente, adhiero a la forma en que Duarte (2005) caracteriza la emergencia del grupo social juventudes en Chile: de manera diferenciada, en tanto su extensión en el cuerpo social ha variado de acuerdo a los contextos político-institucionales; dinámica, porque no surgen como efecto ante determinado hito social y varía según los modos en que los propios jóvenes se activan ante su situación sociopolítica; y sin fin pues las juventudes, sus mundos y sus producciones están en permanente transformación histórica, siendo imposible fijar de manera absoluta comienzos y declives.

Sobre la matriz adultocéntrica

A lo largo del apartado anterior se han expuesto varias ideas que ayudan a pensar y estudiar con mayor precisión las juventudes en las sociedades latinoamericanas. Sin embargo, solo se esbozó un aspecto fundamental en el análisis: la existencia de un sistema de dominación que otorga a las clases de edades adultas la capacidad de conducir la sociedad y sus producciones, a saber, el adultocentrismo (Duarte, 2012)

El adultocentrismo se comprende a partir de una matriz discursiva que tiene la capacidad de ordenar la estructura de la relación entre adultos y las otras clases de edad, naturalizando “lo adulto como lo potente, valioso y con capacidad de decisión y control sobre los demás, situando en el mismo movimiento en condición de inferioridad y subordinación a la niñez, juventud y vejez” (Duarte, 2012: 120). En otras palabras, la matriz da cuenta de una construcción sociocultural en particular, caracterizada por situar a las juventudes –en sus producciones y reproducciones-

“como carentes, peligrosas, e incluso se les invisibiliza sacándolos de las situaciones presentes y los resitúa en el futuro inexistente” (Duarte, 2000) En consecuencia el adultocentrismo otorga estatus y control en la sociedad, situando a los adultos en una posición de privilegio respecto de otros grupos etarios.

Las clases de edad, que el adultocentrismo construye y reproduce, son criterios de clasificación, distintos a los biológicos-etarios, cuya función es asignar expectativas a los individuos pertenecientes a cada grupo. A su vez, estas exigencias están permeada por una permanente conflictividad social permite el dominio de lo adulto por todas las otras clases de edad, en tanto desde estos mundos se definen las los roles a seguir por el resto de los sectores subordinados en la sociedad (menores y adultos mayores). Entonces, esta división de clases “es una variable histórica: no depende de una serie de “naturalezas psicológicas” previas, sino que se construye en el seno de cada grupo social”. (Duarte, 2012, p.102)

En particular, es interesante analizar cómo se intersectan la dominación adultocéntrica y la patriarcal: diversos autores plantean que el patriarcado es un sistema de dominación que se traslapa al adultocentrismo, pues en términos estrictos, el monopolio patriarcal no es ejercido por todos los varones, sino que solo por los designados socialmente como adultos. Esta configuración se puede entender como un “sistema hetarárquico de poder” (Montes y Busso, 2008), en que las posiciones de poder se realizan según un entramado de dominaciones que aparecen como múltiples a los sujetos.

Enfoques teóricos sobre mundos juveniles: preferencia por el enfoque generacional.

A continuación expondré someramente la categorización que desarrolla Duarte (2005) con algunas miradas sociológicas que se han desplegado sobre las juventudes, para contrastarlas con el enfoque generacional de lo juvenil, empleado en esta investigación.

Los enfoques conservadores y adutocéntricos provienen eminentemente de la psicología del desarrollo y de la sociología funcionalista. Un concepto clave es la “moratoria psicosocial”, que problematiza la juventud como un período de adaptación que la sociedad le brindaría a los individuos como preparación para el mundo adulto. Su conservadurismo se expresa al concebir la juventud únicamente como tránsito y a las/os jóvenes se les caracteriza desde la incompletitud, invisibilizándolos al sacarlos del presente y resituarlos en un futuro inexistente (Duarte, 2000)

Los enfoques de construcción cultural asumen las identidades juveniles como un proceso resultante de la interacción de los contextos sociales, políticos y culturales desde los cuáles asumir posiciones para problematizar la condición joven. Si bien con esto se superan los enfoques conservadores, basados en criterios etarios, admite la consideración de perspectivas conservadoras y adultocéntricas, por ejemplo, al

continuar posicionando a los jóvenes en tránsito, subordinados en sus producciones e identidades al mundo adulto.

Los enfoques culturalistas cargan una impronta europea, desarrollándose desde la noción de tribalidad planteada por Michel Maffesoli y han sido traídos al continente a través del énfasis en las producciones culturales propias de los jóvenes. Pese a la creciente masividad de este enfoque en Chile, son cuestionados por tres aspectos: primero, la preminencia del símbolo en sus estudios “que es asumido como uno de los componentes centrales del estilo juvenil, llevando a que, en el análisis, dichas expresiones se vean totalizadas en sí mismas por ese estilo” (Duarte, 2005, p.175), lo que menoscaba las posibles interpretaciones sobre las diversas prácticas juveniles; en segundo lugar, la forma en que las comprensiones sobre lo juvenil son entendidas por fuera de las condiciones de vida reales de estos jóvenes, no considerando la pertenencia a clase, género, raza, etc. , lo que tiene como resultado interpretaciones que no pueden entregar una comprensión más global; y en tercer lugar, la utilización mecanicista de las nociones de tribalidad y tribus urbanas, que empleadas de ese modo, deshistorizan y homogenizan la diversidad juvenil, rompiendo con la continuidad que poseerían los modos de agrupación juvenil con épocas anteriores.

Enfoque generacional desde lo juvenil

Este enfoque, que parte de la consideración de una matriz adultocéntrica y del carácter de socialmente construido de lo juvenil, se caracteriza por plantear una epistemología de lo generacional -fundamento de la epistemología de lo juvenil-, al poner en relación las condiciones de emergencia de individuos, sujetos y sus producciones, con las de otros grupos producidos socio-políticamente, que cohabitan la estructura general de poder de una sociedad históricamente determinada. Así, lo juvenil aparece como una categoría relacional, puesto que las formas concretas que su expresión pueda tomar están atravesadas por disputas e interacciones en que lo generacional tiene una importancia preponderante, en tanto estructura el campo de las luchas.

Al mismo tiempo, es precisamente el carácter generacional de lo juvenil hace que esta producción se vea atravesada por una permanente conflictividad, a través de la interacción de dos procesos: las exigencias y expectativas del mundo adulto hacia los jóvenes, y las resistencias desarrolladas por las juventudes que optan por el desarrollo de construcciones propias, negándose a determinarse en aquellos cánones (Duarte, 2000) Es el resultado de esta tensión el que cristaliza determinados relatos socioculturales que definen los límites que tendrán los mundos juveniles y los adultos, siendo diferentes para cada sociedad y cultura según como se desarrolle el conflicto

El enfoque generacional, de este modo, se realiza como una estrategia de producción de conocimiento que conjuga el respeto e interés por las cotidianidades de las/os jóvenes, sus emociones y sus prácticas; con la historización de las experiencias

juveniles y su referencia a una posición generacional común que significa sus representaciones, en su diversidad, en torno a principios de construcción compartidos.

2.3 Las subjetividades políticas se articulan generacional y territorialmente.

En esta investigación planteo un enfoque que afirma que las subjetividades políticas, definidas en el campo de la discursividad, se construyen a partir de prácticas articuladoras que pugnan por fijar sentidos, a saber, hacer corresponder a elementos discursivos (unidades en la diferencia) como parte de totalidades precarias y contingentes, desestabilizadas por el exceso de significados propio de los sistemas sociales. Estas prácticas se construyen históricamente, bajo un principio generacional; principio que a su vez debe ser comprendido dentro del marco de sentido que otorgan los sistemas territoriales en que las prácticas articuladoras definen sus operaciones. Sobre estos puntos profundizo en este acápite.

Sobre la generación de prácticas articuladoras estructuradas generacionalmente.

Karl Mannheim es una referencia canónica en las investigaciones realizadas desde una perspectiva generacional, siendo fundamental su aporte teórico en destacados trabajos de investigadores nacionales (Baño & Faletto, 1992; Muñoz, 2011, Nieto, 2010). El autor húngaro fundamenta su propuesta de análisis en dos dimensiones: la existencia del “dato biológico” que sostiene a la humanidad en su continuo flujo; y las directrices culturales que provee una situación político-social históricamente determinada. Para Mannheim, la generación es un concepto que surge para nombrar las influencias de una misma unidad histórico-social, fundamentadas en el ritmo dado por la vida y la muerte de los individuos que la componen (Mannheim, 1993). Es esta posibilidad de instalar un criterio de interpretación histórica a partir de la selección de ciertas cohortes de nacimiento un elemento común en la tradición señalada.

De modo análogo, el sociólogo francés Darío Martuccelli (2007) desarrolla una matriz de análisis que permite establecer “una relación sui géneris entre la historia de la sociedad y la biografía del actor” (Martuccelli, 2007, p.30), afirmando la existencia de “modos históricos de individuación”. Estos los entiende como un proceso que determina “el tipo de individuo que fabrica estructuralmente la sociedad en un período” (2007, p.31), poniendo énfasis en el análisis de las épocas de desestabilización en la historia, en tanto en ellas se apreciarían modos emergentes de individuación.

Someteré a las subjetividades políticas a un criterio de comprensión determinado por la introducción de discontinuidades según las modalidades en que, en el campo de la discursividad, se estabilizan o desestabilizan sentidos. Los modos históricos de individuación son traducidos, en esta investigación, como prácticas de articulación estructuradas generacionalmente, caracterizadas por una regularidad en la dispersión

de las operaciones que se orientan a fijar el sobredeterminado flujo de diferencias que define a lo social.

En ese sentido, “la generación” no es entendida como una posición compartida en el ámbito político-social, sino que alude la etimología de la palabra, al referirse un proceso de generación de prácticas articuladoras, estructurado generacionalmente, que produce una regularidad en la dispersión de los elementos discursivos que relaciona. En esto sigo a Laclau y Mouffe (que a su vez siguen lo enunciado por Foucault en la Arqueología del saber (2008)) al plantear la dispersión como criterio de coherencia de las formaciones discursivas, a saber: (Foucault) “hace de la dispersión misma el principio de unidad, en la medida en que esta dispersión está gobernada por reglas de formación, por las complejas condiciones de existencia de los elementos dispersos” (Laclau & Mouffe, 2015, p.143). En este sentido, la perspectiva generacional aquí sostenida no está orientada hacia la construcción de entelequias que sirvan como cierres imaginarios a la ininteligibilidad de lo social, sino que se plantea analizar los mecanismos de formación de discursos, comunes en sus regularidades formativas. En definitiva, definiendo una perspectiva generacional desinteresada por las “generaciones” y, en general, crítica de todas aquellas concepciones que impostan -en disimulo, de costumbre- una concepción de la sociedad como totalidad cerrada, fundante de sus procesos parciales.

Situarse en los períodos de desestabilización brinda réditos explicativos a los estudios con perspectiva generacional. Martuccelli (2007) precisa el interés por el individuo en función de la consideración de algunos grandes cambios históricos, de dar cuenta de los procesos históricos y sociales que lo fabrican; de modo similar a cómo Mannheim acuñó la noción de “revolución socioespirituales”, que “introducen un tempo que acelere la transformación de las disposiciones hasta el punto que ya no sea posible una modificación latente y continua de las formas de la vivencia, del pensamiento y de la configuración” (Mannheim, 1993, p. 229). Ambos autores reconocen la centralidad de aquellos momentos en que el orden sociohistórico ya no es capaz de reproducirse en términos naturalizados y, respectivamente, se observan nuevos modos de individuación, o transformaciones en las posiciones sociohistóricas que vinculan a los nacidos en el mismo período.

Y en cuanto a la dinámica de estas transformaciones, Mannheim era consciente de la tensión entre lo nuevo que no acaba de nacer y lo viejo que no termina de morir “Pero las mutaciones sociales no tienen nunca el carácter de una construcción radicalmente nueva, ni siquiera en los llamados períodos revolucionarios, sino que reúnen lo viejo y lo nuevo en el proceso de transformación” (Mannheim, 2000, p. 6). Llevada esta preocupación al campo de la discursividad en que la subjetividad política se constituye, es clave considerar la preocupación por las crisis hegemónicas, caracterizadas precisamente por la dificultad que se le presenta a un orden lograr evitar el desbordamiento por el exceso de sentido que desborda las estructuras

discursivas que articularon sentidos políticos. El Chile que dejó la transición se describe por la crisis hegemónica del orden impuesto por el pacto de la transición, y en ese sentido, el presente está signado por la disputa de prácticas hegemónicas que apuntan a producir nuevos ordenes sociales, como tensión entre los nuevos y viejos sentidos que se desestabilizan recíprocamente; y a su vez, como disputa de las emergentes prácticas articuladoras que se desestabilizan entre sí.

Sobre la generación de prácticas articuladoras estructuradas generacional y territorialmente.

Mannheim distingue entre posiciones, conexiones y unidades generacionales⁷. Comparten posición generacional quienes nacieron en el mismo ámbito histórico-social y en contemporaneidad biológica. La conexión generacional es más determinante, pues el vínculo ya no es solo “esa mera presencia circunscrita en una determinada unidad histórico-social” (Mannheim, 1993, p.221) característica de las posiciones generacionales comunes, sino una participación en el destino común de esa unidad histórico-social. El autor ejemplifica de manera didáctica:

“¿Acaso hay que contar a los campesinos -que vivían en una región completamente alejada y que, por entonces, apenas, o solo muy escasamente, estaban afectados por las perturbaciones globales- en la misma conexión generacional en la que, en esa misma época, hay que incluir a la juventud de las ciudades? Seguro que no, y tanto más por cuanto aquellos no llegaron a ser directamente captados por las revoluciones sociales y espirituales que impulsaba la juventud ciudadana” (Mannheim, 1993, p.222)

La perspectiva generacional desarrollada por Mannheim precisa comprender la posición de las/os grupos sociales en la estructura social según el modo de involucramiento en el desarrollo histórico, y, en este sentido, el concepto “conexión generacional” permite abordar un tipo de vinculación que es algo más que el compartir una posición (esa mera presencia), sino una vinculación en un sentido fuerte a la unidad histórica social. En el ejemplo, campesinos y jóvenes estarían ubicados en una posición generacional compartida (son parte de la misma unidad histórico-social), pero no en conexión generacional, dada la forma diferenciada en que se vieron influenciados por las revoluciones socioespirituales globales.

Esta diferencia es interesante pues ayuda a deshomogeneizar la forma en que los procesos políticos de alcance nacional afectan la diversidad de territorios existentes en un país e interrogan sobre los límites y formas específicas de estas

⁷ La unidad generacional no es relevante para este análisis. De todos modos, Mannheim plantea que cada conexión generacional puede contener dentro de sí varias “unidades generacionales”, que, sin ser necesariamente un grupo concreto, establecen una “comunidad de destino”. En las unidades existen ciertas “tendencias formativas” e “intenciones vinculantes” incorporadas, que les imprimen “una fuerza de propaganda y de vinculación que opera a distancia”. Por ejemplo, Mannheim describía a la juventud contemporánea -que era romántico conservadora y liberal-racionalista- viviendo en la misma conexión generacional, pero vinculada a dos unidades generacionales distintas.

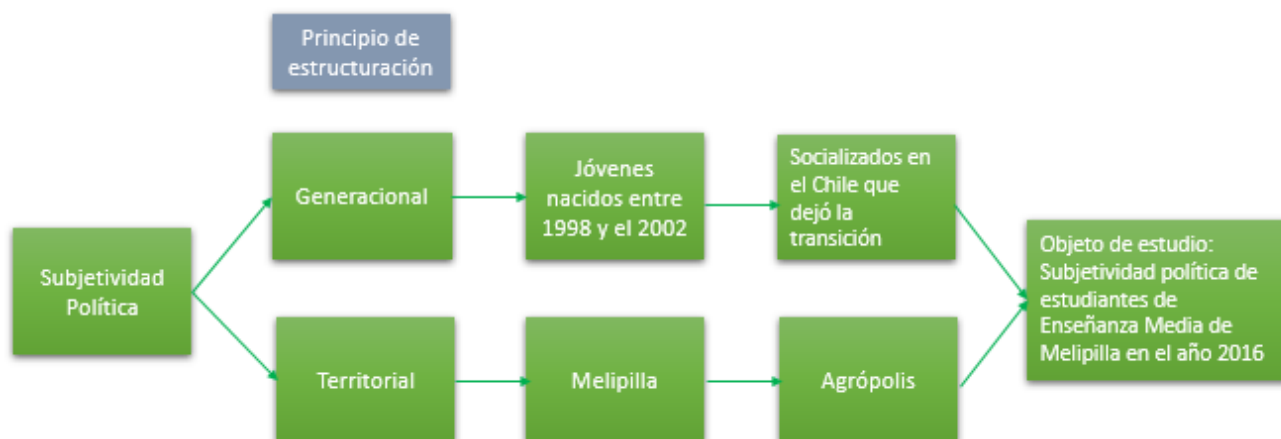
transformaciones. ¿Es posible asumir una misma ubicación en el ámbito socio-histórico quienes fueron parte de una misma “generación”, sin observar sus procesos particulares de socialización? En cuanto a la investigación que desarrollo es legítimo preguntarse: ¿según qué criterios la subjetividad política de las/os estudiantes secundarios de Melipilla es comparable a la de otros jóvenes nacidos en el mismo período, por ejemplo, a la de las/os que cursan la enseñanza media en colegios y liceos de Santiago Centro?

La forma en que me acerco conceptualmente a la idea de “territorio” permite iluminar con nuevas frecuencias la observación generacional. El territorio no lo asumo como un espacio físico objetivamente existente, sino que como un campo de relaciones sociales con una historia e identidad en común (Schejtman & Berdegué, 2004). La subjetividad política, por lo tanto, no solo se estructura generacionalmente, sino que también en referencia a territorios que fijan las formas de circulación y actualización de los discursos. Por lo tanto, las transformaciones sociopolíticas que afectan a la sociedad chilena (y a las sociedades latinoamericanas en general) exigen una lectura diferenciada de acuerdo a las características de cada uno, siendo particularmente relevante la consideración de las estrategias de poder que han articulado históricamente el tipo de dominación social hegemónico en ellos.

Para el caso chileno, una hipótesis atendible es la diferenciación de los territorios de grandes centros urbanos metropolitanos, y aquellos de ascendencia rural en los que las relaciones económicas de producción se organizan preponderantemente en torno a la actividad piscisilvoagropecuaria (PNUD, 2008), configurando “agrópolis” distribuidas mayoritariamente a lo largo del valle central (A. Canales & Canales, 2013). Si bien el campo ha experimentado una vertiginosa modernización que ha cambiado su representación autárquica y lo ha conectado al circuito global del capital, la matriz cultural hacendal es de una historicidad tal que vale la pena, al menos, dudar de la posibilidad de que la crisis de la hegemonía de la transición esté afectando de un modo nacionalmente homogéneo a la producción de subjetividades políticas emergentes en el nuevo ciclo sociopolítico.

Resumo la discusión acerca del principio de construcción generacional y territorial de la subjetividad política mediante el siguiente esquema, diseñado de acuerdo a las decisiones tomadas en la construcción del objeto de investigación.

Esquema 1. Principios de construcción de subjetividad política: Generacional y Territorial



Capítulo III. Análisis: Una propuesta de interpretación de los sentidos presentes en la conversación las y los jóvenes que cursaban la Enseñanza Media en los colegios de la comuna de Melipilla el año 2016.

En este capítulo escribí de las conversaciones que escuché y luego oí otra vez y luego escribí y luego leí y luego clasifiqué y luego volví a leer. Aunque el metatexto y el desarrollo de categorías inductivas para clasificar las citas fue de gran ayuda, siempre volví a los grupos. Volver a leer me permitía regresar a la escucha de los grupos, ver caras, vibrar con los timbres, sentir rabias e incomodidades, volver a estar con las/os jóvenes sorprendidas/os por el descubrimiento del goce de hacer la palabra colectiva. Todo eso que se escapa a una cita descontextualizada.

Siguiendo la operacionalización, divido este capítulo en dos: la interpretación sobre las representaciones de la política institucional y el análisis de las representaciones de los procesos de participación social, los que viven ellos y de los que la sociedad ha experimentado. La nomenclatura que usé para identificar las citas es señalar nombre del hablante, curso y tipo de colegio. A menos que se señale, son científico humanistas y urbanos (es decir, solo explicitaré estas dimensiones cuando sea un grupo técnico-profesional o rural)

3.1 Sentidos presentes en la conversación sobre la política institucional

*Y los de arriba siguen
Y los de abajo siguen
Y nadie tiene ganas de ver un final
Si los de abajo creen
Lo que de arriba dicen
¿En quién voy a confiar?
Quizá al final me dé igual*
Jorge González – Por qué los ricos (1984)

La democracia es buena, en teoría.

La conversación sobre la democracia se organiza en torno al reconocimiento del principio de soberanía popular como su eje estructurante. La/os estudiantes hablan

del “pueblo” refiriéndose al aquel sujeto colectivo que da sentido y legitimidad al régimen político, sin asociarlo necesariamente al campo de la izquierda, tal como su tradición histórica indica.

No obstante, para la realización de la democracia es condición necesaria que sea el pueblo el sujeto que gobierne según sus intereses –es el gobierno del pueblo. La cuestión sobre el poder, en este caso, referida a la conducción general de la sociedad, atraviesa la conversación y traza una frontera en cuanto a qué sería y qué no sería “la democracia”. En ese sentido, se articula una definición sustantiva de la democracia, que rebasa los elementos formales que releva la tradición liberal para evaluarla -garantía de libertades individuales, separación de poderes, respeto al Estado de derecho- y la fija normativamente en relación a un pueblo soberano, al que pertenecen todos/as los/as integrantes de la sociedad.

“La utilidad debería ser escuchar la voz del pueblo y pensar para el pueblo, con el pueblo y para el pueblo” (Claudio, 4° medio, liceo municipal rural C.H.).

“O sea la democracia, es la participación más que nada, se basa principalmente en la participación del pueblo, es el gobierno del pueblo, según la palabra” (Valentina, 3° medio, colegio particular subvencionado).

“La democracia es poder del pueblo, para el pueblo y por el pueblo, por lo que yo tengo entendido, un poder que tenemos como ciudadanos, personas.” (Karina, 4° medio, colegio particular subvencionado).⁸

Esta dimensión de la democracia asociada al poder, al “gobierno” (del pueblo), es complementada por una enunciación que muestra preocupación por el modo en que se viven las relaciones sociales de las que los/as mismos/as jóvenes son parte cotidianamente.

“Yo creo que están viendo solo la democracia como un sistema político, y la democracia no es solo eso, es un estilo de vida porque democracia es participar, es vivir algo, no solo ir a votar o verlo como desde una perspectiva política, por ejemplo, yo encuentro que la democracia es estar aquí, participando, dando nuestros puntos de vista” (María Fernanda, 4° medio, colegio particular subvencionado).

La democracia, según esta sensibilidad, trasciende a las configuraciones que pueda poseer el régimen político, en tanto sistema externo y cristalizado en instituciones (*no creo que lo político se reduzca a eso*). No es solo una entelequia cuyos efectos se perciben desde la pasividad, sino una experiencia que se corporaliza, que se vive, que es susceptible de ser prefigurada desde las relaciones sostenidas con los/as otros/as. Resulta interesante cómo la estudiante caracteriza la experiencia del grupo de discusión -democracia es estar aquí, participando-, a saber, una perspectiva que exige actividad por parte de los individuos con el objetivo de construir un espacio de

⁸ Algunos nombres fueron cambiados para resguardar la privacidad de las/os estudiantes.

relaciones de reconocimiento, normativamente deseable para la totalidad de la sociedad.

Esta doble significación de la democracia -como régimen político y cómo vivencia concreta- aparece atravesada por su constitutiva conflictividad, que no es conceptualizada como un atributo positivo en tanto garantizaría la pluralidad, sino que dificultaría su realización práctica y levanta suspicacias sobre las garantías que brindan sus valores para organizar la vida social. La conversación transcurre de la siguiente manera: se desarrolla un acuerdo en torno a las dificultades de representar una gran cantidad de personas e intereses -desde instancias como el Centro de Estudiantes hasta las elecciones nacionales-, se asume la naturaleza inherentemente conflictiva de la democracia y luego se piensan en las dificultades de una política democrática, que sea capaz de procesar todas estas diferencias. Es aquí donde queda expuesta, como fractura histórica, la significación del conflicto como una dimensión problemática, y aparece como corolario latente, la representación imaginada de una democracia despoltizada, de un espacio de reconocimiento intersubjetivo vaciado de conflictos.

“Yo creo que igual es difícil, porque ¿cuántos habitantes somos en Chile? ¿17 millones? Yo creo que un gobierno o un grupo de personas que pueda representar a todos los habitantes. Es difícil, es muy difícil” (Matilda, 2° medio, grupo de integrantes de organizaciones)

“Igual tiene como su lado malo, porque por mucho que sirva la política crea pelea entre la población, crea roces en la población según la ideología e igual no es la idea, porque obviamente las diferencias van a estar siempre, pero con la política se acentúan aún más” (Belén, 3° medio, colegio particular subvencionado)

“Al final la democracia es algo que nos hace pelear a todos porque se toman decisiones y a no todos nos gustan” (Luis, 4° medio, liceo municipal, técnico profesional)

Pese a los matices e interrogantes, la democracia, entendida como régimen político, es catalogada como un buen sistema, sin mencionarse referencias autoritarias, o de cuestionamiento reaccionario al repertorio de valores y prácticas que la conforman. Esto a pesar del diagnóstico del sistema político nacional, sobre el que el habla grupal deja manifiesta una profunda disconformidad que permea transversalmente a las conversaciones.

“Yo creo que es un buen sistema que simplemente no se ha podido llevar a cabo de una buena forma” (Yamsi, 3° medio, liceo municipal, rural).

“O sea, la democracia está bien, pero lo que está mal ahora son las personas que están liderando” (Joaquín, 3° medio, colegio particular).

Es decir, el significante “democracia” juega en una permanente ambivalencia, siendo simultáneamente un buen sistema en términos ideales y un mal sistema en términos prácticos. Sería interesante estudiar, en perspectiva histórica, cómo el deterioro

efectivo de la evaluación sobre la representación sobre el régimen democrático hace mella a su conceptualización como marco político-normativo deseable. En el año 2016 los/as jóvenes melipillana/os, en teoría, valoraban la democracia.

En la práctica: ¿Podríamos decir que hay democracia?

La crítica al principio de representatividad es reiterativa y transita en el habla grupal de varias formas. Si con anterioridad se expuso en términos de principios, ahora la conversación se refiere específicamente al régimen democrático nacional y al sufragio universal como mecanismo de elección de autoridades políticas que lo constituyen.

La baja participación electoral es percibida por los/as jóvenes como un problema que mella la legitimidad del sistema democrático en Chile, en tanto queda en entredicho la validez del principio de soberanía popular. La referencia a la figura del presidente en esta conversación no es casual, pues ayuda a ilustrar la magnitud de la grieta: su rol, de máximo representante y líder de la comunidad nacional, queda puesto en duda en tanto aquel estatuto solo le corresponde por representar al pueblo. Si la participación es baja, cualquier representación es espuria.

“Yo me estaba acordando que nuestra presidenta fue seleccionada como por el 25% de nuestra población, entonces ella ya no representa a la mayoría del país, entonces no podríamos decir que es una democracia porque el poder del país no está en el pueblo.” (Javiera, 2°medio. colegio particular subvencionado).

“Yo encuentro que la democracia, en este país, en Chile, no hay democracia, no existe la democracia en este país, porque si te pones a pensar, vamos a poner el ejemplo de cuando se eligen los presidentes, de 13 millones de personas que hay, ¿cuántos votan? 5 millones de personas. Y de esos, menos de la mitad eligen al presidente. Entonces eso jamás va a ser democracia, que vote menos de la mitad” (Nicolás, 3°medio. colegio particular subvencionado)

“Yo creo que sí hay representatividad, pero los representa solamente a ellos, que es un mínimo de la población” (Matilda, 2°medio, grupo de integrantes de organizaciones)

La distancia entre la política institucional y la ciudadanía, expresada en la baja participación electoral de la/os jóvenes, tiene como deriva lógica en su razonamiento la imposibilidad designar como democracia al régimen político nacional al no cumplir el principio estructurante de soberanía popular. Más aún, una perspicaz joven plantea: “el poder del país no está en el pueblo”, indicando una autonomización de ambas esferas, y señalando, a partir de una comprensión sustancialista del poder, su apropiación ilegítima por parte de otros actores (¿si el poder no está en el pueblo, dónde está?)

Una democracia de nombre.

Otra crítica que recibe el principio de representatividad se enuncia como una demanda de participación. La conversación sobre el alejamiento de la ciudadanía de la institucionalidad tuvo como consenso, a nivel cognitivo, el reconocimiento de los

estrechos marcos de deliberación que brinda la política institucional y, consecuentemente, la aceptación normativa sobre la inconformidad con ellos.

“... no vamos a preguntar a cada rato qué medidas vamos a hacer, pero por ejemplo, en las decisiones importantes es vital que estén ahí porque cualquier cambio que se haga a nivel país nos va a afectar a todos: ricos, pobres, presidentes, el caballero que barre la plaza, a todos nos va a afectar. Entonces yo creo que para ese tipo de decisiones debería haber mayor participación, mayor oportunidad, a lo mejor sin tanta burocracia, sino que se consulte a la gente” (Nicolás, 4° medio, colegio particular).

“La democracia en Chile no me termina de gustar, o sea, una democracia de nombre más que nada, que se enfoca solamente en un voto, prácticamente después de eso no hay democracia” (Simón, 3° medio, colegio particular subvencionado).

Las soluciones vislumbradas por los/as estudiantes son diversas, desde la exigencia de democracia directa, sin mediaciones, hasta representaciones institucionales, como la petición de consulta y plebiscitos frente a los asuntos que atañan transversalmente a la sociedad. En cualquiera de los casos, el voto, mecanismo de participación por excelencia de las democracias liberales, es sometido a juicio por su insuficiencia, al no abrir posibilidades de los cambios realmente necesarios para el país. Así se genera una democracia de nombre, como resultado de una operación política que vació de significado al significante; una cáscara de representación sostenida sobre un pueblo sin poder, sin capacidad efectiva de transformar su destino.

En perspectiva generacional, es elocuente el agotamiento del relato concertacionista que forzaba una equivalencia entre la democracia y la participación electoral. La recuperación de las elecciones libres tras el pasado dictatorial trajo como una de sus consecuencias la sobrevaloración del ejercicio del voto en detrimento de otras formas de participación ciudadana y traía asociada un juicio moral del mundo adulto hacia los/as jóvenes que no estaban asistiendo a los comicios⁹. La crítica de los/as estudiantes melipillanos/as revela su actualidad histórica como producción subjetivada de un régimen político que, bajo la égida neoliberal y la colonización del mundo económico por sobre el político, se empleó principalmente para administrar el Estado, sin permitir la pregunta democrática acerca de los fines que como sociedad debíamos alcanzar.

¿No hay más que obediencia en la política? Política y policía

¿Y para qué sirve la política, entonces? Parece ser esta la pregunta que ahora organiza la conversación, enunciada desde el desengaño que trae reconocer las limitaciones del sistema democrático actual.

⁹ A modo de ejemplo sugiero revisar la siguiente entrevista a Patricia Rivadeneira, representante “del mundo de la cultura” concertacionista. “La concertación dio batallas más cototas que las que están dando estos pendejos” <https://www.theclinic.cl/2014/04/11/patricia-rivadeneira-actriz-la-concertacion-dio-batallas-mas-cototas-que-las-que-estan-dando-estos-pendejos-ahora/>

“Yo creo que el rol que cumple la política aquí es para mantener un orden, porque siempre va a haber un gobernante, ya sea de cualquier cosa, siempre tiene que haber alguien, para agradecerle o echarle la culpa. Si lo hizo bien o lo hizo mal va a ser el presidente igual” (Rafael, 2°medio, liceo municipal).

“Solo ellos saben lo que proponen, al fin y al cabo, nosotros recibimos órdenes no más, uno obedece no más, ellos saben lo que es bueno, uno obedece no más” (Mónica, 4°medio, liceo municipal)

La política acá aparece reducida a su dimensión instituida, como un mecanismo cuya función es reproducir un orden, a saber, aquella estructura de poder que fija las posiciones de cada uno de los actores que la conforman. La representación muestra similitud -en tanto esquemas de representación de la realidad- la forma en que Rancière conceptualiza el orden policial, cuya lógica convierte las técnicas y posiciones de gobierno en leyes naturales del orden social, en que existen sujetos destinados a mandar y otros a obedecer, unos destinados a hablar y ser escuchados, y otros a callar y no aparecer (Rancière, 2006). Este orden es eterno -siempre tiene que haber alguien-, y en tanto eterno (opuesto a lo contingente), niega su carácter conflictivo y nunca acabado como frasea Lechner (1984) en su clásico título. Un orden estático, reificado, y por lo tanto, ahistórico, niega la potencialidad agencial de los individuos que la componen, en tanto su capacidad para incidir en la realidad queda impotente. Desde la resignación, un integrante del grupo toma la palabra por la comunidad y expresa: nosotros recibimos órdenes no más, uno obedece no más, ellos saben lo que es bueno, uno obedece no más. Me quiero detener en el sentido que conduce esta frase:

1) El par nosotros/ellos señala una oposición entre los políticos, cuyo atributo es la posibilidad de dar órdenes, y un nosotros, constituido desde la obediencia, como quienes se reconocen en el ser mandados. Es un nosotros pasivo, que no se constituye como agente, es una categoría antes que un sujeto. No obstante, se deslegitima esta estructura representacional a través de un solo ellos saben lo que proponen, una expresión que denota ininteligibilidad, dando cuenta de una racionalidad que no tiene sentido en quienes obedecen. El poder no tiene otra justificación más que el poder.

2) La reiteración del uno obedece no más, en la conciencia del estudiante -siguiendo a Canales (2016), el habla del sujeto con el grupo-, es una huella de un discurso cerrado, monolítico, que no es capaz de ser enunciado desde otra posición. El obedecer no más, esconde un obedecer (y) nada más, es decir, la política se interioriza como el campo de la obediencia, de la sumisión, contrario al de la afirmación agencial.

Los otros: los políticos, los ricos.

El sistema político, orientado hacia la mantención del orden, no solamente se representa como reproduciendo una relación de poder asimétrica entre quienes

tienen el poder -los políticos-, y quienes no (el nosotros que obedece). Los/as jóvenes plantean, además, que son los intereses económicos los que atraviesan y dan sentido a esta estructura desigual.

“Al fin y al cabo todos están yéndose hacia una idea, mantener el control, generalmente es de la gente que tiene alta riqueza... mantener entre el mismo sector el control de Chile, como casi siempre ha estado en la historia” (Tomás, 3º medio, colegio particular).

“Ma: Yo creo que sí hay representatividad, pero los representa solamente a ellos, que es un mínimo de la población

M: ¿Quiénes son ellos?

Ma: Los ricos

A: Los que hacen las campañas, los que las financian.” (Conversación en el grupo integrado por participantes de organizaciones)

La discusión vuelve al conflicto sobre la representatividad, a través de una imagen más precisa: sí existe representatividad, pero es excluyente, es la representatividad que beneficia a los ricos, a la gente que tiene alta riqueza. El discurso ahora incorpora una comprensión de la sociedad que involucra a sectores sociales activos que se organizan para perpetuar su posición. Al decir todos están yéndose hacia una idea, el hablante refiere a cómo el objetivo de mantenerse en el poder unifica a políticos y ricos.

En efecto, a lo largo de la conversación los/as jóvenes construyen una frontera discursiva que delimita a un “nosotros” de un “ellos”. La referencia, en términos de actoría social, es bastante más concreta en el caso del “ellos”, indicando a quienes ostentan posiciones de poder en el campo político y en el económico, a saber, los políticos, los ricos, bajo el conocimiento práctico de un maridaje entre los protagonistas de ambas esferas. Una forma de ejemplificarlo es la exclusión de ciertas imágenes del sentido común, como la de un empresario que no ostente poder, o la de un político que sea pobre: son tan inverosímiles que no pertenecen al orden de lo real, de lo posible, de lo que puede ser dicho. Es por eso que la imprecisión con la que son nombrados señala, al contrario, la agudeza de quien comprende la lógica de la sociedad que habita: al final del día y más allá de sus roles formales, empresarios y políticos son parte de la misma otredad que estructura la sociedad para su propio beneficio.

Esta desigualdad entre poderosos y el resto de la población (nombrada de manera diversa y ambigua como pueblo, o clase media y clase baja, o ciudadanía) se significa como constitutiva de la nación: casi siempre ha estado en la historia, donde el casi está marcado por la interrupción en la trama de dominación efectuado por el gobierno popular de Salvador Allende.

“Puede llegar a haber un cambio, pero como siempre, va a haber mayoría o gente con más plata para derrocarlos, como pasó con Allende, lo de Allende puede volver a pasar

en cualquier momento. El pueblo puede llegar a tener una oportunidad, pero los de arriba van a estar en contra” (Grupo de integrantes de organizaciones)

En ese momento los ricos vieron tambalearse su seguridad en la trama de dominación y ya no fue el mismo sector de Chile, sino otro, el pueblo, los trabajadores, quienes pusieron un paréntesis en la historia de dominación de los ricos. Más allá de las posiciones de las/os jóvenes con respecto al golpe de estado -escuché defensores y detractores-, lo importante es que en cualquiera de ellos se admite que fue un momento de interrupción de la tradición histórica, de la forma en que la sociedad chilena ha organizado el poder.

La lectura actualizada del conflicto histórico queda manifiesta en la constatación de los mecanismos a partir de los cuales políticos y los empresarios fundan su entramado de exclusión. Son los ricos quienes se encargan de incidir en el sistema político a través de las campañas, del financiamiento de los políticos y partidos. La/os estudiantes realizan una asociación entre clase política y clase social, en donde se entiende que, en última instancia, la política y su nula capacidad de transformar el país son un efecto de un sistema diseñado para defender la posición histórica de las clases económicas dominantes, y no para representar al pueblo en su diversidad de expresiones.

Finalmente cabe destacar el modo en que mayoritariamente los/as jóvenes se refieren a aquellos sujetos que se ubican en una posición de privilegio en el campo económico. En general, son los ricos y no los empresarios, o la burguesía, quienes son parte de esta otredad en el poder. No obstante, esta reducción del conflicto de clases sociales a un supuesto asunto de ingresos (los pobres/los ricos) no logra vaciar de política la contradicción, pues los estudiantes entienden que no son solo personas que tienen dinero, sino que los representan incidiendo activamente en el rumbo general de la sociedad, en particular de la política. En este sentido, los casos de corrupción, a nivel de imaginario, ayudan a hacer explícitos los vínculos entre economía y política, causando una politización del debate, al desnaturalizar las desigualdades socialmente (re)producidas por políticos y ricos.

Una política sin sociedad

Otra característica del régimen político, según lo representan los/as jóvenes estudiantes secundarios/as de la comuna de Melipilla es el ensimismamiento del sistema, expresado en que los representantes se muestran sensibles solo a sus propios intereses. El habla circula como crítica moral, oponiendo los políticos a la sociedad, a la gente.

“Está mala, está muy mala, no sé, en realidad las decisiones que toman, todo lo que están haciendo para ellos está bien, pero para la gente, para el país no está bien, entonces está mal” (Lucía, 3ero medio, liceo municipal, técnico-profesional y rural)

“Están más preocupados de la política que de la sociedad. Los que mandan en política y no de la gente, la gente que le falta... no es como de la comunidad... la estafa, ellos mismos, los políticos” (Diego, 2do medio, colegio particular subvencionado, técnico profesional).

En este par de citas expresa, en un nivel subjetivo, uno de los efectos sociales más determinantes de la transición: la profunda escisión entre lo político y lo social (Ruiz 2012, PNUD 2002). En la frase están más preocupados de la política que de la sociedad se ubica a política y sociedad como dos conjuntos separados, sin intersección, en que la preocupación por una implica el abandono de la otra. En un nivel representacional se constata la existencia de una política sin sociedad, autocontenida, ajustada al proceso de profundización neoliberal efectuado desde el inicio de los gobiernos de la Concertación (Ruiz, 2015).

Si bien se plantea la distancia radical entre política y sociedad, los jóvenes entienden -y demandan- un deber ser de la política orientado hacia las necesidades e intereses de ese nosotros del que ellos son parte. Agudizando la observación, es sintomático de la profundidad de la fractura histórica que sean el país y la comunidad las categorías opuestas a los políticos, es decir, los representantes democráticamente elegidos no son capaces de obtener el reconocimiento de la sociedad que les da fundamento y legitimidad. Su mención como actores fuera de la frontera habla del ejercicio del castigo más severo, pues la moral del grupo fue dañada de una manera que solo puede ser reparada a partir de la expulsión, al no reconocerlos más como integrantes de ella.

Este fenómeno es particularmente problemático para la sociedad chilena. Una comunidad que no es capaz de reconocer a sus políticos y partidos como parte de ella, y de otorgar sentido a la conflictividad que procesa la política institucionalizada, amputa sus posibilidades de construir proyectos políticos democráticos que apunten al mejoramiento o transformación del país. Llevada la representación al extremo, se escucha en crisis la tradición política moderna, en tanto el pueblo ya no se expresa en el Estado, espacio de representación, por excelencia, de la voluntad general; ni tampoco se orienta a hacerse cargo su destino. La desestimación de la necesidad de un sujeto histórico, el pueblo -o cualquier nosotros agencial-, es un efecto que debe ser interpretado a la luz de la política neoliberal de la transición, que portando como horizonte “la utopía elitaria de fundar una política sin sociedad” (Ruiz, 2015), ha provocado la naturalización de la conflictividad a tal punto que cualquier tipo de construcción de actoría social que intervenga en la política provoca indiferencia: ¿si no cambia nada, para qué?

Homogeneización de los partidos políticos: una política ficción.

Es momento de profundizar acerca de las organizaciones que se conforman para disputar la conducción del Estado y sus instituciones: los partidos políticos. Si el consenso moral sobre el sistema político es su mal funcionamiento, a nivel cognitivo

el discurso del grupo diagnóstica una homogeneización de los partidos, pese al reconocimiento de diferencias histórico-políticas entre ellos.

“Son casi todos iguales, porque todos proponen las mismas cosas y ninguno hace los cambios. Entonces todos los partidos son lo mismo” (Anaís, 3er medio, liceo municipal).

La estudiante, en este caso, efectúa una evaluación desde una perspectiva pragmática: pese a reconocer que existen de manera plural, al menos en lo formal, sabe que no cambian nada. Y las conclusiones son concordantes con lo ya interpretado: si ninguno (de los partidos) hace los cambios, la política tampoco es el ámbito desde donde se hacen los cambios. Si todos los partidos son lo mismo, entonces la política da lo mismo, se constata su existencia solo como ficción. No obstante, en su primera frase enuncia que existirían otros, minoritarios, que no son enmarcables en la política ficción. Indagaré en esta diferencia en acápites posteriores.

Otra de las características que agrupa a los partidos como grupo cohesionado por los mismos valores es su relación con el poder. El discurso de los/as estudiantes apunta a los partidos y a los políticos como concebidos para disputar el poder, calificando de manera negativa esta racionalidad.

“Es que a lo mejor lo que atrae ahora a los políticos es el poder, no la vocación de ayudar al pueblo” (Andrea, 3er medio, colegio particular subvencionado).

“Yo creo que va en la elección del poder... esa es la causa del por qué los partidos están casi iguales, como decía Rai, izquierda y derecha., por eso se produce como una homogeneización de los partidos, en busca de poder” (Nicolás, 4er medio, colegio particular).

Los partidos políticos existen para disputar posiciones de poder en el Estado, a través de la confrontación de sus proyectos de buen ordenamiento social, por lo que su existencia y legitimidad es requisito de cualquier régimen democrático, de ahí que sea problemático que la crítica se oriente hacia una de sus dimensiones constitutivas. La primera cita aquí transcrita ayuda a esclarecer esta tensión, puesto que en ella se aprecia en oposición dos horizontes: la búsqueda del poder (*lo que atrae ahora es el poder*) y la vocación de ayudar al pueblo. Nuevamente, la política se representa como esfera autonomizada, con intereses propios, que perdió su sentido original, la ayuda al pueblo (que no la interpreto como una ayuda asistencial, sino como el leit motiv de la política institucional). En la segunda cita, más que como una aproximación hipotética, el poder se ubica en el centro de las causas de la homogeneización de la política pues, en efecto, si es que la política no es capaz de alojar conflictivamente proyectos en disputa, queda reducida a una simple competencia por el botín estatal. Es interesante que, nuevamente, el habla grupal muestra una notable perspicacia para replegarse ante el discurso oficial que invita vaciamente a validar la política y en cambio, entrega un análisis sencillo, pero lapidario: si todos los partidos (solo) quieren poder, todos los partidos son iguales.

La corrupción de los políticos y partidos es otro de los tópicos que genera abundante conversación. El discurso habla sobre ambos bandos (izquierda/derecha) cuyas diferencias dejan de ser reales en tanto la corrupción los funde en el mismo bando.

“Que ambos bandos ya están, han tenido casos de corrupción, entonces ya es como algo global” (Bastián, 3°medio, colegio particular subvencionado).

“No podis confiar en una persona que viste que una empresa le pagó millones y que está votando a favor de la empresa en vez de representar a uno, y pasó con políticos de izquierda, de derecha, entonces eso provocó una desconfianza por parte de la gente y como que generaliza de que todos los políticos son malos y que todos los partidos políticos también son malos” (Simón, 3°medio, colegio particular subvencionado)

“Es que han salido de izquierda y derecha, de las dos partes han hecho corrupción,” (Rai, 3°medio, colegio particular subvencionado)

Se conceptualiza a la corrupción como una relación ilegal entre empresarios y partidos, que implica un sometimiento de los segundos a la voluntad de los primeros (quienes pagan), sacrificando en esta transacción la representación del pueblo. Es decir, en el discurso los partidos se señalan como una mercancía, en tanto son transables en el mercado al mejor postor.

La corrupción existe entonces en tres planos: cognitivamente, como consenso de la transversalidad de la práctica entre los partidos; en un plano moral también como acuerdo: la corrupción permite la generalización de que todos los políticos son malos y que todos los partidos políticos son también malos; y además “se vive”: la frase no podís confiar deja expuesta a la crisis de legitimidad del sistema político como un asunto práctico, no hay relación posible de ser sostenida si es que no existe confianza entre los actores. Según las conversaciones producidas en el año 2016, se aprecia que este mínimo marco normativo-práctico no es evidente y su recomposición conmina a un debate sobre el lugar y profundidad que tiene la crisis de legitimidad de la política en la sociedad chilena.

No son lo mismo, pero son para lo mismo: izquierda y derecha en el Chile que dejó la transición.

Ahora bien, si bien el consenso en términos prácticos establece que los partidos, en última instancia, son lo mismo (porque son para lo mismo), en la lengua del grupo, en tanto sistema de oposiciones y valoraciones, se efectúan distinciones que no permiten establecer equivalencias totales entre los distintos partidos.

Hablar de un proceso de homogeneización en la representación social sobre los partidos políticos -como efecto del vaciamiento de conflictividad en la política institucional-, refiere a una operación de desdibujamiento de las fronteras que alguna vez estructuraron en oposición a los actores políticos dentro del eje izquierda-derecha. Si los partidos están (ahora) casi iguales es porque existe en el habla una reminiscencia de un pasado diverso (antes), en que la política alojaba proyectos en

conflictividad histórica, que involucraban al pueblo como sujeto. La izquierda y la derecha son las posiciones que en la conciencia grupal van perdiendo sentido en su capacidad de explicar el Chile que dejó la transición, pero que persisten como relato mítico de una política sobre la que hay dudas de su vigencia en los términos tradicionales.

Ese peso de dictadura sigue pesando.

El clivaje pinochetista sigue teniendo fuerza para trazar fronteras -dentro las representaciones sociales sobre la política institucional- que estructuran las principales oposiciones entre actores sociales y partidos. El golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973 y la salida de la dictadura, marcada por el enfrentamiento electoral entre las fuerzas pinochetistas y antipinochetistas (agrupadas en las campañas del “Sí” y el “No”, respectivamente) fueron determinantes para la estructuración de alianzas y coaliciones que se han desplegado hasta la actualidad, así como también para las representaciones sobre la izquierda y la derecha que aún cuentan con vigencia en la memoria de los/as jóvenes melipillanas/os.

“Yo creo que eso quedó marcado desde el tiempo de dictadura, la gente todavía como ese peso de dictadura, siguen con: “ah, este es de izquierda, este es de derecha, este es comunista, este es facho” Todavía no se saca ese peso que quedó desde ahí... y hasta en nuestras generaciones los vemos, si uno dice: “ah, a mí me gusta la historia y quiero estudiar no sé, trabajo social o sociología”, te dicen: “este es comunista”, ¡al tiro!, te catalogan al tiro como comunista y lo ven como si fuera algo malo” (Valentina, 4°medio, colegio particular)

“Yo creo que siguen igual de contrastados hoy en día. Hace 40 años con lo del golpe y todo eso, el país se dividió y hasta hoy en día se nota eso. Derecha e izquierda son cosas muy distintas, pero dentro de ellos los partidos son muy similares, no se notan las diferencias ideológicas, pero encuentro que sí son distintos” (Belén, 3°medio, colegio particular subvencionado)

La dictadura es significada por las/os estudiantes como una fractura estructurante, como un hito que marca una división fundante en la política institucional que persiste hasta la actualidad, tanto en los actores que la constituyen, como en la forma en que las personas organizan sus referencias clasificatorias sobre la geografía política nacional. La frase la gente todavía tiene como ese peso de dictadura significa ese pasado originario como un lastre, un peso a ser dejado atrás y que interfiere en la novedad histórica que las nuevas generaciones podrían desplegar a través de su propio desenvolvimiento agencial. La pregunta que parece aparecer subrepticamente es: “¿hasta cuándo con la vieja historia?”, una demanda por historicidad desde un discurso que, como se mostró anteriormente, expresa que la política está vaciada de conflictividad (y de sentido). Es elocuente que el par facho/comunista, adjetivos con que izquierdistas y derechistas denostaban a su adversario, respectivamente, suenen

como peso muerto, de otro tiempo, faltos de la porosidad necesaria para adherirse como ataque a un otro real.

El quiebre dictatorial es también el hito que da origen a un relato mítico en que el país queda fracturado en dos, hasta la actualidad. Cuando Belén plantea siguen igual de contrastados hoy en día, el igual es posible interpretarlo a partir de la forma que ha tomado el contraste hasta la fecha, a saber, pinochetistas y antipinochetistas son categorías que siguen permitiendo efectuar clasificaciones sobre los partidos políticos y políticos que pugnaban hasta el 2016. En efecto, en términos de actoría social, la izquierda correspondería a las fuerzas anti dictatoriales, que votaron al “No” y agrupadas en el campo de la Concertación/Nueva Mayoría; en cambio, pese a que la asociación ha menguado en su intensidad, la Derecha (Alianza por Chile/Chile Vamos) permanece siendo relacionada a la defensa de la dictadura o de sus valores: el autoritarismo, la encarnación de quienes recompondrían el orden frente a un estado de caos, y menos a la violación a los derechos humanos, condenada en la actualidad, a nivel formal, por todos los partidos políticos. Planteado en clave estructuralista, la memoria histórica y popular de las/os estudiantes secundarios de Melipilla, ubica a los defensores de la dictadura en el campo de la derecha, aunque no todos los actores de la derecha sean pinochetistas. El peso de dictadura también aterriza la memoria popular en el habla juvenil.

La ideología no ha muerto, los partidos ideológicos sí.

La segunda frase de la cita anterior requiere un tratamiento especial. Dice: Derecha e izquierda son cosas muy distintas, pero dentro de ellos los partidos son muy similares, no se notan las diferencias ideológicas, pero encuentro que sí son distintos. Es significativo que se realice la distinción entre el par izquierda/derecha como eje de identificación político-ideológico; y por otro lado, como referencia para clasificar a los actores sociales (partidos políticos) que ocupaban la mayoría de los espacios de representación en la política institucional al momento del trabajo de campo¹⁰. Más aún, el razonamiento plantea: son cosas muy distintas (...) no se notan las diferencias ideológicas, pero encuentro que sí son distintos, expresando conciencia de diferencias sustantivas alojadas en el plano de lo ideológico. Más que una muerte de las oposiciones que dieron sentido a la política chilena desde mediados del siglo XX, lo que se aprecia es la incapacidad de los actores políticos para dar expresión práctica a aquellas diferencias ideológicas, que siguen vigentes en las representaciones de

¹⁰ Es menester recordar que recién el año 2017 se conforma el Frente Amplio con el propósito de disputar las elecciones presidenciales en el fin de ese año. En el año 2016, solo Gabriel Boric, Giorgio Jackson y Vlado Mirosevic eran diputados en ejercicio, sin existir entre ellos ningún tipo de vinculación orgánica. La política institucional seguía siendo hegemonizada sin contrapesos relevantes por las fuerzas políticas tradicionales (Nueva Mayoría/Chile Vamos).

los/as estudiantes. Tal conciencia de la diferencia se puede apreciar en las siguientes citas:

“Deberían demostrar que no son lo mismo, demostrar que la izquierda va por la gente y la derecha viene de los más ricos. Hoy muestran todos lo mismo, sean de izquierda, de derecha, todos van por lo mismo” (Carola, 4°medio, liceo municipal, rural).

“Pa mí son todos iguales, izquierda o derecha son todos iguales, dicen que cuando hay gobiernos de derecha la economía tiende a aumentar, y con izquierda pasa lo contrario, pero para mí son iguales, no les encuentro ninguna diferencia” (Ismael, 3°medio, colegio particular subvencionado).

Este par de citas es revelador sobre las diferencias entre el plano ideológico y el actoral. Primero, porque no son enunciadas desde la neutralidad, en el caso del Carola su habla se posiciona desde una sensibilidad de izquierda (*la derecha viene de los ricos*, que representa en la lengua del grupo a los poderosos, quienes se benefician de la política); en la de Ismael, más cercana a la derecha (*la economía crece con la derecha y disminuye con la izquierda*). Sin embargo, más allá de su posición en específico, aparecen dos tipos de distinciones: en términos ideológicos izquierda y derecha no son lo mismo, sino proyectos en oposición; y que en la actualidad los partidos políticos, que son asociados a la izquierda o a la derecha, no representan a las ideologías, ni a la historia que hace pertinente aún la clasificación, es decir, son lo mismo (para lo mismo), en el sentido expresado párrafos atrás.

También es importante constatar que el vaciamiento ideológico de los actores sociales desplegados en el ámbito institucional (políticos y sus partidos), llega incluso a ser expresado como una demanda de política hacia ellos. Este estudiante -cuya habla se posiciona cercano a la izquierda, en su sentido ideológico-, exige a la izquierda y derecha, en tanto actores, que demuestren sus verdaderos intereses (*la izquierda va por la gente*) y procedencias (*la derecha viene de los ricos*), en relación al consenso grupal, a nivel cognitivo, que señala que todos van por lo mismo. El requerimiento, en este caso, golpea de particular forma a la Concertación/Nueva Mayoría -como se argumentó, son los actores que en las representaciones sociales son indicados como de izquierda-, puesto que se conecta con las documentadas críticas al proceso de neoliberalización de sus partidos (Ruiz, 2015; Garretón, 2007) que profundizan sobre su carencia de proyecto histórico en favor de la naturalización de las diferencias. Es a dicha coalición a la que le habla este estudiante, enrostrándoles su equidad con la derecha y su falta de capacidad de representar una propuesta ética-política que entronque con los valores que a él lo constituyen como persona de izquierda, principalmente en lo que concierne a la vocación de representar los intereses del pueblo (ir por la gente).

Bachelet-Piñera-Bachelet-(Piñera). De bonos y empresarios.

La inédita alternancia entre gobiernos progresistas y de derecha iniciada en el año 2006 y sostenida hasta la elección de Sebastián Piñera en el año 2017 (posterior a

estas conversaciones, por eso entre paréntesis en el título), es un fenómeno que es susceptible de ser interpretado a partir de las distinciones político-ideológicas que realizan las/os jóvenes estudiantes melipillanas/os. Bachelet y Piñera, como símbolos de la Concertación/Nueva Mayoría y Chile Vamos, respectivamente, son objeto de representaciones que permiten profundizar el sentido que posee la política institucional, sus actores y oposiciones en el Chile postransición. A continuación, presento tres citas que ayudan a elucubrar sus significaciones:

“Había escuchado que Piñera, que es de derecha, cuando le daba bonos a la gente, incentivaba a que se ganaran los bonos, no como Bachelet que le daba bonos a la gente por cualquier cosa. Piñera tiene ese pensamiento de empresario, de que la gente tiene que ganarse el bono, por último tener un fondo en una cuenta corriente, algo así, no que le den plata así, porque igual la gente en Chile está acostumbrada a eso, la gente pobre está acostumbrada a que le den” (Brayan, 3° medio, colegio particular subvencionado).

“La gente muchas veces quiere que se le dé, y se le dé, y por eso cada vez somos más flojos. Esa puede ser la diferencia, por ejemplo Bachelet te da bonos, pero hubo más cesantía, pero en el gobierno de Piñera no hubo bonos, pero no hubo cesantía” (Matías, 3° medio, colegio particular subvencionado)

“Uno creía que quizá las cosas funcionaban mejor con Bachelet, y al final no están funcionando mejor, es casi lo mismo que pasó con Piñera y estamos viendo que son dos personas muy distintas, pero al final su política es la misma.” (Bastián, 3° medio, colegio particular subvencionado)

En la lengua del grupo, Bachelet y Piñera parecen representar una actualización desideologizada de la izquierda y la derecha. Más que proyectos de construcción de sociedad, en esta situación el eje izquierda/derecha tiene vigencia para ubicar en oposición a las coaliciones políticas en relación a significaciones que han reactualizado unos horizontes políticos sui géneris según las posibilidades que otorga el nuevo ciclo socio-político.

La figura de Piñera es asociada a la figura del empresario -la posición que representa el éxito en la ideología neoliberal (Ruiz, 2015, Mayol, 2012)- y como corolario, se presume que como presidente logrará hacer de Chile otra de sus exitosas empresas. En las representaciones sobre el liderazgo de Bachelet también es posible escuchar una apelación a la mejora de las condiciones económicas, que convergen en el bono como objeto simbólico del progresismo neoliberal concertacionista.

La Concertación/Nueva Mayoría, clasificada como la izquierda en la lengua del grupo -significante que, en tanto ideología, representa ideas de justicia social, la preocupación por el pueblo-, tiene en el bono bacheletista una corrección insuficiente al deseo-necesidad de ascenso económico y consumo arraigado en los individuos socializados en un modelo socio-económico neoliberal. Las ideas propugnadas por Piñera, como el emprendimiento y la apelación al mérito, resultan más verosímiles

para el éxito individual que las correcciones que podría conseguir una política de bonos.

En ese sentido, la Concertación/Nueva Mayoría y su estrategia de justicia social - puesta en escena a través el bono- cuenta con dos problemas: no es capaz de competir, en términos económicos, a la posibilidad de ascenso social con la que la fantasía emprendedora encandila; y termina restringiendo los imaginarios de emancipación de la izquierda, al brindar un horizonte de justicia social subsidiario, un estrecho mecanismo de corrección de desigualdades que, de todos modos, requiere el esfuerzo individual emprendedor. En definitiva, las representaciones sobre la izquierda en Chile de las/os jóvenes estudiantes secundario/as de Melipilla señalan un desgaste en cuanto a los actores que la encarnan (Concertación/Nueva Mayoría) y una falta de imaginación para pensar desde ese espacio ideológico nuevos buenos ordenes que subviertan los límites autoimpuestos por el progresismo neoliberal.

La última cita expuesta solo tiene la función de situar en el discurso grupal las diferencias aquí desmenuzadas. No hay que perder de vista que, más allá de bonos y oportunidades, más allá de izquierda y derecha, más allá de Bachelet y Piñera (que son personas muy distintas), al final los políticos son para lo mismo, al final su política es la misma. Es ese conocimiento práctico el que organiza la lengua del grupo y constituye a los actores tradicionales que hegemonizan la política institucional (políticos y partidos) en oposición a ellos, estudiantes secundarios insertos en un “nosotros” que se agrupa, por efecto de las fuerzas del campo sociopolítico, en función de una estructura de vulneraciones que favorece a ciertos grupos que ocupan su poder para perpetuar sus posiciones de privilegio.

Si su política es la misma: ¿debería haber partidos?

El habla grupal tiene un lugar de encuentro en la crítica a políticos y partidos que, como en toda conversación, se teje desde un conjunto finito y estructurado de posibilidades de significación que tienen en el consenso su realización. Una de las formas en que ese silencio es llenado en el discurso de las/os estudiantes secundarias/os de Melipilla es con una pregunta, inapelable en términos lógicos: entonces, ¿debería haber partidos?

“Yo creo que no debería haber distintos partidos políticos porque al final terminan todos haciendo lo mismo.” (Carola, 4° medio, liceo municipal, técnico profesional y rural).

“Dejaron de tener ética los partidos, entonces yo creo que en sí, quizás podrían mantenerse, pero deshacerse y rehacerse, con gente que sea real” (Karina, 4° medio, colegio particular subvencionado).

“Entonces yo creo que en vez de buscar en los dos ejes principales, que es la izquierda y derecha, creo que ya deberíamos desviarnos de ese... porque ya sabemos que está todo sucio, ya sea comunista o facho, es lo mismo” (Roberto, 4° medio, colegio particular subvencionado)

Ya sea en clave de radical desafección con las instituciones del régimen democrático liberal (*no debería haber distintos partidos políticos*), o desde la demanda por un momento refundacional (*quizás podrían mantenerse, pero deshacerse y rehacerse*), ronda una falta de referencias que sostengan la relación de la subjetividad de las/os jóvenes melipillanas/os con la política institucional. Es un desafío político y sociológico abordar cómo lo que hoy emerge como afectos, ideas y prácticas que se distancian de la política; termina repercutiendo en la reproducción del sistema político y afectando los valores democráticos en Chile.

La falta de legitimidad de los actores que ocupan los lugares centrales de la política institucional ha afectado también a la valoración del clivaje izquierda/derecha en su estructuración de la política. Esto queda expresado en la conversación cuando se plantea la conveniencia de dejar atrás esas oposiciones, en favor de una política limpia, basada en la integridad ética de los representantes (*dejaron de tener ética los partidos; ya sabemos que todo está sucio*).

Los políticos han ensuciado la política. De las ideologías a la ética.

Anteriormente se describió cómo la corrupción se representaba como un fenómeno que afectaba transversalmente a los partidos políticos tradicionales. Ahora bien, es interesante profundizar en cómo esta práctica afecta en las representaciones generales sobre la política institucional. Además del discurso en que subyace la necesidad de diferenciación y conflicto por parte de las fuerzas políticas, la conversación es estructurada por un diagnóstico en que todo aquello relacionado con la política institucional es asociado a lo sucio, lo corrompido, a un ámbito profano de la vida social.

“Creo que la gente empieza siendo honesta pero cuando ya se meten en la política, como que la plata los corrompe” (Mauricio, 2º medio, liceo municipal)

“Porque los políticos han ensuciado la política, las personas que están entrometidas en los diferentes partidos, que uno ve como la imagen del partido o la imagen de lo que es nuestra política en Chile, ellos se han encargado de ensuciarla y de crear ese desinterés en las personas” (Valentina, 4º medio, colegio particular subvencionado).

“Es que cada partido político tiene su lado bueno, no es que todos sean completamente malos. Lo que pasa es que con todo lo que ha pasado se ensuciaron” (Nicolás, 3º medio, colegio particular subvencionado)

La oposición principal involucra al par sucio/limpio, es decir, el habla grupal elabora una crítica en términos éticos más que políticos. El desdibujamiento del carácter ideológico que han portado históricamente la izquierda y la derecha lleva a que la demanda de las/os estudiantes por transformaciones sea despolitizada, en tanto no obedece, en su eje ordenador, a asuntos que conciernen a proyectos globales de transformación social, sino que se estaciona en otro nivel, el de la probidad de los integrantes del sistema político. Esto habla de la dificultad de pensar la política

institucional como un espacio desde donde sea posible imprimirle al orden social un nuevo rumbo, que venga a enmendar la situación de agravio desde la que se experimenta la cotidianidad

Camila Vallejo: jugando con la misma mentira de los demás.

Uno de los aspectos que más me sorprendió en la realización de los grupos de discusión fue la frecuencia e intensidad con que hacían aparición las representaciones sobre Camila Vallejo. En cada uno de los 13 grupos que sostuve las conversaciones fue un tema que generó agitada conversación y un rápido consenso.

“Para mí la Camila Vallejo era casi un héroe y después se me terminó cayendo, igual que la mayoría de los otros políticos que me han gustado” (Lucía, 3º medio, liceo municipal, técnico profesional y rural).

“¿Y ahora dónde está ella? ¿Dónde están todos esos ideales que nos dejó, todas esas ideas? Ella está en el mismo grupo de los demás, tomando los mismos intereses de los demás, jugando con la misma mentira de los demás. Entonces al final nosotros en algún momento la idealizamos como el futuro político que iba a tener Chile, que quizá hiciera un cambio llegando a un puesto, pero al final ella nos dejó estancados en el mismo puesto” (Bastián, 3º medio, colegio particular subvencionado).

“En realidad uno puede ser así como muy del pueblo, o muy como quiera llamarse, pero primero hay que estar ahí, como es el caso de la Vallejo, porque no sé, se veía como tan de nosotros y después llega ahí e igual la plata es más fuerte que los principios que iban en un comienzo” (Nehuén, 3º medio, colegio particular subvencionado).

El habla grupal se reconocía en el dolor¹¹ producido por su tránsito de lo social a lo político, significado como una fractura en la valoración que las/os estudiantes le asignaban, desde su posición de dirigente estudiantil (*era casi un héroe; se veía como tan de nosotros*) a su rol en el parlamento (*el poder y el dinero cambia a la gente; está en el mismo grupo de los demás*). Cabe señalar que otros dirigentes estudiantiles con similar trayectoria (Gabriel Boric y Giorgio Jackson) no sufren un castigo como el ejercido hacia ella (profundizaré en el acápite siguiente), por lo que corresponde indagar específicamente en las causas de este rechazo.

Según lo que se ha interpretado, los estudiantes trazan una frontera en la representación de los políticos y partidos tradicionales como parte de un “ellos” que

¹¹ Hablo de una emoción, el dolor, en un intento de objetivar lo que percibí en mi experiencia produciendo la conversaciones. Cada vez que se llegaba al tema -por lo general a través de una aproximación indirecta desde mi habla investigadora, que indagaba sobre la percepción que tenían de los políticos jóvenes, en general-, se desataba una sentida conversación en la que las/os estudiantes reaccionaban con molestia, indignación y rabia, pues el pacto del PC y de Camila con la Concertación no era significado tanto como una decepción política, sino que fundamentalmente como una traición personal. Es por este factor que su evocación moviliza tanta emocionalidad (y conversación).

estaría signado por su apropiación del sistema político (el poder) y su relación con posiciones de privilegio en el campo económico (la corrupción los relaciona orgánicamente con los ricos). En tanto símbolos, el poder y el dinero actúan como sinécdoque de un relato que permite hacer aprehensible a un sistema de exclusión que se vive desde el agravio. Son estos los objetos con los que se asocia a Camila (poder, dinero, la plata), incluyéndola en el grupo del “ellos” conformado por los partidos de la transición (*está en el mismo grupo de los demás*), y por lo tanto, exiliándola de la comunidad de la que son parte los estudiantes, el “nosotros” (*se veía como tan de nosotros*).

Una estudiante plantea que está jugando con la misma mentira de los demás, lo que añade un eje de oposición no explorado: lo real/lo falso. El desapego de la política institucional de lo social es tal que los políticos y partidos son situados en el orden de lo falso, de la mentira, de lo no-real, en una expresión radical de extrañamiento con respecto a estos actores; en oposición a lo que, por definición, es lo real, a saber, su vivencia concreta en el Chile que dejó la transición, lejos del poder, carentes de dinero¹², abrazados a las promesas e incertidumbres que se les ofrecen.

Las representaciones transversalmente negativas sobre Camila Vallejo son el fenómeno más elocuente del rotundo fracaso político de la apuesta gatopardista que dio fin a la Concertación para engendrar a la Nueva Mayoría. Si se interpreta la incorporación de sectores de izquierda (PC, MAS, Izquierda Cristiana) al conglomerado progresista -aunque la apuesta se pone en valor por su procedencia del mundo social, más que por su adscripción ideológica- como un intento por renovar el pacto social y su fractura expuesta tras las movilizaciones estudiantiles, es posible evaluar, con la ventaja que permite el paso del tiempo, que además del inapelable fracaso electoral, la Nueva Mayoría no logró ningún reparo en la crisis de legitimidad del sistema político, en tanto sus integrantes siguen siendo significados como una otredad asociada al dinero, al poder, y en definitiva, como un grupo inmoral. En tiempos en que la política se estructura en torno a un clivaje ético, más que político, Camila Vallejo, emblema de la Nueva Mayoría -sin ella no tiene sentido-, se suma a un historial de decepciones en la memoria popular de las/os estudiantes secundarios de Melipilla y contribuyó -más allá de sus intenciones y las de su partido-, a profundizar la crisis de confianza hacia el sistema político.¹³

¹² No es cualquier dinero, es el dinero que permite cumplir la demanda más sentida del mundo popular (Canales, 2016): salvarse, tener por cierta la reproducción.

¹³ Quiero enfatizar que el presente texto es nada más -y nada menos- que una interpretación del habla investigada de las/os estudiantes secundarios/os de Melipilla, y en ese sentido, lo que proporciono son análisis sobre las representaciones de la realidad sociopolítica de Chile y nunca juicios de valor sobre los actores sociales involucrados y sus apuestas, en este caso, Camila Vallejo y el PC.

¿Quién dijo que todo está perdido? El caso de los diputados Boric y Jackson.

J: El que encuentro salvable es Giorgio Jackson, cuando propuso disminuir la dieta parlamentaria y nadie lo pescó.

Y: Él ha seguido su línea, eso es como lo importante, que sigan la línea.

B: Gabriel Boric igual le pone, ¿o no?

Y: Sí, él también” (Conversación de estudiantes, colegio particular)

Gabriel Boric y Giorgio Jackson son los únicos casos que el habla grupal individualiza como referentes valorables dentro del sistema político. Pese a su posición como diputados, lograban distinguirse de los políticos y partidos tradicionales (“ellos”): las/os estudiantes los destacaban tanto por el contenido sustantivo de su política, no escuchada por el statu quo (*cuando propuso disminuir la dieta parlamentaria y nadie lo pescó*); y como por su militancia fuera de los partidos políticos de la transición (el año 2016 Boric pertenecía al colectivo “Izquierda Autónoma” y Jackson al partido “Revolución Democrática”).

Su existencia como representantes electos democráticamente permite, a nivel simbólico, generar un vínculo entre la política institucional y lo social, dado que reconoce en ellos su procedencia de las movilizaciones estudiantiles, asignándoles los valores positivos asociados a la militancia social (lo limpio, lo real). Es por ello que, independiente del contenido programático de su política, cumplen la función de oxigenar la legitimidad asfixiada que padece el sistema de representación chileno.

“(…) pero sí, yo creo que el futuro se viene bien de acuerdo a la política, tenemos figuras que son súper buenas últimamente y también van a seguir saliendo figuras importantes que van a ser nuestros representantes en un futuro. Así que yo no creo que todo esté perdido y que nuestro futuro sea tan oscuro” (Valentina, 4° medio, colegio particular subvencionado).

En efecto, su efecto es tal -no se señala a nadie más- que a partir de su despliegue una estudiante se permite afirmar así que yo no creo que todo esté perdido y que nuestro futuro sea tan oscuro, es decir, representan la única referencia real de una política que esté a la altura de las exigencias éticas que se demandan desde el mundo juvenil. La importancia que recae en Boric y Jackson es que son figuras que permiten imaginar un futuro en que la política institucional rompa con el señalado “no son lo mismo, pero son para lo mismo” y sirva, en un sentido pragmático, para construir una sociedad mejor.

¿Una política con sociedad?

Otro aspecto que es pertinente hacer explícito son los efectos de la vinculación del mundo social con la política institucional. La siguiente cita permite una interpretación al respecto:

“La figura que me está pareciendo interesante es Boric, porque es uno de los que más busca y da peso a lo que es la política y encuentro que es un personaje bastante

interesante, hablar cosas como las que dice él no lo hace cualquiera, él ha hecho callar muchas veces a personas que dicen estupideces, pero de forma interesante, no es como que él llegue a defender un interés político, él defiende un interés social” (Karina, 4° medio, colegio particular subvencionado)

Karina destaca de Boric que da peso a lo que es política (...), pues no es como que él llegue a defender un interés político, él defiende un interés social. En primer lugar, el par pesado/liviano le atribuye gravedad (realidad, tal como se interpretó anteriormente) a lo social, mientras que lo liviano aparece como otro de los atributos de la política institucional. Boric le da peso a lo que es la política es una referencia que me detengo a precisar: Karina apunta a un sentido esencial de la política que es rescatado por el diputado -lo que es la política- en relación a su situación actual de profanación y apropiación ilegítima por parte de los políticos en la actualidad. No obstante, esta valoración positiva exige un análisis cuidadoso, en tanto la frase no es como que él llegue a defender un interés político, él defiende un interés social es sintomática de la radical escisión entre lo social y lo político, a saber, los intereses que defendería Boric son tan auténticos que no pueden ser asumidos como políticos: en su habla se escucha ese interés político como el interés (de los) político(s), volviendo a la representación en que la política (interés político) es el ámbito de la reproducción del poder, y no aquel en que se puedan instalar los antagonismos y proyectos provenientes del mundo social.

A modo de síntesis, me interesa relevar que los liderazgos de Boric y Jackson -y en la actualidad del Frente Amplio, asumiendo que representa valores similares- guardan su legitimidad fundamentalmente en el clivaje ético, situándose del lado “limpio”, “real” o “nuevo”. Su capital político, según las representaciones de las/os estudiantes secundarios de Melipilla, no pasa fundamentalmente por su horizonte programático o por las promesas de futuro que enarbolan, sino por algo más inmediato: un presente de probidad y buenas prácticas que los distingue de los partidos de la transición, que permite establecer una frontera con los políticos que tienen poder y dinero. Sin duda que esta característica representa una fragilidad, pues cualquier caso de corrupción los dejaría del mismo lado de los políticos tradicionales; y también se abre la posibilidad de que actores políticos con un discurso de negación de la política (como José Antonio Kast), apelando al mismo sentido de superación de la vieja política, de la disolución del “ellos”; logren capitalizar el sentido de agravio estructurante de la subjetividad de las/jóvenes en el Chile actual a través de una política anti-democrática que profundice los mecanismos despolitizadores característicos de los poderes de la transición.

3.2 Sentidos presentes en la conversación sobre la participación política y social.

Dividiré este acápite en dos secciones: representaciones sobre la participación dentro de la escuela y representaciones de la participación fuera de ella, en tanto suceden

dinámicas de participación que es conveniente que sean diferenciadas. En el caso de la participación en la escuela me pareció conveniente exponer si el hablante pertenecía o no a las directivas de curso. Si bien la mayoría de las cuñas corresponde a jóvenes en esta posición, el análisis -como el del resto de los acápites- los construí a partir de las cuñas de todos los grupos.

3.2.1 Sobre la organización estudiantil en los colegios de Melipilla

Los Centros de alumnos son un espacio de organización cuya existencia es regulada por el Estado a través del Decreto 524 del Ministerio de Educación. En él se establece su finalidad: “desarrollar en los estudiantes el pensamiento reflexivo, el juicio crítico y la voluntad de acción; formarlos para la vida democrática, y de prepararlos para participar en los cambios sociales y culturales” y su normativa general, que contempla a los Consejos de Curso y a su directiva como el organismo base del Centro de Alumnos. El Decreto también garantiza el derecho a la organización estudiantil, a saber, en su primer artículo se plantea: “En ningún establecimiento se podrá negar la constitución y funcionamiento de un Centro de Alumnos”, en concordancia con el espíritu que guía este reglamento, que plantea en uno de sus Considerando: “que la unidad educativa y sus componentes constituyen el campo propicio para que el estudiante aprenda a vivir en y para la vida democrática” (Decreto 524, 2006).

Abro este acápite con esta breve introducción del cuerpo legal que los rige para contar con un marco contextual y enfatizar que la propia regulación asume que no son un espacio neutro de representación, sino que tienen una importancia para la sociedad y sus individuos, en tanto brindan a los estudiantes una primera aproximación a la vida democrática. La despolitización de los Centros de Alumnos, propiciada por las directivas de los colegios, es un factor importante a considerar en el análisis sobre el tipo de jóvenes que las escuelas de Melipilla buscan formar.

Elección de Centro de Estudiantes: “entera fome”

Un primer aspecto que emerge en la conversación sobre la votación de Centro de Alumnos y directivas de curso, es la falta de densidad que atravesaba el proceso eleccionario.

“La votación fue entera fome, entrabai a una sala y te decían que votarai por la lista A, no conociai al presidente”. (Luis, 4º medio, vicepresidente de curso, liceo municipal técnico profesional)

“En mi curso así como weena, no (N del I: responde a la pregunta: ¿qué les parece la democracia que viven en el liceo?). Primero, no hay comunicación, hablan todos a la vez. La directiva del curso la eligieron... llegué el primer día y me eligieron de tesorero, o sea, porque estaba yo me eligieron, ni siquiera me conocían, no sabían ni mi nombre y me eligieron. (Ernesto, 1º medio, tesorero del curso)

“Yo como presidente siempre hago un pequeño análisis de cada reunión que hago y de todos los presidentes que hay en una asamblea, los que fueron elegidos de forma seria

son como dos, los demás son como: “este se ofreció solo”, dejémoslo” (Matías, 3°medio, presidente del CC.AA., colegio particular subvencionado)

“L: Mi compañero también se ofreció solo.

S: Es que no hay nadie.

I: No teníamos presidente y fue como, “¿quién va?, ah, ya, soy yo” y es como el más desordenado.” (Conversación en grupo de estudiantes de directivas, colegio particular subvencionado)

Según señalan transversalmente los estudiantes, las/os estudiantes interesados en asumir los puestos de representación, tanto a nivel de curso, como del Centro de Alumnos, son una minoría y producto de eso, se escoge sin mayor seriedad a cualquier estudiante para que asuma, o incluso los cargos quedan desiertos. La urgencia de elegir una dirección, determinada por un plazo que debe respetarse, genera situaciones en que no se respetan garantías mínimas de cualquier elección, como la no intromisión en el momento de acercarse a la urna a sufragar.

El no conocer la lista, candidata/os o las propuestas parece ser la norma en cuanto a este tipo de elección concierne, en tanto prima el pragmatismo de dotarse de una representación, sea cual sea esta. Incluso la votación puede convertirse en una forma de ejercer violencia hacia las/os compañeras/os nuevos, haciéndoles responsables de una posición de representación que nadie quiere tomar (*ni siquiera me conocían, no sabían ni mi nombre y me eligieron*). El presidente del CC.AA. del Colegio Melipilla realizaba la misma constatación, solo una mínima fracción de los integrantes del Consejo de Cursos era elegida en forma seria, el resto llegaba ahí por razones circunstanciales.

“Y al final las elecciones en el curso parte de la amistad más que nada, si se pone un amigo en la pizarra obvio que vai a votar por él, sin saber lo que va a hacer o si va a hacer un aporte” (Luis, 4°medio, presidente de curso, liceo municipal técnico profesional)

“Entonces al final todos votaban por el que les caía mejor, nadie votaba ni escuchaba las propuestas que les daban, aparte que había solo una lista, era un plebiscito en verdad. Entonces eso hacía más difícil pensar, era sí o no, era muy vacío” (Javiera, 2°medio, grupo de organizaciones)

El “amiguismo” es otra de las razones que explica la selección de determinadas personas a los puestos de representación. En general, los/as estudiantes no hablan de las votaciones como una instancia en que se constatará una disputa de proyectos, o al menos propuestas, para la conducción del Centro de Alumnos, sino que consistía en un ritual liviano, vacío, en el que el capital más relevante para un/a candidata/o son las redes de amistad y la simpatía que pueda ofrecer. La descripción de las elecciones como un plebiscito también la oí en varios grupos de discusión, es decir, el caso en que se presentaba solo una lista y las/os jóvenes debían aprobar o rechazar.

No están ni ahí. Jóvenes y vida democrática en la escuela.

La conversación de los grupos de discusión sobre el interés de sus compañeros/as en las instancias democráticas asociadas a los espacios de representación, señala una evaluación crítica hacia los jóvenes que no forman parte de las directivas.

“Yo encuentro que mi generación, o al menos mi curso, no está ni ahí con nada. Lo mismo que decía la Vale, por ejemplo, yo me paro adelante porque tenemos que organizar la gira o la gala, pero se ponen a conversar, se dan vueltas, se paran, como que no les importa nada” (Luis, 4º medio, presidente de curso, colegio particular subvencionado)

“La directiva en nuestro curso es buena, las chiquillas se meten caleta. Aunque no faltan compañeros que le ven todo lo malo y reclaman, lo único que hacen es reclamar, pero no hacen nada, reclaman y no dan soluciones” (Sofía, 3º medio, secretaria de curso)

“Por ejemplo en el FESEME¹⁴ nos hicieron hablar de qué problema interno tenía cada colegio, y todos los colegios tenían el mismo problema, que cuando te paras adelante a hablar nadie escucha, nadie opina y luego cuando se lleva a cabo, todos critican” (Cinthia, 1º medio, vicepresidenta del CC.AA., colegio particular subvencionado)

Se aprecia en el habla investigada una disconformidad hacia la escasa proactividad de los estudiantes en cuanto asumir las tareas propias de gestionar el Centro de Alumnos o la directiva del curso, discurso que profundiza su intensidad en el caso de aquellos estudiantes que se han hecho cargo de estas responsabilidades. En el momento de las discusiones los problemas que aquejan a las comunidades respectivas (el curso o la totalidad del estudiantado), las/os estudiantes mostraban desinterés que una vez realizadas las acciones tomaba forma de crítica a lo ya realizado. La situación es tal que Luis afirma que mi generación, o al menos mi curso, no está ni ahí con nada, recordando la paradigmática afirmación de Marcelo Ríos, blasón impuesto a toda la juventud socializada en la década de los 90s y en las antípodas de una de las representaciones que se esfuerzan por explicar los estallidos estudiantiles precisamente desde la negación de esa imagen noventera, como sujetos nacidos en el tiempo histórico de la crítica, de la politización, del arrojo hacia lo público. Según lo estudiado con las/os jóvenes estudiantes secundaria/os, hay matices que seguir recorriendo para comprender las contradicciones que cruzan al tipo de subjetividad que el nuevo ciclo político ha ido engendrando.

Directivas de curso: una mentira a nivel político (para el polerón y la gira)

Las directivas de curso consisten en un espacio de organización a escala celular, son la mínima expresión de asociación colectiva estudiantil en la escuela. Sus objetivos, según lo observado, pueden circunscribirse al ámbito de la gestión: se encargarían

¹⁴ FESEME: Federación de Estudiantes Secundarios de Melipilla. Fue una organización que agrupaba a algunos centros de estudiantes de colegios municipales, particulares subvencionados y particulares de la comuna. Operó con intermitencia desde el 2013 al 2017.

de la administración de los bienes comunes -toda directiva cuenta un/a tesorero/a- y de cumplir las expectativas asumidas por los 3eros y 4tos medios de la mayoría de los colegios de Chile: la realización de la gira de estudios y la confección del polerón del curso, respectivamente.

“Ha sido muy difícil, nosotros hemos peleado, pero tenemos listo nuestro polerón (...) peleamos como dos meses por la gira, firmamos contrato en mayo, ahora nos vamos en dos meses a Bariloche. Esa era la idea, organizamos, hemos hecho eventos, hemos hecho bingos, eventos bailables, rifas, nos hemos movido harto...; (Yaritzza, 3°medio, “soy secretaria, en verdad secretaria, tesorera, presidenta, al final soy todo con la Antonia”, colegio particular subvencionado técnico profesional)

“Hemos ido a Fantasilandia, hicimos el paseo y nos resultó. Todo va súper bien hasta el momento, por lo menos la directiva de mi curso puedo decir que está bien organizada” (Anais, 2°medio, secretaria del curso, liceo municipal)

Pude apreciar en el habla de los integrantes de directivas y Centros de Alumnos una sensación de sacrificio, de desgaste, al recaer sobre su labor una gran responsabilidad -por ejemplo, no portar el polerón de 4to medio es motivo de deshonra pública- que no cuenta con el apoyo ni de las/os compañeras/os, y menos de profesores y dirección. Incluso se significa a la organización estudiantil como un espacio de lucha por estas conquistas, en un escenario de adversidad marcado por el desinterés estudiantil y la nunca acabada oposición de las direcciones.

La conversación ilustra que la utilidad de las directivas de curso no logra ser imaginada con otro propósito que no sea la gira, el polerón, o en genérico, cualquier actividad que emplee el trabajo de las/os estudiantes para producir dinero para el goce de los integrantes del curso. Bastián lo resume bien:

“Al fin y al cabo los presidentes de cada curso... es como una mentira, una mentira a nivel político porque es solo para juntar plata, es como, “ya, que vamos a hacer para juntar plata para fin de año”, al final la directiva de cada curso no se toma como algo político, que el presidente de cada curso pueda ir a la dirección y decir: “sabe qué, en mi curso tiene un problema tal alumno, o falta tal cosa”, no, no se puede. Es una pantalla para generar plata” (Bastián, 3°medio, presidente del CC.AA., colegio particular subvencionado)

Las dificultades que puedan afectar a las/os estudiantes, en cuanto a su rendimiento académico, o sobre los problemas de infraestructura -largamente constatados durante los grupos de discusión-, resultan ajenos a las directivas de curso. En el catalogar a las directivas de curso como una mentira a nivel político, Bastián les reclamaba su rol de vocería de los estudiantes ante la dirección, en tanto legítimos representantes de los intereses del curso. Por eso es que serían una pantalla, una ficción democrática que no se hace cargo de lo político, pues en rigor, no hay decisiones que tomar colectivamente ante la naturalización de la vida social que impone la escuela. Las deliberaciones sobre el polerón, la gira, (o juntar plata),

conforman los estrechos marcos dentro de los cuales los estudiantes son capaces de imaginar la democracia a escala celular.

Centros de Alumnos: más alianzas que marchas.

La conversación sobre los Centros de Alumnos planteaba un discurso crítico de su funcionamiento regular, que tal como en el caso de las directivas de curso, se caracterizaba por su despolitización y falta de atención a los asuntos comunes a la cotidianidad de las/os estudiantes. Las alianzas, desarrolladas en el aniversario de cada colegio, aparecían como el hito cúlmine de la gestión de cada dirección estudiantil; aquella semana en donde cada curso compite con otros por llegar al primer lugar.

“Como el Centro de Alumnos es para las puras alianzas, nadie se quiere hacer cargo, es muy poco serio.” (Benjamín, 4º medio, colegio particular).

“El fin del centro de alumnos en un principio es la mejora del colegio, porque el colegio va a pique. Entonces uno quiere cambiar la imagen del colegio, pero el segundo semestre, el del aniversario del colegio, las alianzas, ahora es lo único que se hace” (Antonia, 3º medio, integrante del CC.EE., colegio particular subvencionado)

Si bien es extendido el diagnóstico que dice que los Centros de Alumnos son solo para las alianzas, en los grupos de discusión se observó una posición crítica al respecto, una disconformidad a la hora de evaluar esta situación generalizada. El sentido latente de frases como al final nunca hacían nada, uno nunca veía lo que decían que iban a hacer, o nadie se quiere hacer cargo, es muy poco serio, trae asociada una demanda por un Centro de Alumnos con iniciativa, que cuente con voz y acción para enfrentar las injusticias ejercidas desde dirección, o para involucrarse la discusión política nacional, en la que el movimiento estudiantil seguía siendo un actor que marcaba la agenda. En la siguiente cita la presidenta del Centro de Alumnos del Colegio San Agustín Científico Humanista, Karina, interpela incluso a sus compañeras/os en la conversación -también parte de directivas de curso o el Centro de Alumnos, quebrando la inercia despolitizada del diálogo:

“No es por mala ni nada, ¡pero no está bien, cabros!, la representatividad del centro de alumnos no puede ser solamente para hacer un aniversario, he ahí mi punto de vista diferente, he ahí porque quise ser del centro de alumnos, porque sé que hay algunos, de los que están callados dentro de una misma sala, que piensan que esto está mal, que deberíamos pensar en otras cosas” (Karina, 4º medio, presidenta del CC.AA., colegio particular subvencionado)

Es llamativo que ella se asume su habla como divergente al sentido común en la discusión -he ahí mi punto de vista diferente-, es decir, asume que el resto de sus compañeras/os no compartirían su punto de vista –a pesar de ser la presidenta–, en que el Centro de Alumnos es algo más que una productora de eventos, aspirando a representar a los estudiantes en un sentido político, recogiendo sus inquietudes, discutiendo sobre sus necesidades y dándoles visibilidad en el espacio público.

Relatos como estos, emanados principalmente desde integrantes de Centros de Alumnos, hablan de un deseo de resignificar la organización estudiantil:

“Yo creo que elegimos ser centro de alumnos para poner un grano de arena, para participar ciudadanamente, entre comillas, a cachar cómo está la volá, cómo organizar el colegio, cómo aportar más que el otro, un poquito de eso, hacer cosas culturales. Entonces uno puede hacer hartas cosas como centro de alumnos, o participar en un colectivo” (Roberto, 4°medio, delegado cultural del CC.AA., colegio particular subvencionado).

“Es la mejor forma de elegir un representante entre nosotros, participan todos, todos tienen su opinión, todos tienen su voto propio. No es llegar y decidir entre cuatro paredes donde nadie elige” (Milka, 4°medio, presidenta de curso, liceo municipal, técnico profesional y rural).

Las/os estudiantes que integran los Centros de Alumnos asumen su participación como una contribución a la vida democrática en la escuela, elocuente de una desprivatización de la experiencia social. La frase a cachar cómo está la volá, es significativa al respecto, pues refiere a conocer, desde la posición que otorga la representatividad, las realidades de las/os otros jóvenes, por quienes se pueden realizar acciones que “aporten” y así aportar a romper con la apatía que parece ser la norma en cuanto la participación estudiantil.

También se destaca de la participación estudiantil su enraizamiento en valores democráticos. La representatividad del colectivo, desde el cual se proponen candidatos y luego son votados por todos, es respetada con fidelidad en el proceso. Aún careciendo de un involucramiento entusiasta por parte de las/os jóvenes, la democracia estudiantil cuenta con niveles de transparencia y participación que les permite significar el Centro de Alumnos como un órgano legítimo. Incluso se plantea no es llegar y decidir entre cuatro paredes, frase citada anteriormente para describir la manera en que la dirección y profesores tomaban decisiones. En esta ocasión, se opone la democracia de las/os estudiantes a la deliberación por parte de la dirección, y más en general, a la política nacional, diseñada entre cuatro paredes producto de la exclusión de la ciudadanía de la política (ver capítulo anterior).

¿De qué sirve tener un presidente de curso si el colegio no lo toma en cuenta? Si en el capítulo anterior los cuestionamientos a la democracia nacional estaban basados en la percepción generalizada de que no servía para nada (los partidos son para lo mismo) en lo que concierne a los espacios democráticos abiertos en la escuela, a saber, los Centros de Alumnos y las directivas de curso, la forma que adquiere el razonamiento es similar:

“Paso lo mismo en nuestro curso, pero por lo mismo del colegio, cuando el Lucho salió fue porque él dijo: “yo voy a salir porque nadie más quiere”, ¿pero por qué?, es porque el mismo colegio te está limitando, ¿de qué sirve tener un presidente de curso si el colegio

no lo toma en cuenta? Es lo mismo, es una pantalla” (Valentina, 4°medio, colegio particular subvencionado)

“Pero otra cosa es que ellos, las autoridades, que nos representan a todos nosotros, son las caras visibles del establecimiento, porque ahí hay problemas, no está bien, no nos pescan, no nos escuchan, no se ponen en nuestro lugar, no nos representan, no quieren lo mejor para nosotros aunque así lo digan y no me parece adecuado” (Nehuén, 3°medio, presidenta de curso, colegio particular subvencionado)

La democracia exige, para su legitimación, que los espacios de discusión y participación abiertos tengan incidencia en el modo de organizar la comunidad. Las direcciones en los colegios en Melipilla, según lo objetivado en esta investigación, han construido instituciones sumamente cerradas en el modo de ejercer el poder que las caracteriza. Desde una matriz discursiva adultocéntrica, las direcciones deslegitiman la agencia juvenil, haciendo caer obstáculos en las incipientes formas que la organización estudiantil ha adquirido, que por lo general no se orientan a ampliar los márgenes democráticos de la institución, sino que a exigir cuestiones mínimas, como una infraestructura acorde a las necesidades de las/os estudiantes. De este modo no cumplen con lo que el Estado, en términos legales, espera de los Centros de Alumnos: ser una primera aproximación a la vida democrática; tarea que debería ser prioritaria de acuerdo a los problemas de legitimidad que el régimen político carga.

3.2.2 ¿Y la participación político-social fuera de la escuela?

Durante los grupos de discusión, induje a cada colectivo a hablar sobre la participación que ellos sostenían en la escuela -ya analizada- y en otras instancias en la comuna. Procuré, desde mi habla (investigadora), otorgar una definición laxa, que considerara participación como cualquier involucramiento, más allá de su (in)formalidad, con un colectivo de personas reunidos con alguna periodicidad para el desempeño cualquier actividad.

La participación fuera de la escuela es valorada porque permite distracción o relajó, es un alivio a la sobrecarga académica del colegio, acentuada por los preuniversitarios para 3eros y 4tos medios.

“Son actividades que uno hace después del colegio como para distraerse, porque no es estar solamente pensando en el colegio, que hay que hacer dentro del colegio, hay que tener preocupaciones fuera del colegio, para que tengamos otro modo de vista, no solamente el que nos enseñan en el colegio, porque después va a llegar un momento en que nosotros vamos a salir y hay que saber qué es lo que vamos a hacer. El colegio está enfocado en estudiar, en sacarse buenas notas y elegir la carrera, pero fuera del colegio es una cosa distinta, es lo que te gusta en la vida”. (Nicolás, 2°medio, liceo municipal)

“Es como una falta de consideración, no sé si se puede decir así, pero no hay como una conciencia sobre nuestras vidas, como que todo orientado hacia la PSU, hacia trabajar, hacia estudiar, pero nunca existe el lazo para expresarse, relajarse. (Nicolás, 4°medio, colegio particular)

Es posible interpretar que, para las/os estudiantes que participan, el verdadero sentido de la vida se encuentra en las organizaciones sociales, pues en ellas se abren espacios de autonomía y desarrollo personal, aprendizajes requeridos para desenvolverse en la vida fuera del colegio, cuya lógica solo consiste en preparar a las/os estudiantes a la PSU y el buen rendimiento académico.

Las organizaciones en que participaban las/os estudiantes, según sus propios relatos, eran de voluntariado, deportivas, culturales, políticas y religiosas. Manifestaban motivaciones diversas, aunque comprendiendo que este tipo de participación (la llamaré social, en adelante) no era comparable a una actividad de esparcimiento individual, en tanto en estos espacios “se aportaba” (móvil similar al que se planteaba como justificación de la participación en la organización en la escuela).

“Sí, yo participo en el conjunto folclórico allá donde vivo, en Bollenar. Hay un profesor allá, hay gente que quiere bailar, hay gente que toca guitarra, se junta toda la gente a la que le gusta el folclor. Allá se mira a todas las personas por igual, el que no sabe y quiere ir a aprender, bienvenido sea” (Rafael, 2º medio, liceo municipal)

“Yo voy a la pastoral que se hizo aquí en el colegio, a la iglesia de Santa Teresa, que hace un comedor comunitario. Por lo menos lo que me motiva de ir es como esa satisfacción de ver bien a esa gente que quizás está peor que uno, verlas como feliz” (Javiera, 2º medio, presidenta del CC.AA., colegio particular subvencionado)

“En mi caso me importa más, antes que lo político, el aporte cultural. Y eso en mi caso sí he aportado, por ejemplo he cantado con Las Pecadoras y en otras cosas sí he aportado, y eso a mí me parece más importante que lo político, en que uno no puede hacer mucho” (Nehuén, 3º medio, presidenta de curso, colegio particular subvencionado)

Subyace en la motivación a la participación social un componente de democracia y justicia social, que realza el valor que entregan estas organizaciones a la sociedad, pues además de sus tareas concretas, promueven la formación de una ciudadanía participativa y comprometida hacia sus integrantes. Ahora bien, también hubo jóvenes que asumían explícitamente su participación social desde un sentido crítico, como una manera de trabajar por transformaciones en el mundo del que forman parte:

“En base al teatro se puede hacer una crítica. Mi motivación es eso mismo, se puede dar una opinión, se puede hacer una crítica, se puede contar una historia y se puede como cambiar una mente” (Cinthia, 1º medio, vicepresidenta del centro de estudiantes, colegio particular subvencionado)

“Yo entré a militar a la UNE porque de chica me interesaba la política, pero nunca me dieron el espacio porque me decían: “no, porque tú erás una niña y no podís tener pensamientos políticos”¹⁵, entonces nunca tuve ese espacio, nunca lo pude desarrollar

¹⁵ Cuando las/os jóvenes plantean posiciones según lo que tradicionalmente se considera como político, el mundo adulto reacciona con especial violencia. En tanto campo del poder, los adultos no admiten que las/os jóvenes tengan presencia en él y es por ello que cualquier atisbo de afirmación

hasta que conocí la Unión Nacional Estudiantil y me metí ahí para poder generar más ideales, para saber más” (Anais, 2°medio, militante de la UNE, grupo de integrantes de organizaciones)

La participación en el teatro o en una organización política estudiantil (UNE) relatada en las citas seleccionadas cuenta con un sentido similar: hacer una crítica, cambiar una mente, poder generar más ideales, en definitiva, salir de la inercia y arrojar el cuerpo hacia acciones de cambio. A lo largo de los grupos pude constatar la circulación de un discurso crítico, especialmente sensible a situaciones que expresan su injusticia o arbitrariedad en el cotidiano, por ejemplo, al poder arbitrario de profesores y direcciones, o a la pasividad de sus compañeras/os o. Es esa rebeldía la que da curso a este tipo de participación.

Interés en lo político ¿Desidia individual o compromiso generacional?

Al constituirse el grupo de discusión prescindiendo de una dirección estructurada del investigador, interpreto las categorías empleadas por las/os estudiantes de manera contextual, haciendo un esfuerzo -constitutivamente insuficiente- por reproducir la lengua del grupo, en línea con lo que Duarte (2005) problematiza como una epistemología de lo juvenil. Para estudiar las representaciones sobre la política esta disposición es particularmente crítica, pues el horizonte de construcción de conocimiento debería apuntar a no interpretar desde marcos teóricos rígidos, sino que desde la propia estructura de habla de la/os jóvenes.

El transcurrir de la conversación lleva desde las representaciones sobre la participación hacia la relación que establecen los estudiantes con la política y lo político, significantes por definición en disputa (Lechner, 1984) y cuya habla en los grupos no escapa a esta dinámica conflictiva. Como criterio de agrupación, este acápite reúne las representaciones sobre aquello que las/os estudiantes inscriben en el ámbito de lo político, tanto en su expresión estatal, como en el modo cotidiano en que los sujetos asumen la construcción de la realidad social deseada.

En la relación de las/os estudiantes con los espacios sociales catalogables como políticos, se aprecian dos tipos de discurso(s) que marcan una frontera sobre las posibles acciones de las/os jóvenes. Las siguientes citas lo ilustran con notable agudeza:

“M: Pero yo veo una tensión, porque por un lado los jóvenes no están ni ahí, no participan, pero por otro los jóvenes son la renovación, son los que participan, ¿cómo se resuelve esa tensión?

V: Es que depende del joven, porque si uno quiere formar parte de algo lo va a hacer, pero hay otros que de verdad no están ni ahí con nada, ¡pero con nada!, uno les dice un

agencial, es visto como una amenaza (porque, en efecto, lo es en relación a la trama adulta de dominación)

tema y no les importa, se quedan callados” (Macarena y Valentina, integrantes de directivas de curso, colegio particular subvencionado).

En ambas cuñas se construyen dos grupos de jóvenes: i) aquella/os desinteresados con cualquier espacio relacionado con decisiones y problemas colectivos, desde los del colegio hasta la política. Ellas/os son los que no participan, los que no están ni ahí con nada, ¡pero con nada!, en una imagen convergente con la idea de la juventud apática masificada durante los años 90'; ii) Los que participan y forman parte de algo, que traen consigo el aire revulsivo de la generación que vino a remover los cimientos de la transición (los jóvenes son la renovación).

Macarena, en su reflexión, da con una de las preguntas que ha guiado mi trabajo de investigación: ¿Cómo se resuelve esa tensión? En efecto: ¿Cómo comprender a una generación que aparece tan apática como comprometida?, ¿Qué distinciones es posible discernir a partir de esta aparente contradicción?

Apatía: profundo desinterés con el tema político

En la conversación pude observar la existencia una posición discursiva expresiva (lo constata, no lo expresa) de un desarraigo hacia cualquier territorialidad política, traducida en lógica práctica como un repliegue subjetivo ante las relaciones en que se juegan los procesos de autodeterminación social.

“Es que ahora no encuentro que haya gente, al menos en la media de ahora, no encuentro que haya gente muy motivada con el tema político” (Rai, 3°medio, colegio particular).

“No sé, es complicado el tema, porque a los jóvenes se les da la oportunidad de opinar, quizás no tanto en la política si es que son menores de 18, pero por ejemplo en centros de alumnos, en el curso, en grupos sociales también, se les da la oportunidad pero no la utilizan” (Nazelys, 4°medio, colegio particular subvencionado)

“Pero ahora eso ya es muy difícil de ver, por ejemplo yo lo veo en mis compañeros y no, no tienen interés en la política, son contados con la mano los que de verdad tienen esas convicciones de decir “no, yo quiero cambiar la educación, yo voy a estudiar para cambiar mi futuro” y no, eso ya no se ve, es súper difícil” (Isidora, 3°medio, colegio particular subvencionado).

“Los que quieren participar son minoría y los que no son mayoría” (Lissete, 3°medio, colegio particular subvencionado)

Los diálogos sobre este tema se produjeron, en general, al incitar al grupo a realizar un diagnóstico sobre el interés que mostraban sus compañeras/os (su generación) acerca de la participación¹⁶ social y política; lo que para mí, como investigador,

¹⁶ Adjunto ejemplos del modo en cómo propicié la conversación sobre lo político: 1) M: Y ya entrando a su participación como jóvenes, ¿cómo ustedes sienten que es la participación juvenil, tanto de ustedes como de su generación? 2) M: Chiquillos y chiquillas, ¿cómo ven que se mueve la

constituía un esfuerzo por poner en habla la conciencia de las/os estudiantes sobre sí mismos.

Este discurso da cuenta de una percepción de desafección generalizada no solo con la política institucional -en línea con las cifras del INJUV (2016) que muestra que un 80% de la población joven entre 15 y 19 años Chile tiene poco o muy poco interés en “la política”-, sino con el ámbito de lo público, de las decisiones susceptibles de ser definidas colectivamente, en definitiva, de lo político como campo de la construcción conflictiva del orden social (PNUD, 2015; Lechner, 1984).

La potencia de este discurso es que se esgrime como un relato generalizado sobre la participación, en tanto describiría la posición típica que cruza a la subjetividad política estudiantil melipillana (*no encuentro que haya gente muy motivada con el tema político; yo veo a mis compañeros y no, no tienen interés en la política*), expresándose el sentido común en su aceptación cognitiva, como un fondo compartido de distinciones y suposiciones que define la realidad generacional en su relación con el tema político.

La generación nueva: en oposición a la decadencia adulta.

Otro discurso sobre la autopercepción generacional que enunciaron las/os estudiantes melipillanas/os las/os sitúa como llamados a transformar el mundo decadente que se les aparece como realidad impuesta.

“Ahí podría empezar el interés de la juventud, de una generación nueva, con reformas nuevas para el futuro, porque en algún momento todos los políticos que hay ahora se tendrán que ir o morir, entonces tiene que haber gente nueva con propuestas nuevas” (Andrea, 3º medio, colegio particular subvencionado)

“Ahora los jóvenes como que están más interesados en votar, o en elegir a alguien en un cargo superior que pueda controlar la ciudad o el país, como que son los que dan más opinión ahora, los adultos ya no están ni ahí, no opinan nada.” (Valentina, 3º medio, colegio particular subvencionado).

“Es lo que nosotros siempre reclamamos de los adultos, en el fondo que no tenemos derecho a voto –la mayoría somos menores de edad- pero yo creo que eso es lo que tenemos que poner en juego nosotros, que somos como las nuevas generaciones y darnos cuenta de que podemos cambiar eso, porque ahora se nota que hay descontento y todo, pero recae en nosotros, es nuestra responsabilidad cambiar eso, para que la gente deje de ser floja y deje de ser ignorante, y a pesar de que tenga todos los medios, en el fondo también parte por nosotros” (Belén, 4º medio, colegio particular).

participación juvenil, organizaciones sociales, culturales, políticas, cómo ustedes ven a su generación?

“Nosotros tenemos el poder de cambiar todo, los jóvenes, porque nosotros si somos políticos y cambiamos todas las ideas, la cuestión va ir evolucionando, no al tiro, pero paulatinamente va a ir evolucionando” (Benjamín, 4ºmedio, colegio particular).

Esta conversación se sitúa basada en un futuro “buen” orden (Lechner, 2002), en donde una actualidad significada como agravante, logra ser superada por una nueva sociedad en donde los/as jóvenes logran hacer valer una sociabilidad libre de los vicios de la realidad adulta. En efecto, la imagen de los jóvenes llamados a construir un mejor Chile se opone, en el imaginario, a la descomposición social que atraviesa a las estructuras del mundo adulto, a quienes se les asocian atributos tales como el desinterés, la apatía, más las características ya estudiadas del sistema político (corrupción, falta de representatividad).

Es interesante que el discurso de la apatía antes analizado, se asume como introyección de las características repudiables del mundo adulto (que es lo que nosotros siempre reclamamos de los adultos); y al contrario, los atributos propios de la juventud -a pesar del diagnóstico sobre el desinterés en lo político- son las ideas, la opinión, las propuestas, la evolución (*tiene que haber gente nueva con propuestas nuevas; ahora los jóvenes (...) como que son los que dan más opinión; nosotros tenemos el poder de cambiar todo, la cuestión va a ir evolucionando*). Las/os jóvenes sienten al no participar están reproduciendo un modo de ser en lo público que no corresponde a la moral de su época, sino la de la anterior, la que quieren dejar atrás. La siguiente cita es ilustrativa al respecto:

“Entonces al final los jóvenes tienen ese espíritu revolucionario, porque su familia, es como un choque generacional, si hay un lugar fascista y yo quiero hacer algo diferente, no, choca la mamá, choca la abuela con el nieto, siempre, entonces ese choque generacional también se ve en las elecciones, porque los adultos son más resignados, son más conformistas, los adolescentes no, son inconformistas, por eso quieren ir a votar, por eso forman la Jota, por eso forman la UNE, por eso forman FESEME” (Cinthia, 1ºmedio, colegio particular subvencionado)



Fotografía 2: Marcha en contra de la presencia de la familia Ariztía de la Corporación de Educación y Salud. Calle Vicuña Mackenna con Pardo. Por Raimundo Echeverría

La moral sobre las/os jóvenes y su relación con lo político los ubica en oposición a la generación de sus padres y se expresa en los diversos ámbitos de lo político, desde las elecciones a participación en espacios político sociales (la UNE, FESEME), estando signficada por la oposición inconformidad/conformidad que pone a las/os jóvenes del lado de la inconformidad y los cambios.

En efecto, según este discurso, cualquier transformación que traiga asociados cambios positivos (*una evolución*) necesita emanar desde los jóvenes para concretar sus propósitos, teniendo el peso de una responsabilidad histórica generacional. Esta responsabilidad se vincula a la experiencia acumulada en sus procesos de socialización pues, por un lado, ni a nivel de representaciones, ni de actoría social, el mundo adulto parece entregar respuestas que puedan enmendar el rumbo de un destino que parece torcido; y por otro, las referencias concretas de buen orden de mayor impacto público han sido protagonizadas por actores sociales juveniles, y son valoradas positivamente incluso tras el salto a la política institucional (recordar las representaciones sobre Boric y Jackson)

Ahora bien, la tensión explicitada parece agudizarse, pues el análisis refuerza y hace colectivo su diagnóstico: por un lado, no están ni ahí, no participan, pero por otro los jóvenes son la renovación, son los que participan. Esta dislocación entre la aceptación cognitiva sobre la extendida falta de interés en participar en la construcción de

órdenes colectivos, y la moral de la generación joven, comprometida con las transformaciones sociales, es comprensible en tanto no es posible establecer asociaciones mecánicas entre discursos y sujetos: “los discursos no son sujetos, ni estos pueden reducirse a ellos; se muestra así la posibilidad de una subjetividad pluri-discursiva y se lleva la cuestión de la coherencia a un asunto por ver, no dada” (Canales, 2014, p. 184).

En efecto, el estudio de las subjetividades, al proponerse como horizonte la comprensión del sentido, debe mostrarse permeable a recorrer los conflictos y tensiones intersubjetivas que hacen propias las fracturas del orden social (Lechner, 1988), quiebres que en el Chile que dejó la transición estructuran una subjetividad política atravesada por la identificación conflictiva entre nuevos discursos que no acaban por ser hegemónicos y los viejos relatos que resisten desde el poder.

Una de las formas en que las/os jóvenes pueden participar políticamente es acudiendo a las elecciones de representantes en el sistema político, ya sean locales o nacionales. Pese a que la edad de las/os estudiantes con los que conversé los inhabilitaba a casi todos de ejercer el derecho ciudadano, el tema lograba producir abundante conversación y una pluralidad de posiciones que no esperaba.

Jóvenes que no votan.

La falta de legitimidad del sistema político estudiada en el capítulo anterior tiene efectos en la disposición que muestran las/os jóvenes para asistir a las elecciones. En concordancia con el diagnóstico que muestra que los políticos, en tanto grupo social, trabajan para sus propios intereses, las/os estudiantes se posicionan escépticos acerca del potencial transformador del voto y de su capacidad de representar a la ciudadanía. Ellas/os plantean como razones, por ejemplo, que *votar no te va a cambiar la vida (...), no porque yo vaya a votar me van a pagar las cuentas a fin de mes, o porque no tiene sentido ir a escoger a mi ladrón (...)* porque la política yo creo que es algo sucio. Es decir, la desconfianza de la política institucional como ámbito útil para la ciudadanía lleva a desestimar la importancia del voto.

“Es como lo mismo que pienso yo. Porque ir a votar no te va a cambiar la vida, no porque yo vaya a votar me voy a levantar más tarde, o no porque yo vaya a votar me van a pagar las cuentas a fin de mes” (Lucía, 3º medio, liceo municipal, técnico profesional y rural)

“Un claro ejemplo, yo ya puedo votar y no quiero ir, porque he escuchado a gente decir “pa qué voy a escoger a mi ladrón” y yo le encuentro la razón, porque la política yo creo que es algo sucio” (Gustavo, 4º medio, colegio particular subvencionado).

“En estas elecciones yo tengo la capacidad de votar y no quiero hacerlo, aunque digan que es nuestro derecho, el único derecho, yo no quiero votar. Porque digo que cuando realmente encuentre a alguien real que me represente lo voy a hacer” (Yaritzza, 3º medio, colegio particular subvencionado)

“Yo creo que ahora no se va mucho a votar, porque no se sienten representados por personas, lo mismo que nosotros como jóvenes, no tenemos algo que nos represente, que nos haga sentir parte de la sociedad” (Yamsi, 3º medio, liceo municipal rural)

Otra arista de la misma decisión descansa en la crisis de representatividad, también trabajada en el capítulo anterior. Bajo este discurso, las/os políticos y los partidos no estarían teniendo la capacidad de convocar a las/os estudiantes, de ofrecer una propuesta que pueda encarnar con sus inquietudes y preocupaciones sobre los temas comunes a un nivel tal que desde el sistema político ellas/os perciben una fuerza que los excluye, que los hace sentirse fuera de la sociedad. Esta es una consecuencia elocuente de la profundidad que posee la crisis de legitimidad del sistema político, pues las/os estudiantes asumen que no es desde la política -ámbito por excelencia de los asuntos comunes-, desde donde es posible construir el orden colectivo.

Yo voto, pero...

El discurso de las/os estudiantes que manifestaban su deseo de ir a votar se planteaba desde una posición que entendía la ingravidez de este tipo de participación, existiendo consenso, con quienes manifestaban no tener intención de ir a votar. Es decir, es transversal la idea de lo poco eficaz que es el voto como herramienta de transformaciones y en su posibilidad de representar a la ciudadanía, solo que las/os jóvenes difieren en el modo de enfrentar ese estrecho margen de participación institucional.

“Yo encuentro que es un derecho que tanto costó tener, hay tantas personas que sufrieron tanto en el tiempo de la dictadura, costó, para que ahora todos se lo pasen por dónde quieren, sobre todo los jóvenes” (Isidora, 3º medio, colegio particular subvencionado)

“Cuando tenga los 18 voy a empezar a votar porque quiero que sepan mi opinión, para que después no digan: “ella no fue a votar, no tiene derecho a opinar”, que es lo que está pasando ahora” (Scarlett, 3º medio, liceo municipal).

“Lo único que tenemos es votar ahora, por último hacer valer ese derecho” (Karina, 4º medio, colegio particular subvencionado).

Las razones que otorgaron la/os estudiantes son de diverso tipo, trasluciéndose en ellas un habla resignada, que comprendía en el voto una participación cívica insuficiente, pero que de todos modos valía ocupar. Se apela a la historia reciente (*es un derecho que tanto costó tener*), a una forma de evadir el juicio social del mundo adulto (*para que después no digan: “ella no fue a votar, no tiene derecho a opinar”*) o como opción desesperada ante una democracia restringida (*por último, hacer valer ese derecho*). El voto nulo se explica también en esta lógica minimalista: más vale reclamar que no hacerlo.

“Voy a ir a votar, pero mi voto va a ser nulo. Es como no ir a votar, pero creo que igual vale ir a votar o ir a poner nulo, para que ellos se den cuenta que no es porque uno tenga diferentes cosas qué hacer o porque no le da el tiempo, sino que es porque no hay

credibilidad en ellos, porque ellos no convencen” (Isidora, 4°medio, liceo municipal técnico profesional y rural)

“Yo creo que hay que ir a votar, aunque sea nulo, porque muestras el descontento dentro de los representantes que hay. Entonces hay que ir, porque cabros, es el único derecho que tenemos po, no tenemos nada, ¡nada!, no hay nada. Entonces por último si tenemos para decir no me gusta nadie, anda y marcai no me gusta nadie.” (Roberto, 3°medio, colegio particular subvencionado)

En quienes votan nulo, existe una creencia de que la práctica tiene valor porque lleva un mensaje claro a los políticos, es una forma de expresar que no hay falta de interés, sino una disconformidad específica hacia lo que representan ellos (*para que ellos se den cuenta (...) porque no convencen*).

Valoración del voto obligatorio.

En la conversación sobre las conveniencias o inconveniencias del voto voluntario el consenso en los grupos -a diferencia de lo sucedido con las posiciones sobre votar o no, en donde hubo divergencias que dividían los grupos- se sostuvo en un discurso que demandaba el regreso de la obligatoriedad del voto. Los diálogos en este tono se desarrollaron de manera profusa en la mayoría de los grupos de discusión:

“Porque el cambio de inscripción obligatoria a voto voluntario, no funciona, no está funcionando mucho, porque va a votar muy poco porcentaje en relación a la cantidad de chilenos que somos”. (Valentina, 4°medio, colegio particular subvencionado).

“Es que por eso tiene que ser obligatorio, para que vote el pueblo”. (Ariel, 4°medio, Liceo municipal rural)

“Tal vez el sistema de la democracia está bien, pero eso de que ahora el voto sea voluntario, eso está mal. La gente misma arruina el sistema” (Yanina, 4°medio, colegio particular).

“Para mí, el voto tiene que ser obligatorio, todos tenemos que ir a votar porque ahí sería exactamente la democracia, porque si vota la minoría, eso nada, nada, es democracia” (Gustavo, 4°medio, colegio particular subvencionado)

“Pero si se cambia eso del voto voluntario, a mi parecer estaría súper bien porque, por ejemplo, los jóvenes de ahora, no muestran interés, gran parte no muestra interés por votar y todo, entonces eso se está perdiendo y la descendencia de ellos va a seguir los mismos pasos y así sucesivamente, hasta que ya el voto desaparezca. Ahora ya, si fuese el voto obligatorio, eso se mantendría e igual tendríamos razones para después alegar o hablar, opinar, etc.” (Nehuén, 3°medio, colegio particular subvencionado)

“Igual yo creo que a los políticos les conviene eso, que poca gente vote. Por eso el voto es voluntario, para mí debería ser obligatorio” (Ismael, 3°medio, colegio particular subvencionado).

El principal argumento para reivindicar el voto obligatorio se sustenta en el restablecimiento de la legitimidad en el sistema político que traería que la mayoría de las/os ciudadanas acudieran a elegir a sus autoridades. En el capítulo anterior, al

discutir sobre el significado de la democracia en tanto régimen político, uno de los principales cuestionamientos era la profanación del principio de soberanía popular (“*el poder del país no está en el pueblo*”, decía una estudiante), que restaba legitimidad a la democracia a un nivel de comprenderla como una cáscara, como un simulacro, como una democracia de nombre.

A partir de ese diagnóstico no resulta sorprendente una conversación de este estilo, en que aparece como demanda hacer cumplir el mandato democrático, trayendo el poder -representado sustancialmente- desde los políticos hacia el pueblo (*Es por eso que tiene que ser obligatorio, para que vote el pueblo; todos tenemos que ir a votar porque ahí sería exactamente democracia*)

La baja participación electoral que propiciaría el voto voluntario también es explicada como un efecto intencionado de una estrategia por parte de “los políticos” (*yo creo que a los políticos les conviene eso, que poca gente vote*), sustentada en la imagen descrita en el capítulo anterior, como un grupo social que vela por sus intereses, marginando a la ciudadanía de sus decisiones. También es llamativo que Nehuén perciba en el voto voluntario un peligro para la democracia, pues impulsaría un proceso de desafección que terminaría en la desaparición del voto (*gran parte no muestra interés por votar y todo hasta que el voto desaparezca*).

Educación cívica: una demanda de la moral comprometida.

Las conversaciones también llegaban a consenso en cuanto a la necesidad que sentían las/os jóvenes de informarse y conocer más “de política”, actividades que podrían ser impartidas en el ramo de “Educación cívica”, inexistente en sus currículums, pero presentes en el imaginario escolar.

“Yo creo que una de las cosas que se deberían hacer, o que más se hicieron, fue sacar el ramo de educación cívica, siento que pasar el tema del ciudadano en tan solo una unidad de cuarto medio es insuficiente y también creo que eso provoca un desinterés por parte de los jóvenes” (Simón, 3º medio, colegio particular subvencionado).

“Debería haber clases en donde nos explicaran sobre cada partido y nos trataran de incentivar a ser partícipe de ellos.” (Anais, 3º medio, liceo municipal)

“Se debería insertar en los colegios desde los más pequeños a los más grandes, de pequeños educarlos, hacerlos interesarse en la política, que sea un tema de conversación, que se inserten en el mundo de la política” (Sergio, 4º medio, liceo municipal técnico profesional y rural)

“Entonces si no se enseña educación cívica la gente no va a votar, los jóvenes no van a ir a votar, no van a poder cambiar los representantes y va a ser como un círculo vicioso al final” (Benjamín, 4º medio, colegio particular)

El principio de la demanda es el mismo que la del voto obligatorio: las/os estudiantes significan su marginación del sistema político como una situación que no brinda legitimidad ni a la democracia, al atentar contra el principio de soberanía popular; y

que no les permite cumplir con la moral de su generación, que en tanto conciencia colectiva, los llama a la participación social para la creación de nuevos buenos ordenes, que desborden los límites del presente en decadencia. Es por eso que el desinterés extendido hacia lo político admite una interpretación puesta en el contexto de los estudiantes, pues más que una radical individualización, se escucha un repliegue forzado, producto del sistema de exclusiones operado desde los actores sociales que hegemonizan los órdenes sociales en que las/os jóvenes se desenvuelven.

De marchas y movimientos sociales en el Chile que dejó la transición.

En los grupos también se habló sobre los movimientos sociales, aunque esta categoría es difusa para describir lo observado en el diálogo estudiantil. Más exactamente “la marcha”, como recurso por excelencia desplegado por los movimientos sociales, fue el objeto sobre el cual se estructuró la conversación: las/os estudiantes divagaron sobre sus pertenencias a movimientos, sus objetivos, sus características, y las ideas de buenas y malas manifestaciones.

Movimientos sociales: *hacer valer la voz.*

El habla de las/os estudiantes evalúa positivamente algunos de los valores que las marchas y los movimientos sociales logran encausar:

“Marchar igual representa una participación ciudadana. Uno dice “ya, la participación ciudadana es cuando se va a votar”, no, pero el hacer valer la voz, que la gente escuche por lo que están protestando, igual es bueno” (Carola, 4°medio, liceo municipal técnico profesional y rural)

“Yo encuentro que es importante que la gente empiece, después de tanto tiempo, si llevan mucho tiempo con ese sistema, y aun así seguían, hay gente que aún lo defiende, entonces encuentro que es bueno que ahora la gente esté mostrando su punto de vista y que por fin deje de aguantar tanto, que los pasen a llevar todo el tiempo” (Belén, 4°medio, colegio particular)

Por un lado, se plantea que marchar representa una participación ciudadana que desborda los márgenes que abre la política institucional a través del voto. Si anteriormente las/os jóvenes afirmaban la poca relevancia práctica del voto; la participación en las marchas se significa como efectiva, pues, a diferencia de las elecciones, permiten hacer valer la voz. Y este deseo de ser escuchados, según se ha analizado, representa una de las demandas más profundas manifestadas por las/os jóvenes, socializados en un contexto de instituciones y poderes desplegados a través del cuerpo social, orientados a hacer de la voz juvenil un habla no legítima (la voz juvenil no es legítima hasta que sus propios actores la hacen valer). De este modo, la participación en marchas tiene un valor intrínseco, pues al conectar la acción individual con los problemas generales de la sociedad, contribuye a cumplir la demanda juvenil que exige escucha.

También las/os jóvenes señalan la importancia de los movimientos sociales para la sociedad, más allá de su participación en ellos. La irrupción de este tipo de acción social marcaría un quiebre con un tiempo anterior caracterizado por la naturalización del abuso y la resignación social (*que por fin deje de aguantar tanto, que los pasen a llevar todo el tiempo*), y en el plano de la actoría política, un período histórico en que el malestar enmudecido abandona la mordaza, fraguando su propia voz (que la gente esté mostrando su punto de vista, hacer valer la voz)

El movimiento estudiantil: la nueva historia.

El movimiento estudiantil es el único ejemplo en la conversación en que un actor social logra ser representado trascendiendo la inmediatez y dando una lucha prolongada en los años. Es significativo el lugar que ocupa la revolución pingüina en la historia del tiempo nuevo en que las/os jóvenes hacen valer su voz.

“Sin la manifestación del 2006 no tendríamos la JUNAEB para comprar comida, algo tan necesario, pero nació de ahí, nació en la revolución pingüina. Por eso la manifestación es necesaria, si te falta algo tenís que pedirlo, si al final el Estado tiene que darnos lo mínimo y no nos está dando lo mínimo. La salud no es lo mínimo, la educación tampoco” (Roberto, 4° medio, colegio particular subvencionado)

“Me gusta que la gente salga a la calle, que exponga sus opiniones, que digan: “¿saben qué?, a mí no me parece así que voy a marchar”, porque siento que quizá antes los chilenos eran más callados, antes se veían poco las marchas, desde el gobierno militar... ahí se veían harto las marchas, pero después hubo un tiempo en que eso como que se estancó y ahora desde el 2006 en adelante ha vuelto y es bien potente, podemos ver que casi todos los fines de semana la gente se reúne y va a marchar por sus ideales” (Valentina, 3° medio, colegio particular subvencionado)

“Eso sí con las marchas y todo el movimiento estudiantil han logrado algo, no es que no hayan logrado nada, pero falta, que el gobierno los escuche más, que de verdad hagan cosas” (Javiera, 2° medio, colegio particular subvencionado)

Las movilizaciones del año 2006 serían inaugurales en la nueva forma de relacionarse con los abusos y la injusticia, opuesta al período previo del mutismo democrático de la transición (*antes los chilenos eran más callados, antes se veían poco las marchas*). Esta nueva historia también está marcada por la conquista de derechos o beneficios materiales producto de la movilización, tales como las becas JUNAEB o la gratuidad, lo que instala una racionalidad en la protesta: la organización no es solo un ritual, o un bien en sí mismo, sino que las marchas han permitido vivir mejor en el presente. No obstante el reconocimiento de triunfos producto de las movilizaciones, las/o estudiantes asumen que las demandas fueron acogidas solo parcialmente (el movimiento estudiantil ha logrado algo, no es que no haya logrado nada, pero falta); y el gobierno es acusado, más que de no conceder las reivindicaciones del movimiento, de no escuchar, de no cumplir la demanda de reconocimiento que subyace al imaginario juvenil (*pero falta, que el gobierno los escuche más*)

“Todo el avance que se ha visto con el movimiento estudiantil, aunque no tan grande, pero hay gratuidad entonces eso fue un logro que ya tenemos, entonces si siguen estas marchas puede que ya, no sé, en veinte años más todos podamos estudiar gratis o que las AFP van a terminar y va a haber otro sistema, quizá quién sabe, pero gracias a esos pequeños movimientos, que partieron siendo minúsculos, ahora son muy masivos y se han logrado muchas cosas” (Isidora, 3°medio, colegio particular subvencionado)

Es importante la representación del movimiento estudiantil como discontinuidad en la historia reciente de Chile. El percibir algunos cambios en el sistema educativo como atribuibles a su actuar (gratuidad, JUNAEB), facilita la desnaturalización del presente -hace aparecer a las/os estudiantes jóvenes, como ellos, transformando sus condiciones de vida-, y permite situar la mirada en un futuro abierto a las fuerzas de cambio. Por ejemplo, Isidora fantasea: entonces si siguen estas marchas puede que ya, no sé, en veinte años más todos podamos estudiar gratis o que las AFP van a terminar y va haber otro sistema. La historia nueva inaugurada, además de haber producido cambios concretos en la realidad, tiene valor porque politiza el presente e instala una apertura en la imaginación, hacia nuevos ordenes, en que la sociedad tenga voz y se repare la sensación de vulneración y agravio que se describió en el capítulo anterior.

Marchas buenas, marchas malas y encapuchados.

Si bien las marchas cuentan con una valoración positiva por parte de las/os estudiantes secundaria/os, este juicio se pone en cuestión si es que en su finalización irrumpen los encapuchados, responsabilizados por los enfrentamientos con Carabineros y por causar destrozos a la propiedad pública y privada.

“Yo estoy de acuerdo con todo tipo de marcha social, con todo tipo, aunque luchen por un lápiz yo estoy de acuerdo, pero siendo pacíficas y que tengan un propósito bueno, porque los mismos delincuentes son los que después se aprovechan y dejan la tendalá en Santiago, si fueran solamente pacíficas, que tengan un motivo social muy importante y que solamente se representaran como movimiento y después se retiraran dignamente, yo apoyo 100% a eso” (Lucía, 3°medio, liceo municipal técnico profesional y rural)

“Encuentro que en las marchas se pierde la importancia de lo que tratan de conseguir cuando entran los encapuchados y rompen todo y dejan la pura embarrada. Ya ahí uno le pierde la importancia a lo que realmente iban a hacer. A lo mejor un 90% va a lo que reclaman, pero ese 10% hace que le quiten la importancia a la marcha” (Valentina, 3°medio, colegio particular subvencionado)

“Yo encuentro que está bien, pero hasta cierto límite, porque cuando empiezan a salir los encapuchados, ahí es como que se empaña todo, entonces queda todo dónde mismo, todo termina en destrozos y casi siempre es así” (Ignacio, 4°medio, colegio particular)

Las representaciones de los encapuchados cuentan con el poder de lograr que las valoraciones de las de las marchas puedan traspasar la frontera que separa lo que está bien (y se debe) hacer, de aquello que no es deseable y está sancionado

socialmente. Es su acción, y no otra, lo que produce un quiebre en la forma de relacionarse afectivamente con las marchas por parte de las/os estudiantes.

Es interesante que el criterio cuantitativo no sea lo relevante en el discurso que evalúa las marchas (*A lo mejor un 90% va a lo que reclaman, pero ese 10% hace que le quiten la importancia a la marcha*), sino que más bien se aplica una distinción binaria, que separa las marchas que terminan con encapuchados, de las marchas buenas, pacíficas, que cumplen su propósito, llegando incluso a significar (por oposición) como poco dignas aquellas que terminan con enfrentamientos (*si fueran solamente pacíficas (..) y después se retiraran dignamente*)

La violencia ilegítima -para las/os estudiantes- que ejercen los encapuchados es rechazada desde un habla estudiantil particularmente afectada por el tema. Esta sensibilidad es elocuente de lo estudiado por el PNUD en su Informe “Los tiempos de la politización” (2015) al interpretar la prevalencia en la sociedad chilena de “una cultura que siente una gran aversión al conflicto y tiene consolidada una valoración del orden, incluso por sobre la libertad” (PNUD 2015, p.25), que pone en tensión los malestares y demandas de la ciudadanía, con las formas en que los movimientos sociales tienen de desplegar su fuerza. En efecto, el aprecio del orden por sobre los horizontes de justicia propuestos por los movimientos sociales logra permear el habla estudiantil a un punto tal que en su timbre más conservador manifiesta un pleno rechazo a esta forma de movilización.

“No sé, pa mi las marchas son como un desperdicio de tiempo no más, porque al final pueden hacer 20 marchas y de las 20 al final no consiguen nada. Lo único que consiguen son desorden, destrozos” (Diego, 2º medio, colegio particular subvencionado y técnico profesional)

“Hoy en día son puros problemas las marchas, no se plantea nada claro tampoco, hace tiempo no se ve una marcha bien hecha, como la de las AFP, siempre terminan en desorden” (Luis, 4º medio, liceo municipal y técnico profesional)

Las fracturas de la sociedad chilena que la violencia encapuchada deja expuestas son sublimadas a partir de una demanda pacifista, antes que desde su comprensión como uno de los efectos históricamente esperables la confrontación de fuerzas sociales en las avenidas de la ciudad. Así, las/os estudiantes demandan un modelo de marcha bien hecha, tal como las desplegadas por el movimiento No + AFP.

“En la marcha contra las AFP no hubo ningún destrozo, fue la marcha más pacífica que ha habido y no mostraron nada. Se demostró que era posible hacer una buena marcha.” (Sofía, 3º medio, colegio particular subvencionado).

Las/os secundarios/as valoran del movimiento No +AFP la ausencia o marginación de los encapuchados -cabe recordar que las/os manifestantes se enfrentaron a ellos

en más de una ocasión¹⁷- y esto marca el modelo de la buena marcha: aquella pacífica, que no termina en desorden, en las que el enfrentamiento físico no entra en escena

3.3 Apuntes sobre la conversación que me ayudó a descubrir el discurso autoritario-castigador

Durante una mañana de octubre del año 2016 realicé dos grupos de discusión con estudiantes del Colegio San Agustín, establecimiento particular subvencionado de Nivel Socioeconómico Medio Bajo de la comuna de Melipilla. La existencia de las formaciones diferenciadas, Científico Humanista y Técnico Profesional, me llevó a solicitar permiso para producir una conversación por cada una, siguiendo mi intuición y desconfiando del mal entendido criterio que incita al abandono del trabajo de campo una vez que los discursos saturan. A esa altura ya había realizado nueve grupos y, en general, las conversaciones redundaban, pero continué en mi estrategia: recorrer en toda su heterogeneidad las posiciones de un colectivo al que me acercaba exploratoriamente. La selección de los colegios participantes proponía un desafío epistemológico: ¿bajo qué criterios diseñar una muestra con representatividad estructural sobre la subjetividad política de las/os estudiantes secundaria/os de Melipilla, sin tener certeza de cuáles son las variables que estructuran el objeto? Lo que sucedió con las/os estudiantes de 2do medio del Colegio San Agustín Técnico Profesional valida la decisión y el criterio.

Esta conversación estuvo a punto de no suceder. Al iniciar el grupo, recién presentándonos, un estudiante me pide abandonar la reunión. Yo accedo y luego otro también se anima. Tuve que hacer explícito el carácter voluntario de su participación e invité al grupo a diluirse, si esa era su voluntad. Las/os jóvenes titubean, las/os percibo disfrutar silenciosos la fantasía de estar lejos de mí y de esa sala, pero la transgresión les pareció excesiva. El colectivo de estudiantes deviene en incipiente grupalidad en el acuerdo voluntario de cooperar con el trabajo del joven de cara desencajada que tenían al frente.

“K: ¿Me puedo ir?”

M: Sí... ¿también se quieren ir, chiquillos? Porque si no quieren estar acá, no lo hacemos no más, en serio.

D: No tenía que haber dicho que si querían irse, que se vayan.

M: Es que no me gusta tener a la gente obligada, este espacio no tiene que ser como sus clases, en donde ustedes están obligados.

(Silencio)

¹⁷ No + AFP: Manifestantes corren a un grupo de encapuchados que pretendía colgar un lienzo”. The Clinic Online. <https://www.theclinic.cl/2016/08/21/noafp-manifestantes-corren-a-un-grupo-de-encapuchados-que-pretendia-colgar-un-lienzo/> Visto el 20-03-2019

M: Pero díganme algo po...

D: Ya, pongámosle no más” (Colegio particular subvencionado, técnico profesional)

Es interesante que Diego señala mi propuesta como un error, puesto que habla de las expectativas que pesaban sobre mí: esperaban que me comportara como sus profesores, quienes cuentan con atribuciones para castigar a quienes quieren arrancar de la sala. Las/os estudiantes rebeldes, que no titubearon ante el poder más flexible ejercido por mí, son los que permitieron que el grupo haya funcionado, en tanto su abandono permitió desnaturalizar el espacio y marcar una discontinuidad con la territorialidad escolar.

Y ya iniciado el grupo de discusión, el silencio tomó la palabra como ninguno de las/os participantes. Hubo un repliegue de la conversación, una distancia hacia los temas que yo proponía, relacionados con la política, la democracia y la participación, siendo esta la principal característica de la conversación y una de las que justifica su tratamiento diferenciado. De todos los grupos que realicé, fue el de menor duración, con 40 minutos (con las/os estudiantes del Científico Humanista dialogué durante 2 horas y 4 minutos) y en el que menos se habló: abundaron los silencios, que intencionadamente dejé que se prolongaran hasta la contar con la certeza de que nadie más intervendría. Por ejemplo:

“M: ¿No tienen ninguna opinión de cómo funciona el país en términos políticos? El que no les interese también es una opción, pero plantéenlo.

(Silencio)

M: Por ejemplo, ya, siendo más concretos todavía, sobre los partidos políticos, ¿qué opinan sobre los partidos políticos?

(Silencio)

F: Es cuando eligen a los candidatos.

D: Dicen cosas que van hacer y al final no las hacen. Prometen mucho y no cumplen nada.

(Silencio)” (Colegio particular subvencionado, técnico profesional)

La conversación, cuando lograba emerger, se desarrollaba desde diálogos secos y para llegar a consensos bastaban un par de frases. Estos acuerdos que conformaban al grupo solían estar atravesados por discursos autoritarios, hablados desde un sistema de diferencias rígido, poco matizado, articulado emocionalmente desde la aversión a la profanación del orden cotidiano. Al hablar sobre la política institucional, por ejemplo, no alcanzamos más precisiones que estas:

“M: ¿Alguna reflexión sobre los partidos, o sobre los políticos en general?... ¿tienen buena o mala impresión sobre los políticos?

F: Mala

S: La mayoría se queja del gobierno, la gente adulta.

G: *Está mal.*

D: *Mucha corrupción.*

G: *La mayoría se estacionó en cosas malas.*

(Silencio) (Colegio particular subvencionado, técnico profesional)

Un acuerdo, más que en términos cognitivos, en un plano moral sobre la política como un ámbito corrompido de la vida social. Es similar a lo hallado en los otros grupos, pero hablado de forma taxativa, pasando al juicio sin divagaciones sobre la descripción del sistema político. La conversación sobre el voto permite recorrer otras texturas:

“M: Ustedes todavía no cumplen 18, ¿pero qué opinan del voto, van a ir a votar cuando les toque?”

S: Yo no voy a ir a votar, no me interesa.

D: Es que ese es el punto también, ¿qué interés o qué da a favor el alcalde o concejal?”

G: Si promete harto y no cumple nada.

F: La mayoría de las veces es pura publicidad.

S: Sí po, ese es el chiste, gastan más plata en carteles que en construir algo.

“M: Y no sé si han cachado que hay elecciones pronto. Hay harta publicidad, ¿qué opinan sobre las elecciones, de los candidatos?”

C: Que espero que cumplan las promesas que hacen.

F: Igual uno tiene el deber... como dar tu voto. Es como que alguna gente no le importa, uno tiene que respetar la opinión de los demás, con el voto.” (Colegio particular subvencionado, técnico profesional)

El desinterés hacia la política es generalizado: se la describe como un chiste, metáfora que ayuda a ilustrar el absurdo que implica su inutilidad práctica. El voto, por consiguiente, mayoritariamente se rechaza, aunque es relevante que el consenso no logra cerrar. Fabian al plantear: *Igual uno tiene el deber... como dar tu voto*, trajo a la conversación el discurso de la moral comprometida revisado en los otros grupos, que señala que el buen modo de relacionarse con la participación cívica es a través de la asistencia a votar. Incluso en un grupo de estas características, el discurso generacional (la nueva historia) permea la discusión.

La participación en marchas, en la discusión anterior, estaba signada por la aceptación de los horizontes de justicia y libertad que proponían, en conflicto con la violencia encapuchada, que eclipsaba su aprobación. En este caso, la conversación reproduce la tensión:

“M: Ustedes ya lo mencionaron, ¿pero qué opinión tienen de las marchas?”

D: No sé, pa mi las marchas son como un desperdicio de tiempo no más, porque al final pueden hacer 20 marchas y de las 20 al final no consiguen nada.

G: Lo único que consiguen son desorden, destrozos.

S: Yo encuentro que está bien porque así la sociedad se está, está diciéndole al gobierno lo que siente. Entonces si es por violencia, si se representa por eso...

F: Depende del punto de vista.

G: Todos piensan distinto” (Colegio particular subvencionado, técnico profesional)

Tal como en el caso del voto, la imposibilidad del consenso queda enraizada a los discursos que circulan antagónicos en la subjetividad política de las/os jóvenes: por un lado, el alzar la voz de los movimientos y por el otro el rechazo al desorden. Para cerrar la conversación, se permite la tolerancia del disenso -la otra alternativa era profundizar la discusión-, a través de un llamado a la aceptación de la pluralidad (*Depende del punto de vista, todos piensan distinto*). No obstante, la conversación más tarde vuelve accidentalmente sobre las marchas, al responder al ejercicio en que les pedía imaginar un futuro Chile mejor:

“M: También les quería preguntar ya no sobre el presente, sino sobre el futuro, sobre qué aspectos de su vida cotidiana cambiarían para un Chile mejor, para un Chile distinto, para un Chile que ustedes imaginan un mejor país para vivir.

G: Los milicos a las calles.

D: Sí.

F: Cuando hacen los partidos los milicos a la calle, más control, no habría tanto desorden, tanto destrozo. El transantiago que lo hacen tira, los queman, yo creo que igual sería mejor.

M: ¿Y los milicos a las calles cuándo?, porque él decía en los partidos.

G: En general, siempre, porque igual hay gente que... cuando hacen las marchas, está todo tranquilo, no faltan los simios que andan por ahí, haciendo destrozos, igual que en los partidos las barras, se tienen mala y por un equipo, qué lógica tiene. Ni juegan ellos, son como... apoyan no más.

S: Se tienen mala por una estupidez, uno va al estadio a ver el partido tranquilo, no a pelear y si el equipo que alienta perdió, perdió no más, no tiene por qué andar desquitándose con las otras personas.

D: Lo otro es que hacen cualquier marcha y destruyen los carteles en la vía pública, destruyen almacenes, varias cosas del comercio, al final después la gente, los dueños, pagan el doble de todo el sacrificio que han tenido que salir adelante, con sus cosas. Igual eso es fome porque partido a tal hora y una hora después ya lo pierde todo.

M: ¿En los partidos o en las marchas?

D: En lo que sea, en partidos, marchas” (Colegio particular subvencionado, técnico profesional)

La primera respuesta que surge es Los milicos a la calle, no la interpreto solo como una demanda autoritaria (anti-democrática), sino como una alegoría brutal y cargada de sentido que conecta con un repertorio de imágenes asociadas a un período histórico específico: la dictadura pinochetista. El diálogo transcurre en la

profundización del consenso autoritario, precisando el deseo de control militar sobre marchas, partidos de fútbol, o en lo que sea, denotando con esta frase a cualquier escenario en que el orden policial de la ciudad quede confrontado las acciones destructivas desplegadas por aquellos actores marginales, indecentes, alejados de toda racionalidad humana (*los simios*). Su intimidante presencia es vivida con una intensidad emocional tal que solo una medida como el despliegue militar resultaría proporcionada: la violencia infecciosa representa una amenaza destructiva para toda la sociedad y por eso es que justificaría el más destemplado castigo sobre los cuerpos lumpen, infrahumanos. La siguiente cita contribuye a comprender la emocionalidad desde la que el grupo habla:

M: ¿Algún otro aspecto que les gustaría cambiar?

D: Y carabineros. Porque igual puede haber una plaza, pero igual se juntan como a drogarse, sobre todo en las noches.

S: Más presencia policial, sería mejor.

F: Deberían haber toques de queda, como antiguamente. Eso haría, dos o tres días a la semana, ya a las 8 de la noche, ya todos en las casas ya, hasta el otro día, como a las 7 de la mañana.

*G: Un país sin flaites... aunque a pesar que igual hay gente que roba del extranjero”
(Colegio particular subvencionado, técnico profesional)*

Continuando en el ejercicio en qué sugería imaginar un Chile mejor, el habla redundó en el discurso autoritario, afiatando al grupo en el goce de fantasear con órdenes antidemocráticos. Nuevamente la referencia a la dictadura es directa: Deberían haber toques de queda, como antiguamente: en esta frase el horizonte de futuro se repliega sobre el pasado, tiempo del orden, en el que el aparato de guerra estatal operaba desarmando cualquier disidencia, guiado por una observación gruesa que instalaba una frontera entre nosotros y los otros, puros e impuros, patriotas y extremistas. Si bien con el paso del tiempo ciertos significantes han quedado vaciados de sentido, la articulación propuesta por el discurso autoritario continúa vigente, excluyendo y castigando a los cuerpos que no pueden ser codificados como interioridad de la narrativa oficial y que, como tales, significan un dislocamiento del orden: del extremista o el upeliento, enemigos del discurso dictatorial; a los delincuentes, encapuchados y flaites que han ocupado ese lugar en el despolitizado relato neoliberal, hegemónico de la transición.

Me interesa rescatar de esta suerte de habla neopinochetista, la forma general de una práctica discursiva emergente, que este grupo me permitió escuchar en su forma más acabada, como consenso, pero que no le es exclusiva. El discurso autoritario-castigador que emerge en el derrumbe de la transición ofrece en el significativo flaute una primera buena aproximación (a propósito del deseo de *Un país sin flaites*).

M: ¿Y qué cambiarían en Chile?

C: Los delincuentes, la seguridad, los flaites.

V: Yo los metería en una isla y los mataría. A los delincuentes.

L: Yo les amarraría un pie y los mandarían a trabajar.

D: Yo los pondría a trabajar.

L: Yo los pondría a trabajar y lo que ganaran se lo donaría a los niñitos” (Liceo municipal, técnico profesional, rural)

En el diálogo se observa un devenir de la conciencia grupal que va haciendo catarsis gracias a las emociones que movilizan estos objetos discursivos fronterizos (el flaito, el delincuente). Las intervenciones se suceden en un intento por dar con la pena justa: yo los metería en una isla y los mataría; yo les amarraría un pie y los mandarían a trabajar. Es la negociación de la modulación de la pena (aislación, trabajo o muerte) de lo que se encarga el habla en su literalidad, quedando como telón de fondo el consenso mínimo del grupo acerca de la necesidad de ejercer un castigo más impetuoso (más justo) a flaites y delincuentes. También se plantea el trabajo obligado como una forma de redención (*Yo los pondría a trabajar y lo que ganaran se lo donaría a los niñitos*): sublimar lo más impuro y pervertido de la sociedad hacia su opuesto, los niñitos, los abandonados, lo constitutivamente prístino, salvando con la tortura a los flaites a aquellos cuerpos que solo pueden ser víctimas.

El siguiente diálogo profundiza sobre los castigos deseados a los cuerpos indeseados:

“T: Mano dura de cierta manera igual serviría.

J: Sí, si sirve.

Ma: No sé, cuando hay problemas del Brayan y el Kevin, hay que hacerlos razonar de que robar es malo, es una tremenda tarea.

N: En no sé qué país les cortan los dedos cuando roban y funciona perfecto.

Ma: Yo creo que falta miedo, yo creo que falta miedo. Llevamos 15 femicidios... no sé, que se cuelgue a un hombre, que se le fusile por haber matado a su pareja y no lo va a hacer nadie más, te lo aseguro. Por lo menos va a generar miedo.

Ma: Y todo gratis, por eso te digo, yo creo que faltaría generar miedo en la sociedad.

T: No sé si se llamará miedo, yo creo que más que miedo es conciencia.

Ma: Es que si te dicen: “toca ese teléfono y te fusilamos”, ¿lo vas a hacer? No lo harás.

J: Pero no hay que ir al extremo, porque no vamos a llegar a lo de Pinochet.

Mf: Eso, si no volveríamos a una dictadura.

N: Pero yo creo que daría resultado.” (Colegio particular subvencionado, grupo integrado por participantes en directivas de curso y CC.AA.)

Las/os estudiantes reflexionan sobre los alcances de una política de seguridad basada en la mano dura, construcción discursiva instalada por la prensa y los actores políticos de derecha. Nuevamente el consenso devela una sensación de un estado

de descontrol generalizado, al que es urgente enfrentar desde la represión y amenazas que funcionen en una lógica disciplinar, afectando a cada uno de los individuos dispuestos a desviarse y por lo tanto, extensiva a cada uno de ellos (faltaría generar miedo en la sociedad; si te dicen: toca ese teléfono y te fusilamos, ¿lo vas a hacer?), con especial atención en el cuerpo como objeto de castigo (En no sé qué país les cortan los dedos cuando roban y funciona perfecto). La mano dura es significada por las/os estudiantes como un derecho absoluto a castigar al infractor, quién queda despojado de derechos pues, en efecto, ya no es parte integrante, sino un traidor, un “monstruo” que asesta sus golpes desde y en contra de la sociedad (Foucault, 2008)

La forma en que se cierra el diálogo devela la sobredeterminación que atraviesa a la posición del flaite o el delincuente. El habla individual escucha a la conciencia grupal y recae sobre ella la moral democrática, que interrumpe el delirio punitivo y se pregunta por los límites del castigo: Pero no hay que ir al extremo, porque sino vamos a llegar a lo de Pinochet; eso, si no volveríamos a una dictadura. A diferencia de los diálogos anteriores en donde el sentido se articulaba (de manera contingente y precaria) desde el discurso pinochetista, en este caso la discusión queda abierta y se expresan las estructuras significantes que cohabitan conflictivamente en la subjetividad política de las/os estudiantes secundarios de Melipilla. La frase yo creo que daría resultado cierra la conversación y deja instalada una posición que logra erigirse como legítima: quizás una dictadura de terror y muerte sí es un recurso al que la sociedad podría acceder ante el estado de emergencia que podrían producir flaites y delincuentes (o encapuchados) al desbordar el orden neoliberal.

El PNUD (2015) afirma que estaríamos viviendo Los tiempos de la politización pues “ha emergido un espacio para preguntarse colectivamente por las cuestiones básicas de la sociedad” (PNUD 2015, p.29). Esto implica un proceso de pugnas entre actores, transformaciones de instituciones y política entre discursos que apuntan a fijar sentidos en un flujo de diferencias especialmente desestabilizado producto de la emergencia de un proceso sociopolítico que no ha tomado carácter propio más que como descomposición de la hegemonía neoliberal transicional. La pregunta por las formas democráticas de conducir el orden social, como parte del proceso de politización, ha quedado abierta y por lo tanto, en disputa. Lo interpretado en este acápite señala que el gran triunfo del discurso autoritario-castigador es que circula en la subjetividad política de las/os estudiantes secundarios de Melipilla como posición que goza de algún prestigio, el suficiente como para sobredeterminar algunos puntos nodales (Laclau & Mouffe, 2008) como el flaite, el delincuente o el encapuchado, cuyo lugar de privilegio fronterizo se torna problemático de acuerdo al proceso de reconstitución de actores e identidades políticas en un contexto de alta contingencia. Más crítico se vuelve el análisis al considerar que el trabajo de campo se realizó hace más de dos años, espacio de tiempo en que se han articulado una actoría social

neofascista (asociada principalmente al liderazgo de José Antonio Kast). Como hipótesis, me atrevería a afirmar que el discurso autoritario-castigador, gracias a la legitimidad pública de sus actores, ha ganado aún más posiciones en el campo de la discursividad que atraviesa la subjetividad política estudiantil en Melipilla.

Conclusión: ¿Cuáles son los sentidos que estructuran la subjetividad política de la/os jóvenes que cursaron la Enseñanza Media en Melipilla el año 2016?

1. Un Nosotra(os) que no acaba por nacer, los viejos poderes que no terminan de morir.

El significante “democracia” es comprendido por las/os estudiantes como una modalidad de organización social cuyo sentido se articula en relación al principio de soberanía popular, a saber, la democracia se realiza en el gobierno del pueblo. Incluso se plantea a la democracia como un estilo de vida, que exige la realización de la voz colectiva en los órdenes sociales en que se desenvuelven los individuos. La democracia aparece como un régimen deseable, en principio, pero mal llevado a la práctica por sus representantes. No obstante, también aprecié un rechazo a la conflictividad de posiciones plurales, propia de la democracia.

Es problemático el despliegue de una subjetividad política que, al mismo tiempo que desea que gobierne el pueblo, desearía evitar la conflictividad asociada a la pugna de proyectos plurales. Una democracia sin conflictos parece ser el anhelo de una subjetividad temerosa ante la diferencia y su explicitación pública (*Al final es algo que nos hace pelear a todos*), como efecto de continuidad de la gobernabilidad asociada al proyecto modernizador neoliberal (PNUD 1998, 2002), actualizada en los tiempos de la apertura politizadora que interrumpe la hegemonía del pacto de la transición. Su forma sui generis se expresa en que se transcurre de un estado de cierre en torno a la defensa del orden consensual, a una conflictiva pugna de dos proyectos históricos en ciernes: el movilizadísimo por el deseo de encontrar una voz propia (*Hacer valer la voz*) que traiga de vuelta la palabra al nosotros constituido en la vulneración por parte de quienes ejercen las violencias estructurantes de la sociedad (*Los políticos, los ricos*), y el de superar la misma situación de injusticia a través de una radicalización autoritaria ante la inminencia del desborde (*los milicos a la calle*).

La lectura que realiza Chantal Mouffe (2018) sobre la crisis hegemónica neoliberal en los países europeos occidentales otorga algunas luces interpretativas sobre lo sucedido según lo interpretado en el habla de la/os estudiantes secundarios de Melipilla. Me parece el tiempo que atraviesa la sociedad chilena cuenta con características que se asemejan a lo que ella describe como el “momento populista”, específicamente en cuanto a la falta de legitimidad de quienes ostentan posiciones de poder. La crisis de los términos en que los mecanismos de dominación social

aseguraban su reproducción, permite la construcción de nuevas estrategias discursivas de articulación, que en este caso, establecen una frontera entre los de arriba y los de abajo, entre un nosotras(os) que no acaba por nacer y el “ellos” que no termina de morir.

La construcción de un “nosotra(os)” que organice la subjetividad política de quienes se han socializado plenamente en tiempos de crisis, es parte fundamental de la disputa hegemónica en los tiempos que vivimos. Tanto en la voz del compromiso generacional, como en el discurso autoritario-castigador se aprecia como eje articulador una subjetividad vulnerada, cuyas fronteras quedan delimitadas por oposición a los poderosos, antes que como actoría social con identidad propia. Es la disputa por constitución de esta agencia colectiva la que la historia ha abierto y cada discurso despliega sus operaciones para poder articular identidades en una subjetividad política desestabilizada por producto de la crisis hegemónica de la política de la transición.

2. ¿Cuál es el deber ser juvenil de las/os estudiantes secundarias/os de Melipilla?

La conversación sobre la autorrepresentación generacional de las/os jóvenes en su relación con lo político se organizó a partir de una paradójica tensión, ¿cómo es que convive una extendida percepción sobre los bajos niveles de participación que ejercen las personas de su edad, con la idea de que los jóvenes son la renovación y en ellos habría esperanzas de un mejor futuro?

La aparente contradicción deja de mostrarse como tal al distinguir los dos niveles en que los procesos de desinterés e involucramiento tienen lugar. Al interrogarse por los procesos de participación político-social la respuesta fue categórica: las y los jóvenes que les rodean no estarían interesadas/os en participar y su actitud estaría dominada por la apatía y el repliegue hacia la vida individual. En cambio, la representación sobre su generación, sobre las características que distinguen a las/os jóvenes contemporáneos, invocan imágenes refractarias a las que ven en sus compañeras/os: es el compromiso con el país, la voluntad por transformar la realidad, lo que determina su especificidad histórica.

La distinción que aporta Canales (2014) -a partir de la lectura de Emilio Durkheim- entre lo general y lo común permite salir del embrollo. Lo general parecen ser la/os estudiantes que no se involucran, la/os que no participan el Centro de alumnos, las/os que no respetan al presidente de curso que, a los gritos, pretende organizar una actividad para juntar plata: es la normalidad, en un sentido cuantitativo, la que las/os jóvenes describen en primer lugar. En cambio, lo común se define por la norma, ubicándose en el registro de los modelos -que no es necesariamente el de las actuaciones- y en este caso corresponde al segundo discurso escuchado, al del compromiso los asuntos colectivos y el interés por lo político.

El discurso que sostiene al consenso moral que representa el “compromiso generacional”, surge tanto como crítica a los partidos y actores políticos tradicionales, como en relación a una demanda por instancias de participación incidentes, en donde la/os jóvenes puedan efectuar procesos de autorreconocimiento y puedan transformar los espacios sociales de los que son parte. Por eso es que la realización de esta representación normativa del ser joven ocurre en un ámbito práctico, en donde la democracia es algo más que un principio de construcción política. El ejemplo paradigmático ocurre en las marchas, pues en ellas se produce el acople durkhemiano en donde “el individuo debe lo que aspira, y así realiza al grupo en su realización como sujeto” (Canales, 2014b, p. 88). Así, la moral democrático-participativa característica de los estudiantes secundarios de Melipilla, requiere que la/os jóvenes, mediante sus prácticas organizativas, realicen el mandato social al que se ven coaccionados, al satisfacer el deseo de participar en las manifestaciones.

Este “compromiso generacional” que organiza los sentidos juveniles sobre lo político, es elocuente del agotamiento de la narrativa con que la transición subordinó a las juventudes hasta la irrupción del movimiento estudiantil. La sinécdoque generacional ejercida a partir de Marcelo Ríos debe interpretarse como una técnica del poder transicional para subordinar y desarmar a las juventudes: hicieron de los jóvenes que estaban ahí, expectantes ante sus promesas, una juventud ni ahí. Ahora la operación caducó en los viejos términos pues se forjó una voz propia, la de la/os estudiantes que reclaman nuevos órdenes, la de los jóvenes que desean tomarse la sociedad para construirla desde sus producciones.

3. El discurso autoritario-castigador y el flaite como territorialidad de sacrificio.

La utilización y modelación estratégica del discurso autoritario-castigador por parte de las fuerzas neofascistas no es solo una evocación del antiguo pinochetismo, sino que logra aparecer como novedad a partir de una emergente articulación de los elementos discursivos altamente sobredeterminados en tiempos de crisis. Si las estrategias de gobernabilidad transicionales se encargaron de hacer circular imágenes pre-caóticas, como la exaltación de la amenaza de regreso del dictador o de la presencia de un delincuente diseminado en cada rincón de la ciudad, las fuerzas neofascistas están interesadas en la extensión, en el campo de la discursividad, del sentido que articula el discurso-autoritario castigador, en el que la magnitud representada de la descomposición del orden es tal que la única solución admisible es anular la política a cambio de la supresión de la democracia y su pluralidad (el componente autoritario), transformando el miedo propio en el goce producido al ver castigado al otro amenazante (el componente castigador).

La operación del discurso autoritario es el rechazo y cierre ante la diferencia. Y la diferencia es castigada. Son cuerpos sobre los cuales debe caer todo el poder de una sociedad herida, cuerpos significados por un discurso que los ubica en una posición

fronteriza, en cuya exclusión se señalan los interiores de una comunidad. Es la posición ocupada por el “flaite”, aquella denominación que cae sobre el individuo que ejerce un delito económico en contra de sectores medios y populares, y que se presenta como una representación actualizada del delincuente noventero. El “flaite” es una tecnología que permite introducir una diferencia cualitativa entre los delitos de la clase alta y los de los pobres, y a éstos ubicarlos en la situación de mayor desprestigio social, en efecto, por fuera del límite que permite el reconocimiento intersubjetivo entre integrantes de la misma sociedad. Es un signo que el cuerpo social le impone a un sujeto, relegándolo a un estatuto infrahumano, sin un alma que corregir, constitutivamente refractario a las disciplinas, y condenado a un destino de suplicios, como castigo al daño realizado al cuerpo social.

En la subjetividad política de las/os estudiantes secundarias/os de Melipilla la referencia a los flaites -en plural- se encontraba extendida y se le empleaba con naturalidad: los delincuentes pobres eran inequívocamente los flaites, no había otra forma de nombrar esa posición. De ahí lo problemático de la referencia, pues el discurso autoritario-castigador lo articula como un momento de la totalidad discursiva que proyecta, en cambio, las practicas articuladoras del discurso democrático-participativo cuentan con dificultades para su incorporación, pues en tanto flaite -no persona, desalmado (sin alma)-, la sanción disciplinar no parece suficiente y efectiva.

4. No son lo mismo, pero son para lo mismo. Izquierda y Derecha en el Chile que dejó la transición.

Izquierda y Derecha son categorías con sentido, pero no son las que organizan los sentidos de la política en el Chile que dejó la transición. El peso de dictadura es el que organiza las representaciones sobre las posiciones políticas tradicionales (izquierda/derecha) en el sistema de partidos, a partir de las oposiciones antipinochetista/pinochetista que encajan a la Concentración/Nueva Mayoría y a los partidos de la derecha (UDI, RN) respectivamente. No obstante, en su sentido pragmático, los partidos del clivaje pinochetista -los partidos de la transición- son unificados porque son para lo mismo: son los corruptos, los que tienen vínculos con los empresarios, los que han construido una política sin sociedad, los que están en el poder para favorecerse a ellos mismos. El clivaje ético es el que organiza los sentidos sobre la política institucional. Lo limpio/sucio resulta más significativo que cualquier otra oposición analizada. Esto se explica por el profundo rechazo al actor que ha hegemonizado la política, el partido del orden criollo (los políticos, los ricos) y a las violencias que ejercieron durante la transición. La respuesta ha sido una subjetividad vulnerada, atravesada por un deseo refundacional de la política que instala una frontera entre los viejos actores y un nosotros(os) en articulación en torno a lo limpio.

Es incierto el desenlace, pero preocupa que lo limpio admite una constitución autoritaria del nosotros a partir del discurso autoritario-castigador, que opera

constitutivamente señalando como sucia a la diversidad que lo desborda. En el discurso que sostiene el “compromiso generacional” la articulación en torno a la oposición señalada requiere un ejercicio imaginativo mayor (¿cómo procesar lo sucio no punitivamente?, ¿cómo llenar de significado lo limpio?) y exige de parte de los actores que lo representan, en especial del Frente Amplio, sumo cuidado en relación a la política de alianzas con los pesos muertos de la política chilena. La experiencia continental muestra los fracasos electorales de las narrativas anti-derecha (“todos contra la derecha”) y para el caso chileno, las representaciones sobre Camila Vallejo (*jugando con la misma mentira de los demás*) son elocuentes acerca de la centralidad del clivaje en la articulación de sentidos.

5. Recomendaciones de política pública: corporalizar la demanda por participación.

La demanda por participación tiene un lugar central en la conversación de las/os estudiantes secundarios/as de Melipilla. Su agravio estructura la relación con el orden escolar (*Una participación como pantalla*) y con el orden estatal (*Obedecer no más, obedecer y nada más; Yo voto, pero...*), siendo el deseo de los estudiantes una participación incidente, que se haga cargo de sus inquietudes y que permita lograr transformaciones en aquellos asuntos que les preocupan. De acuerdo a este diagnóstico, la recomendación de política pública es considerar la profundidad de la demanda por participación, y propiciar, desde colegios y liceos, espacios en que la/os estudiantes puedan conversar, organizarse y experimentar prácticas democráticas.

El Decreto 524 del Ministerio de Educación plantea que una de las tareas de Centros de alumnos y Directivas de curso es “desarrollar en los estudiantes el pensamiento reflexivo, el juicio crítico y la voluntad de acción; formarlos para la vida democrática, y de prepararlos para participar en los cambios sociales y culturales”; reconociendo también la centralidad de la escuela para la democracia: “que la unidad educativa y sus componentes constituyen el campo propicio para que el estudiante aprenda a vivir en y para la vida democrática” (Decreto 524, 2006). Es decir, la propuesta de política pública aquí ofrecida se sostiene en el principio político observado en el Decreto y apunta que, a través de un programa social -o una política pública, en el mejor de los casos-, se empleen los Centros de Alumnos y Directivas de curso para promover el ejercicio de la vida democrática en la escuela.

Más que el formato en específico, pondría el énfasis en que esta política debe considerar como principio la necesidad de corporalizar la democracia: es propiciar un tipo de participación que les permita a los estudiantes experimentar el principio de soberanía popular que la constituye; es otorgar espacios para que las/os jóvenes se reconozcan en el goce de la conversación deliberante de la asamblea; es generar procesos de autorrecimiento y autogobierno colectivos; es producir el orden escolar desde las producciones juveniles. Estas transformaciones necesariamente implican

una flexibilización de las tácticas de poder ejercidas por las direcciones escolares: un desafío no exento de dificultades en la escuela autoritaria que investigué en Melipilla. La recomendación es que estas instancias sean generadas por equipos ajenos a la escuela -los profesores también están subordinados al poder de la dirección-, en colaboración con el profesor asesor del centro de estudiantes (solo si este profesor ha sido elegido por las/os estudiantes).

6. Hipótesis : La/os estudiantes que cursan la formación técnico-profesional en agrópolis se ubican en una posición social con conflictos estructurales de integración.

Una de las preguntas que atravesó la investigación se relacionó con la construcción de la muestra: ¿cómo dar con las posiciones sociales representativas de una subjetividad política que se constituye en el campo de la discursividad? El recorrido por las diez escuelas y los trece grupos observé una regularidad: en la conversación de la/os estudiantes que cursan la formación técnico-profesional los sentidos presentes mostraron una articulación en la que el discurso autoritario-castigador gozaba de mayor prestigio, y fue dónde el habla se mostró más seca, menos catártica, en dónde mi propuesta de conversación democrática tuvo más dificultades para constituirse.

Cuento con un par de indicadores: a nivel cuantitativo, ordenando de menor a mayor todos los grupos, los dos en que se habla menos (según cantidad de palabras y tiempo de duración del grupo, ver Anexo I) son grupos técnico profesionales; así como también los silencios en la conversación, definidos como los hiatos en el habla investigada que me obligaban a intervenir para reanudar la conversación, aparecieron significativamente más extendidos que en los grupos de colegios científico-humanista. Conversaciones en que el silencio era un alivio ante mi demanda de palabra. Para efectos de comparación el caso del colegio San Agustín es de especial interés, pues los dos discursos descubiertos en esta investigación expresan como consenso una forma específicamente bien articulada de sus sentidos: el discurso autoritario-castigador organiza la conversación del grupo técnico-profesional, y el discurso democrático de la/os jóvenes comprometidos hace lo propio con el grupo científico-humanista.

Mi hipótesis es que las trayectorias de integración social ofrecidas a los estudiantes que asisten a la formación técnico-profesional son asumidas por las/os jóvenes desde el escepticismo, a saber, escuché circular una duda razonable sobre la verosimilitud y la legitimidad del orden que la sociedad chilena les presenta. El siguiente diálogo da pistas del fenómeno:

“M: Por eso yo quiero saber cómo imaginan un Chile mejor, una sociedad más justa, una sociedad mejor. ¿En qué aspectos les gustaría cambiar esta sociedad y conseguir una mejor?”

C: Yo lo que imagino... los pobres tienen menos facilidades que los ricos. Uno cuando necesita algo y no tiene los recursos para pagar, tiene que conseguirse o endeudarse.

M: O robar.

C: La mayoría de la gente que necesita sale a robar.

L: Es más fácil y más rápido po". (Risas)" (Conversación con estudiantes de liceo municipal técnico profesional)

Si bien no hay otro diálogo así en ningún otro grupo, no interpreto como un accidente del azar haberlo encontrado en un colegio de estas características. El delito se enviste de legitimidad ante las injusticias de un mundo de ricos que no le da facilidades a los pobres, ante una sociedad que obliga a conseguirse o endeudarse para sobrevivir. El robar es un repertorio de acción al que se empuja a estas/os jóvenes, que fantasean con su eficiencia e inmediatez (*es más fácil y más rápido po'*), en donde el po' refuerza la contundencia del argumento: se habla de algo prohibido, pero razonable desde la posición que comparten los hablantes. Es significativo este diálogo al considerar el lugar al que se condena al flaute en ambos discursos: la/os estudiantes coquetean con el margen, con recorrer el territorio de sacrificio sin quedar atrapados en él, ante la desconfianza y desilusión de los caminos de integración ofrecidos. La risa final suspende el dicho, le permite al grupo fundirse en la complicidad marginal y, al mismo tiempo, situar la aseveración en el plano de lo chistoso, de lo absurdo, tomando distancia. Hay verdades de las que es mejor reírse.

7. Preocupaciones políticas sobre la construcción de actoría social en el Chile que dejó la transición.

El discurso democrático de la/os jóvenes comprometidos y el discurso autoritario-castigador son producto de prácticas articuladoras producidas generacionalmente, a raíz de la desestabilización causada por la crisis hegemónica de la política de la transición. Por lo tanto, su carácter es incipiente e inestable: admiten transformaciones en relación a cómo vinculan diferencias a su totalidad porque precisamente así es cómo opera la articulación -no vincula objetos fijos, esenciales, sino que en la relación se redefine el sistema de diferencias y sus partes precariamente constituidas en torno a él. No obstante, al observar la forma en cómo parecen estructurarse las fuerzas políticas en el país, el descubrimiento de ambos discursos puede dar pistas sobre los términos en que la lucha hegemónica transcurrirá en el nuevo ciclo sociopolítico, el del Chile que dejó la transición. Es importante recordar, también, que estas conversaciones se sostuvieron el año 2016 y yo escribo desde el 2019. El paso del tiempo ha influido en las interpretaciones que he realizado en esta investigación.

Según investigué, los clivajes izquierda/derecha o democracia/dictadura han caducado en su capacidad de articular las subjetividades políticas de los jóvenes que se fraguan en el nuevo ciclo político, en un territorio agropolitano como el que

conforma Melipilla. La subjetividad vulnerada producto de los agravios de los poderosos (los políticos, los ricos) se articula en torno al clivaje limpio/sucio, que estructura generacionalmente la producción de sentidos, significando la producción de discursos en el Chile que dejó la transición. Este proceso es una herencia de la transición que se levanta en contra de sus arquitectos, pues los viejos políticos son a quienes se impugna como organizadores de un orden injusto. Los pesos muertos de la política de la dictadura están destinados a ser desbordados por la diversidad que pueda adoptar lo nuevo, lo limpio. Es el capital de la derecha neofascista liderada por Kast, es el capital del Frente Amplio. Son fuerzas arraigadas en el nuevo ciclo sociopolítico, sus veloces ascensos electorales son expresivos de ello.

Ahora bien, ¿qué nosotra(os) admite cada discurso? El que construye el neofascismo a partir de la radicalización del discurso autoritario-castigador, se ubica en oposición al “ellos”, al de los políticos, pero anulando cualquier componente agencial. Es un nosotros privado, atomizado, unido en el temor a la amenaza del desborde. En cambio, el nosotra(os) del discurso democrático tiene en lo público su arena de construcción y amplificación, se nutre de la pluralidad, de la multiplicación de diferencias, se vive en la palabra colectiva. No es solo democrático, los sujetos sociales sostenidos a partir de estos sentidos se ven impelidos a corporalizar la democracia, así realizando el deseo de participación.

Estos discursos generarán estrategias de construcción de actoría social distintas, su amplificación no descansa en los mismos principios. Esta es la ventaja estructural del neofascismo: desde los poderes centrales es posible difuminar imágenes pre-caóticas, promoviendo relaciones autoritarias, que anulen la diferencia, tal como los actores del pacto de la transición lo hicieron durante la década del 90'. El discurso democrático, que demanda mayores espacios de participación, necesita algo más que eso para realizarse, porque es sujeto en la acción, no en la representación. Por este motivo, me parece fundamental que las fuerzas democráticas, dentro y fuera del sistema de partidos, apunten a reconstruir un nosotra(os), un pueblo, desde los diversos territorios de Chile. Para el caso de aquellos cuya actividad es eminentemente agrícola, las agrópolis, es pertinente mencionar la reflexión que el Informe de Desarrollo Humano en Chile Rural (PNUD, 2008), cuando plantea que más que una identificación propiamente “rural”, pareciera ser que el modo actualizado de autorreconocimiento está fundamentado en una “conciencia del territorio”. Tengo la impresión de que el “compromiso generacional” facilita la emergencia de actores sociales que en el contexto de las agrópolis, permiten vincular la participación político-social con la especificidad de cada territorio, forjando identidades locales en aquella construcción.

Cierro donde abrí. En Melipilla he militado por varios años y no ha sido fácil. Y más que para mí, para mis compañera/os secundaria/os, cuya militancia era hostigada de

manera permanente. De ahí me quedaron varias enseñanzas, la principal, quizá, es que el repliegue a lo privado es forzado, que el colegio y las familias suelen funcionar como obstáculos a la participación social, que “meterse en política” para ellos suele involucrar castigos y reproches. Aún así, desde la UNE logramos articular experiencias de participación que impactaron al territorio, en efecto, en los grupos de discusión más de una vez salieron referencias a la Jota, la UNE o FESEME, las organizaciones que existían en la comuna mientras realicé el trabajo de campo. Me parece de una importancia meridiana que se multipliquen las iniciativas orientadas a la/os jóvenes, cualquier espacio orientado a romper con las mordazas naturalizadas de escuelas y hogares. A eso, sin pensarlo, nos dedicamos mientras duró ese espacio organizativo. Finalizo esta investigación con algunas fotos que hice en ese período de marchas, pintatones, reuniones, como otro registro de observación de las luchas que hicieron posible esta escucha.

Bibliografía

Aguilera Ruiz, Ó. (2016). *Movidas, Movilizaciones y Movimientos*. Santiago de Chile: Ril Editores.

Angelcos Gutiérrez, N. (2008). *Subjetividad y política. Sobre el rendimiento sociológico de los procesos de subjetivación*. Santiago de Chile: Departamento de sociología, Universidad de Chile.

Angelcos Gutiérrez, N. (2010). *Estructuración de la subjetividad popular y el problema de la política, trabajo sobre pobladores en la comuna de Cerro Navia*. Revista de Psicología, Vol. 19., 19, N°2, 55–78.

Avendaño, C., Krause, M., & Winkler, M. I. (1993). *Representaciones sociales y teorías subjetivas: relevancia teórica y aplicaciones prácticas*. PSYKHE, 107–114.

Baño, R., & Faletto, E. (1992). *El apoliticismo: El factor generacional* (Serie: Est). Santiago de Chile: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO).

Berdegú, J., Jara, B., Fuentealba, R., Tohá, J., Modrego, F., Schejtman, A., & Bro, N. (2011). *“Territorios funcionales en Chile” Documento de trabajo N.102. Programa Dinámicas Territoriales Rurales*. Santiago de Chile: RIMISP- Centro Latinoamericano para el Desarrollo Rural.

Bodgan, R., & Taylor, S. J. (1984). *Introducciones a los métodos cualitativos de investigación*. Madrid, España: Paidós.

Bonvillani, A. (2012). *Hacia la construcción de la categoría subjetividad política: una posible caja de herramientas y algunas líneas de significación emergentes*. In C. Piedrahita, Á. Díaz, & P. Vommaro (Eds.), *Subjetividades políticas: desafíos y debates latinoamericanos* (pp. 191–202). Bogotá: CLACSO-Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.

- Bourdieu, P. (2002). *La "juventud" no es más que una palabra*. In *Sociología y cultura* (pp. 163–173). Ciudad de México: Grijalbo.
- Bourdieu, P. (2007). *El Sentido Practico*. Siglo XXI Editores. <https://doi.org/10.1017/CBO9781107415324.004>
- Canales, A., & Canales, M. (2013). *De la metropolización a las agrópolis. El nuevo poblamiento urbano en el Chile actual*. *Polis, Revista Latinoamericana*, 12 N°34, 31–56.
- Canales, M. (2006). *Metodologías de la investigación social. Introducción a los oficios*. (M. Canales, Ed.). Santiago de Chile: LOM.
- Canales, M. (2014a). *El análisis sociológico del habla*. In M. Canales (Ed.), *La escucha de la escucha*. Santiago de Chile: LOM.
- Canales, M. (2014b). *La palabra grupal. Sociología de Emilio Durkheim*. In M. Avendaño, Octavio; Atria, Raul; Canales (Ed.), *Sociología: introducción a los clásicos*. Santiago de Chile: LOM.
- Canales, M., & Binimelis, A. (1994). *El grupo de discusión*.
- Díaz Gómez, Á. (2005). *Subjetividad política y ciudadanía juvenil*. Retrieved from <http://lodel.irevues.inist.fr/cahierspsychologiepolitique/index.php?id=1140>
- Duarte, K. (2000). *¿Juventud o Juventudes? Acerca de cómo mirar y remirar a las juventudes de nuestro continente*. *Última Década*, 59–77.
- Duarte, K. (2005). *Trayectorias en la construcción de una sociología de lo juvenil en Chile*. *Persona y Sociedad*, XIX, 163–182. Retrieved from <http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2065649>
- Duarte Quapper, C. (2012). *Sociedades adultocéntricas: sobre sus orígenes y reproducción*. *Última Década*, 20(36), 99–125. <https://doi.org/10.4067/s0718-22362012000100005>
- Durkheim, E. (2001). *Las reglas del método sociológico*. Madrid, España: Akal.
- Eltit, D. (2014). *Emergencias*. Santiago de Chile: Editorial Planeta S.A.
- Fouacult, M. (2008). *La arqueología del saber*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Foucault, M. (2008). *Vigilar y Castigar*. Buenos Aires: Siglo XXI
- García, C. (1982). *Inconsciente colectivo*. Buenos Aires, Argentina: Interdisc S.A.
- García, C. (1983). *No soy un extraño*. In *Clics Modernos*. Buenos Aires: Interdisc S.A.
- Garretón, M. A. (2007). *Del postpinochetismo a la sociedad democrática. Globalización y política en el bicentenario*. Santiago de Chile: Arena Abierta Debate, Random House Mondadori.

- González, J. (1984). *¿Por qué los ricos?* In Pateando Piedras. Santiago de Chile.
- González, J. (1994). *El futuro se fue*. Santiago de Chile: Emi-Odeón.
- Gonzalez Rey, F. (2012). *La subjetividad y su significación para el estudio de los procesos políticos: sujeto, sociedad y política*. In C. Piedrahita, Á. Díaz, & P. Vommaro (Eds.), *Subjetividades políticas: desafíos y debates latinoamericanos* (pp. 11–29). Bogotá: CLACSO-Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Guell, P. (2002). *Subjetividad social: desafío para el nuevo siglo*. Polis, Revista Latinoamericana, 2, 1–6.
- Henríquez, A. (1995). *Déjate caer*. In La espada y la pared. Santiago de Chile: Sony Music Chile.
- Jodelet, D. (1988). *La representación social: fenómenos, conceptos y teoría*. In S. Moscovici (Ed.), *Psicología Social, Volumen II Pensamiento y vida social*. Barcelona: Paidós.
- Laclau, E., & Mouffe, C. (2015). *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Larragaña, O., & Rodríguez, M. E. (2014). *Desigualdad de Ingresos y Pobreza en Chile 1990 a 2013*. Santiago de Chile: PNUD: Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.
- Lechner, N. (1984). *La Conflictiva y Nunca Acabada construcción del orden deseado*. Santiago de Chile: FLACSO.
- Lechner, N. (2002). *Las sombras del mañana. La dimensión subjetiva de la política*. Santiago de Chile: LOM.
- Lechner, N. (2006). *Obras escogidas, Volumen I*. (T. Moulián, Ed.). LOM.
- Luhmann, N. (2009). *Complejidad y modernidad. De la unidad a la diferencia. Estructuras y procesos*. Serie Ciencias Sociales. <https://doi.org/10.1007/s13398-014-0173-7.2>
- Mannheim, K. (1993). *El problema de las generaciones*. Reis: Revista Española de Investigaciones Sociológicas, (62), 193–242. <https://doi.org/10.1177/0276146708325386>
- Mannheim, K. (2000). *El hombre y la sociedad en la época de crisis*. (Elaleph.com, Ed.).
- Martínez, M. C., & Cubides, J. (2012). *Acercamientos al uso de la categoría de 'subjetividad política' en procesos investigativos*. In C. Piedrahita, P. Vommaro, & Á. Díaz (Eds.), *Subjetividades políticas: desafíos y debates latinoamericanos* (pp. 169–189). Bogotá: CLACSO-Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.

- Martuccelli, D. (2007). *Cambio de rumbo. La sociedad a escala del individuo*. Santiago de Chile: LOM.
- Mayol, A. (2012). *El derrumbe del modelo*. Santiago de Chile: LOM.
- Ministerio de Desarrollo Social. (2017). *Casen*. Santiago de Chile.
- Moscovici, S. (1979). *El psicoanálisis, su imagen y su público*. Papers on Social Representations: Electronic Version (Vol. 4). Buenos Aires: Anesa-Huenul.
- Mouffe, C. (2018). *Por un populismo de izquierda*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Moulián, T. (1997). *Chile Actual. Anatomía de un mito*. Santiago de Chile: LOM, Universidad Arcis.
- Muñoz Tamayo, V. (2004). *Imágenes y estudios cuantitativos en la construcción social de "la juventud chilena". Un acercamiento histórico (2003-1967)*. In *Última Década* (Vol. 20, pp. 71–94). Valparaíso: Ediciones CIDPA.
- Muñoz Tamayo, V. (2011). *Generaciones. Juventud universitaria e izquierdas políticas en Chile y México (Universidad de Chile -UNAM 1984-2006)*. Santiago de Chile: LOM.
- Muñoz, V. (2011). *Juventud y política en Chile: Hacia un enfoque generacional*. *Última Década*, 19(35), 113–141. <https://doi.org/10.4067/S0718-22362011000200006>
- Nieto Araos, N. (2010). *Generación Postpinochetista Estudiantes Secundarios y Cultura Política Un estudio de caso en la comuna de Santa Cruz*. Universidad de Chile.
- PNUD. (1998). *Las paradojas de la modernización*. Santiago de Chile: PNUD.
- PNUD. (2002). *Nosotros los chilenos: un desafío cultural (Vol. 6)*. Santiago de Chile: PNUD.
- PNUD. (2008). *Desarrollo Humano en Chile Rural. Seis Millones por nuevos caminos*. Santiago de Chile: PNUD.
- PNUD. (2015). *Los tiempos de la politización*. Santiago de Chile: PNUD. <https://doi.org/10.1111/1467->
- Rancière, J. (2006). *Política, policía, democracia*. Chile: LOM.
- Rocha Romero, R. (2002). *Política y Comportamiento Democrático: Elementos para un Análisis Psicosocial*. *Psicología Para América Latina.*, 1–6.
- Ruiz Encinas, C. (2015). *De nuevo la sociedad*. Santiago de Chile: LOM.
- Ruiz Encinas, C., & Saez, B. (2012). *La irrupción de los hijos de la modernización*. In *Análisis del año* (Vol. 14, pp. 27–43). Santiago de Chile: Universidad de Chile.

Schejtman, A. y, & Berdegué, J. (2004). *Desarrollo Territorial Rural. Debates y Temas Rurales*, 1, 54. <https://doi.org/10.4067/S0250-71612006000100006>

Shmidt-Hebbel, K. (2006). *El crecimiento económico de Chile*. Documentos de Trabajo (Banco Central de Chile), (365), 1.

Urrutia, M., & Vergara, J. (2014). *Movimientos sociales y cambio de subjetividad política en Chile*. In C. Piedrahita, P. Vommaro, & Á. Díaz Gómez (Eds.), *Acercamientos metodológicos a la subjetividad política: debates latinoamericanos* (pp. 153–170). Bogotá: CLACSO-Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.

Anexo I: Duración de grupos de discusión y cantidad de palabras habladas, por colegio.

Colegio	Tiempo	Palabras	Muestra	Curriculum	Tipo
San agustin C.H.	2:01:13	13154	CC.EE.	Científico-humanista	Subvencionado
Melipilla	1:50:32	12422	CC.EE.	Científico-humanista	Subvencionado
Ercilla	1:45:15	10943	CC.EE.	Científico-humanista	Subvencionado
San Manuel	1:33:59	10097	CC.EE.	Científico-humanista	Subvencionado
Marambio	1:33:56	9462	CC.EE.	Científico-humanista	Particular
San Sebastián	1:31:24	9535	Azar	Científico-humanista	Subvencionado
Colon	1:20:35	7097	Azar	Científico-humanista	Particular
Gabriela Mistral	1:19:31	7081	Azar	Científico-humanista	Municipal
Organizaciones	1:17:34	7058	Azar	No aplica	No aplica
Politécnico (T.P)	1:08:09	4784	CC.EE.	Técnico Profesional	Municipal
Bollenar CH	1:04:56	5579	CC.EE.	Científico-humanista	Municipal
Bollenar TP	0:51:01	4417	CC.EE.	Técnico Profesional	Municipal
San Agustín T.P.	0:40:09	2742	Azar	Técnico Profesional.	Subvencionado

Anexo II: Fotografías de marchas y conversatorios tomadas entre los años 2014 y 2015.

Paro de profesores. Junio del 2015



La escuela que (no) queremos (2015)

Fueron talleres trabajados desde metodologías participativas, orientados a estudiantes secundaria/os. Las fotos son del 2015.



Marchas entre el año 2014 y el 2016.

Organizadas por FESEME, convocaban a los colegios que estaban cerca del centro de la ciudad. Uno de los objetivos de la marcha era lograr sacar “a la mala” a estudiantes de otros colegios, a quienes no los dejaban salir.







Afiches convocados de marchas convocadas por FESEME (2014-2016)

MARCHA
23 OCTUBRE
PLAZA DE ARMAS 10:00 HRS


NO SEAI 
CONVOCA **POLLO!!!**

 **FUERA EMPRESARIO DE LA**
EDUCACION FUERA
ARIZTIA DE LA CORPORACION

¡¡MELIPILLA DESPIERTA!!
Los secundarios se movilizan

COBRE = EDUCACION
DE CALIDAD Y GRATIS

próximo jueves
21
Agosto
10 Hrs.
Plaza de Armas

convoca:






¡ES MOMENTO DE DESPERTAR!
... Y A RETOMAR LO DEJADO!

**MELIPILLA
SE MOVILIZA**

26 DE JUNIO

CONVOCA: FESEME (Federación de Estudiantes
Secundarios de Melipilla)

MARCHA/PARO NACIONAL

10:00 AM PLAZA DE ARMAS

TERMINA: ACTO CULTURAL

**¡RECUPERAR EL COBRE
PARA LA EDUCACIÓN GRATUITA!**